

EL RETO
DE LA
MEMORIA:
RESCATANDO
NUESTRA
CIUDAD

JORGE
WOODBIDGE
GONZÁLEZ



Parque Central de San José (1950). Esta estructura de estilo art decó, diseñada por el arquitecto Catalán Víctor Sabater y construida en 1944, reemplazó al antiguo quiosco de hierro para convertirse en un símbolo de la capital.

Woodbridge González, Jorge.
El Reto de la Memoria:
Rescatando Nuestra Ciudad
1a Edición. Colección Costa Rica: Reto Siglo 21
Alajuela, Costa Rica. 2025
168 pp. Ediciones JWG.

Libro de conversaciones - Programa Reto Siglo 21.
Autor: Jorge Woodbridge González



Agradecimiento especial a Studio Hotel, Santa Ana



Diseño, diagramación y concepto editorial:
Juan Diego Otalvaro Ortega - jd@theroversquest.org
theroversquest.org



Grabación y Filmación de Entrevistas:
Amanda Agüero - framefilmscr@gmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra sin la autorización del autor.

Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción y difusión de los contenidos de este libro para fines educativos u otros no comerciales, siempre que se reconozcan los créditos de la obra en las citas y referencias.



El Reto de la Memoria: Rescatando Nuestra Ciudad

Por: Jorge Woodbridge González

PRÓLOGO

Escribir esta nueva entrega de la colección editorial Costa Rica: Reto Siglo 21 representa para Jorge Woodbridge su forma más íntima de devolverle al país la experiencia de toda una vida. Tras haber servido a la nación desde los más altos niveles de la institucionalidad pública —como Ministro de Competitividad, Ministro de Economía y director de diversas entidades civiles—, Woodbridge hace una pausa en las frías métricas del desarrollo para sentarse a conversar con el lector desde una perspectiva profundamente humana. Con una voz cálida y sensata, asume el rol de un mentor decidido a recordarnos que ningún país alcanza el verdadero progreso si, en su afán de modernidad, aplasta su historia, entierra sus ríos y olvida su propia esencia.

Esta obra es, ante todo, un puente entre generaciones y un homenaje a la memoria. Impulsado por el profundo legado arquitectónico y humanista de su hijo Richard, el autor entrelaza su visión de estadista con la sensibilidad de un padre. A través de este diálogo íntimo, nos invitan a “aprender a ver” nuestras calles, casas y espacios públicos no como simples estructuras de concreto o adobe, sino como el espejo insobornable de nuestros valores. Es una reflexión que nos confronta con una verdad ineludible: la calidad de nuestro entorno construido dicta la calidad de nuestra convivencia, y la arquitectura es, en el fondo, la geografía de nuestros afectos.

Woodbridge nos inspira a dejar de ser transeúntes resignados ante la pérdida de nuestra identidad, para convertirnos en custodios activos de nuestro patrimonio visible e invisible.



NOTA EDITORIAL

Este libro no es simplemente un inventario de edificios caídos ni un lamento por las fachadas que ya no están. Es, ante todo, una invitación urgente a despertar. Al caminar por nuestras calles, a menudo olvidamos que no transitamos sobre simple asfalto, sino sobre las páginas abiertas de nuestra propia historia. Hemos permitido que el progreso se disfrace de amnesia, derribando paredes que custodiaban nuestra identidad para levantar espejismos de cristal que no nos reflejan.

Sin embargo, la memoria es un acto de resistencia. Al abrir estas páginas, espero que iniciemos un recorrido hacia el corazón mismo de lo que somos. Es mi mayor deseo que este texto sirva como un espejo donde podamos mirarnos de frente, comprender nuestras fracturas y, sobre todo, encontrar la inspiración necesaria para exigir, cuidar y amar el espacio que habitamos. Porque rescatar nuestra ciudad es el primer paso para rescatarnos a nosotros mismos.

*No habitamos metros
cuadrados; habitamos
historias, luz y ecos. Es hora
de devolverle a nuestras
calles la dignidad y la escala
humana que merecen
los pasos de las futuras
generaciones.*

ÍNDICE GENERAL

6

Prólogo

8

Nota Editorial

14

Presentación

18

Capítulo 1:

LAS RAÍCES DE LA TIERRA:

De la Sabiduría del Bosque,
al Peso del Adobe.

32

Capítulo 2:

LA MADERA DEL CAFÉ:

El Nacimiento de
una Ambición Republicana.

44

Capítulo 3:

HERENCIA EN LOS BALCONES:

Un Diálogo Íntimo
Entre la Ciudad y el Tiempo.

56

Capítulo 4:

EL ALMA DEL VALLE CENTRAL:

La Ciudad como Laboratorio
de Democracia y Educación.

70

Capítulo 5:

LOS ESPEJISMOS DEL PROGRESO:

La Entrada del Siglo XX
y la Visión Eurocéntrica.

82 Capítulo 6:
LA CIUDAD QUE PIERDE SU ROSTRO:
La Destrucción Sistemática
frente a un Falso Ideal.

94 Capítulo 7:
EL HOGAR SUSPENDIDO:
Habitar más allá
de la Eficiencia del Siglo XXI.

114 Capítulo 8:
EL LATIDO OCULTO:
Los Ríos
que Esperan Despertar.

128 Capítulo 9:
EL VALOR DE LO NUESTRO:
El Patrimonio Invisible
y la Geografía del Alma.

146 Capítulo 10:
APRENDER A VER:
El Espejo de la Sociedad.

158 Capítulo Final:
ELEGÍA A SAN JOSÉ
Las Piedras que Hablaron.

*A la memoria de mi hijo Richard,
cuya mirada aguda me enseñó a
leer el alma escondida en las calles y
a entender que los edificios respiran.*

*A mi familia, el cimiento
inquebrantable donde todas mis
historias encuentran siempre su
hogar.*

¿Qué sucede cuando una sociedad decide darle la espalda a su propia historia? La respuesta se encuentra escrita en el caos de nuestras aceras estrechas, en las fachadas desfiguradas por el olvido y en el silencio de los ríos que hemos sepultado bajo el cemento. El presente libro nace de una urgencia ineludible: la necesidad de detener la hemorragia de nuestra memoria colectiva y replantear el rumbo de nuestros espacios urbanos.

PRESENTACIÓN

El Reto de Habitar Nuestra Identidad

El objetivo de esta obra es trazar un mapa diagnóstico y emocional de nuestra arquitectura. Es un recorrido estructurado en tres tiempos vitales: el esplendor de nuestro nacimiento urbano, anclado en la sabiduría de la tierra y la madera; la enfermedad del abandono, donde la especulación y el falso progreso desfiguraron el rostro de la ciudad; y, finalmente, la sanación, un llamado rotundo a la acción ciudadana para devolverle el latido humano a nuestras calles.

A través de estas páginas, se entrelaza la reflexión histórica con una conversación íntima e intergeneracional. Es un diálogo con las ideas visionarias de quienes advirtieron el deterioro mucho antes de que fuera irreversible, y un manifiesto para quienes heredarán el entorno construido.

Este libro no busca ser un tratado exclusivamente técnico, sino un espejo social. Su misión es educar nuestra mirada, transformar la añoranza en participación activa y demostrar que el verdadero desarrollo de una capital no se mide por la altura de sus torres aisladas, sino por la calidad

de vida que ofrece en sus plazas, el respeto por sus cuencas naturales y la dignidad de sus espacios compartidos.

El reto está trazado; la ciudad espera ser rescatada.



“Una nación no se desmorona el día que caen sus muros, sino el día en que su gente pierde la capacidad de conmoverse ante lo que es suyo. El acto de reconstrucción más urgente que exige nuestro país no está en el exterior, sino en restaurar el alma de quienes lo habitan.”

Jorge Woodbridge González

Capítulo 1

LAS RAÍCES DE LA TIERRA

“Nuestra arquitectura primigenia no fue un acto de imposición sobre el paisaje, sino una reverencia. El habitante originario no construía para dominar la naturaleza, sino para pedirle permiso de existir en su interior.”

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Vivienda tradicional ú-süle del pueblo Bribri
con su característico techo cónico de hojas de palma,
Talamanca, 1897.

Foto por el estudio fotográfico Paynter Bros.



DE LA SABIDURÍA DEL BOSQUE, AL PESO DEL ADOBE

La memoria de una ciudad no comienza cuando se traza la primera calle de piedra ni cuando se levanta el primer campanario.

La memoria, si somos lo suficientemente humildes para rastrearla, yace enterrada mucho más profundo, entrelazada con las raíces de los árboles milenarios y fundida en el barro que alguna vez acarició las manos de nuestros ancestros. Para comprender las fracturas de nuestra San José contemporánea, para sanar nuestra relación rota con el espacio que habitamos, es imperativo desandar el camino y volver la mirada hacia el principio de todas las cosas.

Debemos volver a la tierra.

Durante años, al caminar por las aceras agrietadas de nuestra capital, he sentido el eco sordo de una historia que nos negamos a escuchar. Hemos crecido bajo la falsa premisa de que nuestra historia arquitectónica inició con la llegada de la cruz y la espada, ignorando deliberadamente que mucho antes de que el concepto de “ciudad” fuera siquiera susurrado en el Valle Central, ya existía una comprensión sublime del espacio, del clima y de la vida comunitaria en los densos bosques de nuestro territorio.

La arquitectura, antes de ser una declaración de estatus o un vehículo para la especulación financiera, fue instinto. Fue refugio. Y en ninguna parte esto es más evidente que en la cosmovisión de nuestros pueblos originarios. Si cerramos los ojos e imaginamos la densa selva de Talamanca, con su humedad perpetua y sus lluvias torrenciales, nos encontraremos con la primera gran lección de urbanismo y arquitectura de nuestra historia: la casa cónica talamanqueña, el U-sulé.

El U-sulé no es simplemente una choza o un resguardo temporal; es un templo cósmico, una representación material del universo tal y como lo entendían los bribris y cabécares. Cada elemento de su estructura es un testimonio de adaptación perfecta al entorno. Su base circular carece de las esquinas rígidas que más tarde nos traería la colonia, permitiendo que los vientos huracanados fluyan a su alrededor sin encontrar resistencia. Su

inmenso techo cónico, tejido con maestría utilizando palmas entrelazadas, no solo es una defensa impenetrable contra los aguaceros del trópico, sino que se alza como una montaña más dentro del paisaje, fundiéndose con la bóveda celeste.

Recuerdo muchas conversaciones de sobremesa en las que el tema de nuestra identidad urbana salía a flote. Mi Hijo Richard, con esa mirada suya que siempre parecía estar diseccionando las capas invisibles del mundo, señalaba que nuestro mayor error como sociedad moderna fue haber perdido la noción del “edificio vivo”. Como bien lo dejó plasmado en sus notas:

“La tragedia de la arquitectura contemporánea costarricense es su soberbia; hemos sustituido la inteligencia orgánica del tejido de lianas y palmas, que respiraba con la selva, por cajas herméticas de concreto que asfixian a quien las habita”.

Esa reflexión es hoy, para mí, un faro indispensable. Nuestros antepasados no levantaban muros para separarse del mundo exterior; construían para ser parte de él. El poste central del U-sulé, que clava sus raíces en el suelo y se eleva hacia el vértice del cono, conectaba el inframundo con la morada de Sibö, recordándole a cada habitante, todos los días de su vida, su lugar exacto y humilde en el vasto esquema del universo.

Era una arquitectura de lo efímero en cuanto a la materia, pero de lo eterno en cuanto al espíritu. Las hojas se pudrirían, la madera cedería eventualmente a la humedad y a los insectos, y cuando eso ocurriera, la estructura regresaría a la tierra sin dejar cicatrices, lista para ser levantada de nuevo. Era un ciclo de renovación constante. ¡Qué contraste tan desgarrador con nuestras estructuras modernas, diseñadas para desafiar al tiempo, pero que al ser abandonadas se convierten en cadáveres de acero y hormigón que envenenan el suelo!

Sin embargo, el destino de lo que hoy llamamos Costa Rica cambiaría drásticamente con la llegada de un nuevo paradigma. A medida que la historia nos empujaba fuera de la densidad de los bosques tropicales hacia la planicie iluminada del Valle Central, un nuevo tipo de asentamiento comenzó a germinar. La topografía cambió, y con ella, los materiales. El encuentro de dos mundos trajo consigo una reinterpretación radical del refugio.

Con el asentamiento colonial, la madera y la palma dieron paso al peso de la tierra. Había nacido la época del adobe.

El Valle Central, con su clima más benevolente, sus estaciones secas marcadas y su tierra arcillosa, ofrecía el lienzo perfecto para esta nueva tecnología constructiva. Pero la transición no fue solo material; fue profundamente cultural. El español trajo consigo la geometría del Imperio: la línea recta, el ángulo de noventa grados, la retícula. De pronto, la vivienda dejó de ser circular. La casa de adobe comenzó a demarcar límites estrictos, trazando una frontera clara entre “el adentro” civilizado y “el afuera” salvaje.

El proceso de creación del adobe es, en sí mismo, un acto de comunión táctil con el territorio. Las manos de nuestros primeros constructores mestizos se hundían en el barro, mezclando la tierra arcillosa con agua, crin de caballo y paja seca, amasando la historia de la naciente provincia con el sudor de la frente. Era una labor ardua. La mezcla debía reposar, fermentar como si tuviese vida propia, antes de ser vertida en los moldes de madera. Luego venía la espera. Los bloques debían secarse al sol ardiente del verano, perdiendo la humedad lentamente para no agrietarse, absorbiendo la luz del día hasta volverse duros como la piedra.

El resultado fue una arquitectura de un grosor formidable. Los muros de adobe, que a menudo superaban la vara de ancho, eran fortalezas térmicas inigualables. Durante el día, cuando el sol castigaba con fuerza, el interior de la casa de adobe se mantenía como un oasis de frescura; por las noches, cuando el viento frío descendía de las montañas que rodean el valle, esas mismas paredes irradiaban el calor que habían acumulado celosamente.

Era una casa que respiraba a un ritmo pausado, maternal, cobijando a sus habitantes con un silencio espeso que hoy resulta casi imposible de encontrar en la ruidosa estridencia de nuestras calles.

Richard, en su constante búsqueda por entender los fenómenos sociales a través del espacio construido, admiraba profundamente esta cualidad térmica, pero también comprendía sus implicaciones psicológicas.

Y cuánta razón tenía. La arquitectura moldea el espíritu de quien la habita. Ese hermetismo del adobe fue moldeando, generación tras generación, la personalidad del costarricense del Valle Central: prudente, celoso de su intimidad, profundamente arraigado al núcleo familiar que se congregaba al calor de las paredes de tierra.

“El muro ancho del adobe nos legó un carácter introvertido como pueblo; nos enseñó a resguardarnos del exterior, a hacer de la casa una fortaleza íntima, sentando las bases de una sociedad volcada hacia la vida privada de los patios interiores”.

Pero esta arquitectura de tierra cruda, tan noble frente al clima, escondía una vulnerabilidad letal. El Valle Central no solo era una tierra de fertilidad y clima templado; era, y sigue siendo, una tierra inquieta. Nuestro país descansa sobre una cicatriz del planeta, un cruce de placas tectónicas que cada cierto tiempo decide recordar su poder absoluto. Y frente a la furia de la tierra que tiembla, el adobe tenía los días contados.

La historia sísmica de nuestro país es, en gran medida, la verdadera editora de nuestra arquitectura. Cuando la tierra despertaba con violencia, sacudiendo los cimientos del valle, el adobe demostraba su fragilidad. Su rigidez, que era su mayor virtud frente al calor abrasador del verano, se convertía en su sentencia de muerte frente al sismo. Los pesados bloques, incapaces de flexibilizarse o de acompañar el movimiento telúrico, se fracturaban con un crujido sordo. Los techos colapsaban bajo su propio peso, sepultando a familias enteras bajo el mismo barro que con tanto

esmero los había cobijado. Fue a través del trauma repetido de los terremotos, de ver poblaciones enteras como la vieja Cartago reducidas a polvo y escombros, que nuestros antepasados comprendieron una lección fundamental, una verdad que la naturaleza nos exigía aceptar a la fuerza: en una tierra que respira y se convulsiona, la resistencia no reside en la dureza inamovible, sino en la capacidad de ceder, en la flexibilidad.

Así nació nuestra transición hacia el bahareque, una técnica constructiva que encarna, tal vez con mayor belleza y exactitud que ninguna otra, el mestizaje profundo de nuestra cultura. Si el adobe representaba la imposición del bloque sólido, el intento fallido de dominar el entorno mediante la masa, el bahareque fue el diálogo humilde entre la sabiduría indígena milenaria y la necesidad del colono. Retomamos la madera de nuestros bosques y la caña brava de las riberas de nuestros ríos, materiales que la ilusión de la ciudad nos había hecho despreciar, y construimos con ellos un esqueleto. Se armó una trama nerviosa, reticular y sumamente flexible. Sobre esta estructura interna, como si se tratara de la carne sobre los huesos de un organismo vivo, aplicamos nuevamente el barro, pero esta vez aligerado y aglutinado con paja, crin de caballo y boñiga de vaca.

Richard solía maravillarse ante la ironía poética y la genialidad técnica de esta evolución. Recuerdo claramente una tarde en la que caminábamos por las estrechas calles de Santo Domingo de Heredia, buscando inspiración para uno de sus proyectos universitarios. Se detuvo en seco frente a una casa centenaria cuya esquina, herida por el roce constante de los vehículos modernos, había perdido su capa de repello, dejando al descubierto el entramado de caña y barro reseco. Con la yema de los dedos trazó la cuadrícula de fibras vegetales y me dijo:

“Míralo bien, papá. El bahareque nos enseñó que la supervivencia en el trópico requiere humildad táctica; es una arquitectura que acepta el embate de la naturaleza, que se deforma y baila con el temblor, que cede, pero se niega a quebrarse. Esta pared es la metáfora perfecta del costarricense de antaño: de apariencia frágil y rústica, pero dotado de una estructura interna capaz de soportar la sacudida más violenta de la historia”.

Y qué belleza tan particular, tan conmovedora y profundamente humana emergió de esa necesidad estricta de supervivencia. Las casas de bahareque, a diferencia de la monotonía matemática y estéril de nuestros bloques de concreto contemporáneos, poseían una textura orgánica. Sus paredes jamás lograban ser perfectamente rectas o aplomadas; presentaban pequeñas ondulaciones, sutiles abultamientos y depresiones que, al recibir la luz oblicua del atardecer, hacían parecer que la casa misma respiraba. Para proteger estas paredes de la lluvia constante, se las cubrió con cal viva, dotando a nuestros primeros poblados de una luminosidad deslumbrante. Bajo el sol del mediodía, esos pequeños trazados urbanos resplandecían como perlas esparcidas en las laderas verdes de las montañas, devolviendo la luz al valle.

Pero esta piel blanca y porosa requería de un sombrero, y allí encontramos otro de los grandes hitos de nuestra memoria material: la teja de barro cocido. La elaboración de la teja era un acto de alquimia y paciencia. Arcilla amasada con los pies, moldeada —según cuenta la memoria romántica de nuestros abuelos— sobre los muslos húmedos de los artesanos para darle su curva característica, y cocida en hornos de leña que perfumaban el aire del pueblo. La teja no solo coronaba la casa, sino que resolvía el problema del agua con una gracia acústica insuperable. Quien haya dormido alguna vez bajo un techo de tejas durante un aguacero de octubre sabrá que el barro no escandaliza bajo la lluvia; el barro canta. El agua resbala por los canales cóncavos, perdiendo su agresividad, transformando la tormenta en un murmullo constante y arrullador. Hemos cambiado esa musicalidad orgánica por el estruendo ensordecedor de las láminas de zinc y el aislamiento artificial de los cielorrasos de yeso, perdiendo en el proceso una de las bandas sonoras más íntimas de nuestra identidad.

La mayor contribución del bahareque y sus pesados techos de teja, sin embargo, no fue de carácter puramente estético o material, sino profundamente cívico. Para proteger los frágiles muros de barro de los temporales con viento que azotan el valle, los constructores debieron extender la techumbre mucho más allá de la línea de la fachada. Así nacieron los anchos aleros, esos brazos extendidos de la vivienda que se convirtieron en la firma inconfundible de nuestra arquitectura vernácula.

Sin saberlo, al intentar proteger la estructura de la casa, nuestros abuelos crearon el espacio público más vital, generoso y democrático de nuestra historia temprana.

El alero fue, en esencia, nuestro primer gran pacto de solidaridad urbana. Ofrecía refugio al caminante desconocido que era sorprendido por el aguacero vespertino, regalaba sombra al vecino fatigado bajo el sol del verano, y establecía una zona de transición mágica donde la vida privada del hogar se asomaba tímidamente a la vida pública de la calle. Debajo del alero, sobre el estrecho caño de piedra, las señoras barrían conversando con la vecina de enfrente, los niños jugaban a salvo de los caballos y las carretas, y el pulso de la comunidad se sincronizaba.

Esa transición amable, ese desdibujamiento de los límites entre “lo mío” y “lo nuestro”, era una obsesión para mi hijo. Richard defendía con vehemencia que una ciudad sana no se mide por la grandeza de sus monumentos, sino por la suavidad de sus fronteras.

Hoy, cegados por el miedo y la paranoia, hemos mutilado brutalmente los aleros. Hemos levantado altas tapias ciegas de bloques de cemento, coronadas con la hostilidad del alambre de púas o las cercas electrificadas, y

nos hemos retirado cobardemente detrás de pesados portones de hierro. Hemos asesinado el umbral. Hemos decretado que la calle es un lugar hostil del que debemos defendernos, en lugar de un espacio que debemos habitar y embellecer. Cuando caminamos por los escasos barrios históricos que, por puro milagro, aún sobreviven en cantones como Barva, Aserrí o Escazú, y nos detenemos un segundo bajo un viejo alero de tejas sostenido por canes de madera tallada, no solo nos estamos protegiendo del sol; estamos ocupando un volumen de aire que fue diseñado con empatía. Sentimos el abrazo de una arquitectura que, aunque no nos pertenece legalmente, nos reconoce como seres humanos y nos da la bienvenida.

Es profundamente doloroso constatar cómo esta herencia persiste hoy apenas como un susurro agonizante, arrinconada por la indiferencia generalizada y por el afán destructor de un “progreso” que confunde el desarrollo con la demolición. Las pocas viviendas de bahareque y adobe que se mantienen en pie en el casco central y sus periferias son vistas con

desdén. Se las trata como si fueran estorbos viales, reliquias incómodas de un pasado “pobre” que ocupan un terreno considerado demasiado valioso para no ser convertido en un parqueo de asfalto o en un centro comercial sin alma. Sus paredes, que demostraron su valentía sobreviviendo intactas a terremotos que devastaron la modernidad mal hecha, ahora sucumben lentamente, no por la fuerza de la naturaleza, sino por la vibración constante e inclemente del tráfico pesado, por la contaminación de los escapes y, sobre todo, por el abandono calculado de sus propietarios y de un Estado miope.

En el fondo, la pérdida sistemática de estas estructuras de barro y caña representa una pérdida mucho mayor que la simple destrucción de materia física. Representa la ruptura definitiva de nuestro vínculo con la tierra que pisamos. El bahareque nos anclaba a la geografía; los materiales se extraían del mismo sitio donde se levantaba la casa, creando una huella de carbono nula y una estética que pertenecía exclusivamente a su lugar de origen, imposible de replicar en otra latitud. El habitante del bahareque entendía los ciclos de la lluvia porque dependía del secado de la pared; entendía la dirección del viento porque necesitaba orientar las puertas para refrescar el interior.

El ciudadano costarricense contemporáneo, en cambio, camina sobre pavimentos derivados del petróleo, trabaja encerrado en cubículos de cristal temperado importado, respira aire acondicionado reciclado y duerme rodeado de concreto premezclado. Hemos cortado el cordón umbilical ecológico que nos unía al bosque y al suelo. La arquitectura vernácula no es un llamado a volver a vivir en chozas sin electricidad —sería absurdo e ingenuo sugerir tal cosa—, sino un recordatorio monumental de que alguna vez fuimos capaces de construir soluciones ingeniosas, hermosas y sostenibles utilizando únicamente lo que el entorno nos ofrecía.

Antes de que las fincas cafetaleras trajeran consigo la influencia directa de Europa, antes de que las maderas preciosas comenzaran a ser aserradas para levantar los primeros grandes palacios urbanos, la identidad costarricense se amasó en el barro. En esa fragilidad persistente reside una dignidad que ninguna torre de acero podrá jamás igualar. Y

mientras observo cómo las palas mecánicas derriban en una tarde lo que tardó generaciones en consolidarse, no puedo evitar pensar que con cada pared de bahareque que cae, desaparece también una parte de nuestra capacidad para recordar quiénes somos realmente. Nos vamos convirtiendo en exiliados dentro de nuestra propia ciudad, extranjeros en una tierra que alguna vez, hace mucho tiempo, supimos modelar con nuestras propias manos, con el mayor de los respetos y con un profundo sentido de pertenencia.

Ese sentido de pertenencia se manifestaba con una fuerza conmovedora en la distribución interna de aquellas primeras viviendas. Si el alero era el abrazo de la casa hacia la comunidad, el zaguán y el patio central constituían su santuario privado, el núcleo indomable donde latía la vida familiar. Al cruzar el umbral de las pesadas puertas de madera, a menudo adornadas con clavos de forja y aldabas gastadas por el roce de incontables manos, el visitante era recibido por el zaguán. Este pasillo, siempre sumido en una penumbra fresca y sosegada, funcionaba como una esclusa emocional. Era un espacio de descompresión entre el ruido, el polvo y el ajetreo de la calle pública, y la intimidad sagrada del hogar.

Al final de ese túnel de sombras, como una promesa de luz, estallaba siempre el patio central. Esta configuración, heredada de la tradición andaluza pero profundamente adaptada a la exuberancia de nuestro trópico, no era un simple jardín decorativo ni un lujo estético; era el pulmón vital de la arquitectura de tierra. El patio capturaba un fragmento cuadrado del cielo y lo entregaba, dócil y domesticado, al servicio de la familia. Alrededor de él se organizaban todas las habitaciones, comunicadas entre sí por corredores internos sostenidos por robustos pilares de madera de guachipelín o cedro.

En ese espacio abierto convergía el agua de lluvia que bajaba por los canales de teja, alimentando los helechos, las begonias, los novios y las matas de café que las abuelas cultivaban en macetas de barro cocido. El patio era el reloj solar de la vivienda, marcando con el avance de sus sombras el ritmo de las labores domésticas. Era allí donde se secaba la ropa al viento, donde se desgranaba el maíz, donde los niños aprendían

a caminar sintiendo la textura de la piedra y la tierra húmeda bajo sus pies descalzos. Y, por las noches, cuando el cielo del Valle Central se despejaba, el patio se convertía en un observatorio privado desde el cual la familia entera, sentada en mecedoras de mimbre bajo el corredor, podía contemplar el firmamento mientras compartía las historias y leyendas que forjaron nuestra tradición oral.

Richard entendía la profunda psicología detrás de este diseño. En uno de los intensos debates que solíamos tener sobre el futuro de nuestros espacios habitables, dejó caer una reflexión que me persigue cada vez que veo demoler una de estas casas para construir un edificio de apartamentos.

Esa luz de la que hablaba mi hijo se reflejaba también en los materiales que revestían los interiores. Los pisos de las viviendas más humildes eran de tierra apisonada, barrida diariamente con escobas de follaje hasta alcanzar una tersura casi pétrea, una superficie que exhalaba ese inconfundible y melancólico olor a polvo mojado en las tardes de lluvia. En las casas de familias con mayores recursos, la tierra dio paso al ladrillo de barro cuadrado, de un rojo intenso, curado con cera de abeja y lustre que las amas de casa pulían de rodillas hasta sacarle un brillo que devolvía el reflejo de los muebles de madera. Caminar por aquellos pasillos era una experiencia táctil y sonora; cada paso tenía un peso, una resonancia que le recordaba al habitante la solidez del suelo que pisaba.

“Destruir el patio central no fue solo una decisión inmobiliaria para aprovechar mejor los metros cuadrados; fue un suicidio sociológico. Al borrar el patio y los corredores internos, borramos la coreografía de nuestra convivencia. Nos encerramos en cuartos aislados, conectados por pasillos ciegos, y perdimos el espacio donde las generaciones se encontraban inevitablemente. La arquitectura de hoy nos permite vivir bajo el mismo techo sin mirarnos a los ojos; la arquitectura de ayer nos obligaba a encontrarnos en la luz”.

En la parte posterior de la casa, alejada de las miradas de los visitantes pero coronada como el verdadero altar de la vida doméstica, se encontraba la cocina. Antes de que la electricidad y los electrodomésticos asépticos transformaran nuestras rutinas, la cocina de leña era el corazón ardiente del hogar. Sus paredes, inevitablemente ennegrecidas por el hollín

acumulado a lo largo de las décadas, guardaban en su textura el registro de miles de fuegos encendidos, de madrugadas frías calentadas por el aroma espeso del café chorreado y las tortillas palmeadas. La cocina no era solo un espacio utilitario; era el lugar de la confidencia, el rincón donde las mujeres de la familia compartían sus pesares, transmitían sus saberes culinarios y sostenían, con sus manos manchadas de ceniza y masa, la estructura emocional de la sociedad costarricense.

Sin embargo, a pesar de toda la poesía, la funcionalidad y la calidez que el adobe y el bahareque aportaban a nuestras vidas, comenzó a gestarse en la psique nacional un sentimiento que terminaría por dictar su sentencia de muerte: la vergüenza. A medida que el siglo XIX avanzaba, la tierra cruda y el barro empezaron a ser asociados irrevocablemente con el atraso, la pobreza y la rusticidad campesina. La ciudad de San José, que hasta entonces había sido un caserío apacible, blanco y homogéneo, comenzó a despertar a una ambición inusitada. Los josefinos empezamos a mirar hacia afuera, sintiendo que nuestra arquitectura de temblores y lluvias era insuficiente para representar la nación moderna que anhelábamos ser.

Queríamos dejar de ser aldea. Queríamos despojarnos del olor a tierra húmeda y boñiga de vaca que impregnaba nuestras paredes de bahareque. Esta profunda crisis de identidad estética coincidió, de manera fatal y fascinante, con el mayor catalizador económico y social de nuestra historia republicana. En las laderas fértiles del Valle Central, una pequeña planta de hojas verdes y brillantes, importada décadas atrás, comenzó a dar frutos rojos que se convertirían en el verdadero motor del cambio radical.

El café, nuestro “grano de oro”, no solo transformó el paisaje agrícola, sustituyendo los bosques por un mar infinito de arbustos alineados, sino que inyectó una riqueza sin precedentes en las arcas de una nueva élite comercial. Y con la riqueza llegaron los barcos. De los puertos de Europa ya no solo desembarcaban libros, telas y herramientas; comenzaron a desembarcar catálogos de arquitectura, molduras, cristales, mármoles y, sobre todo, una nueva visión del mundo que despreciaba lo autóctono por considerarlo primitivo.

Las modestas casas de bahareque que bordeaban las calles de tierra empezaron a ser vistas como reliquias bochornosas por los nuevos barones del café. El barro no podía sostener los altos techos que exigía la nueva moda, ni podía ser tallado con los intrincados detalles ornamentales que dictaba el gusto victoriano o neoclásico que veían en las postales de París y Londres. La ciudad necesitaba una nueva piel, una que gritara a los cuatro vientos que Costa Rica había entrado finalmente en el circuito del comercio mundial y en la era del refinamiento.

La tierra dictó nuestro nacimiento, nos enseñó la humildad frente a los sismos y nos regaló el sentido de comunidad. Pero la ambición, alimentada por el capital cafetalero, exigía materiales más dóciles a la vanidad humana, materiales que pudieran ser aserrados, ensamblados y pintados para imitar la grandeza del viejo continente. Así, sin darnos cuenta de lo que estábamos sacrificando, comenzamos a darle la espalda a la sabiduría de nuestras raíces. Las palas comenzaron a remover los viejos cimientos de adobe. Los hornos de teja empezaron a enfriarse. Un nuevo protagonista estaba a punto de apoderarse del paisaje urbano, cambiando para siempre la acústica, el color y la escala de nuestras vidas, marcando el inicio de una era de esplendor y contradicciones que terminaría por definir el alma fracturada de nuestra capital.

Había llegado el tiempo de la madera.

Capítulo 2

LA MADERA DEL CAFÉ

“El café nos regaló alas, pero también nos inculcó el veneno de la comparación. Con el grano de oro compramos la ilusión de la ligereza y el estatus, importando catálogos de estilos para disfrazar nuestras calles. Fue el momento exacto en que dejamos de construir para habitar, y comenzamos a construir para aparentar.”

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Salón burgués de una vivienda en San José, Costa Rica (circa 1900), reflejo del lujo y la influencia decorativa europea de la época del auge cafetalero.

Fotógrafo no identificado



EL NACIMIENTO DE UNA AMBICIÓN REPUBLICANA

La transformación no ocurrió de la noche a la mañana, pero cuando finalmente se consolidó, el rostro de San José había mutado para siempre. El siglo XIX avanzaba y las

modestas calles de tierra, flanqueadas por los pesados muros encalados del adobe y el bahareque, comenzaron a sentir el peso de una nueva urgencia. Ya no bastaba con el refugio; la ciudad demandaba representación. Y el motor de esa metamorfosis tenía el aroma amargo y estimulante de un grano recién tostado.

El café, sembrado inicialmente con timidez en los patios traseros, se había desbordado hacia las laderas del Valle Central, tiñendo el paisaje de un verde oscuro y uniforme. Esta planta, meticulosamente cultivada, se convirtió en nuestro pasaporte a los mercados internacionales y, con ello, en el arquitecto invisible de nuestra nueva identidad. De pronto, un país de campesinos aislados se encontró acumulando una riqueza que quemaba en las manos de una naciente oligarquía. Los hacendados, enriquecidos por las exportaciones hacia los puertos de Londres y Hamburgo, regresaban de sus travesías marítimas con las retinas empapadas de la grandeza del viejo continente. Habían caminado por los bulevares de París, habían admirado los palacetes victorianos y habían bebido del refinamiento neoclásico. Al volver a su tierra, el contraste era insoportable. San José les parecía una aldea, un rincón polvoriento que no estaba a la altura de sus nuevas cuentas bancarias.

Había que borrar el pasado de tierra y caña. Había que elevar la mirada y aligerar el peso de la ciudad. La respuesta material a esta crisis de ambición fue, indudablemente, la madera.

Nuestros densos bosques, que hasta entonces habían sido vistos como obstáculos para la expansión agrícola, se convirtieron en las canteras de la nueva urbanidad. El cedro, el pochote, la caoba y el guanacaste comenzaron a ser talados y aserrados con un frenesí inédito. A diferencia del barro, que exigía paciencia, fermentación y sol, la madera era dócil. Permitía cortes precisos, ensamblajes rápidos y, sobre todo, abría la

puerta a una dimensión que la tierra cruda siempre nos había negado: la filigrana, el detalle minucioso, el ornamento.

Con la madera llegaron también las láminas de hierro galvanizado —el zinc— que desembarcaban en el puerto de Limón y subían lentamente por las recién inauguradas vías del ferrocarril. La pesada teja de barro cocido, que nos había arrullado durante décadas, fue desplazada con rapidez asombrosa por estas planchas metálicas, ligeras y modernas, que cambiaron para siempre la acústica de nuestros inviernos. El aguacero tropical ya no era un murmullo profundo, sino un redoble ensordecedor, una percusión metálica que anunciaba que Costa Rica había entrado, de golpe, en la era de la industrialización importada.

Pero lo verdaderamente fascinante de este periodo no fue la sustitución de un material por otro, sino el brutal choque cultural que se manifestó en las fachadas. Empezamos a importar catálogos de arquitectura de Estados Unidos y Europa. Los artesanos locales, que heredaban el oficio de trabajar con hachuela y serrucho, se veían de pronto obligados a interpretar los caprichosos diseños victorianos, los techos empinados pensados para repeler la nieve y las buhardillas francesas que no tenían ningún sentido práctico en una latitud donde el sol cae a plomo y no existen los inviernos gélidos.

Richard, en sus notas, diseccionaba esta época con una mezcla de crítica punzante y ternura. Para él, esta “arquitectura de catálogo” escondía un drama psicológico profundo.

Recuerdo que en uno de sus ensayos, que luego discutiríamos largamente en el estudio, escribió:

“Nuestra arquitectura victoriana no es una mera copia, es el testimonio de un pueblo intentando desesperadamente traducir un idioma ajeno. Tomamos el encaje europeo y lo obligamos a transpirar en el trópico. Esas casas con aleros decorados y techos puntiagudos son hermosas, sí, pero son monumentos a nuestra inseguridad; el esfuerzo de una nación que quiso vestirse de frac en medio de la selva para que el mundo exterior finalmente la tomara en serio”.

Y sin embargo, de esa inseguridad nació una belleza innegable, un hibridismo que hoy lloramos al ver desaparecer. Porque el carpintero costarricense, en su sabiduría instintiva, no se limitó a calcar los manuales. Adaptó. Modificó. Las casas de madera se levantaron del suelo sobre pedestales de ladrillo o basas de piedra, creando un espacio ventilado bajo los pisos para aislar la estructura de la implacable humedad del suelo tropical y protegerla de las termitas. Los pesados muros de adobe fueron reemplazados por el sistema de “forro y clavazón”, paredes ligeras y elásticas que, irónicamente, demostraron ser maravillosamente resistentes a los terremotos. Cuando la tierra temblaba, las casas de madera no colapsaban; crujían, se balanceaban como barcos en medio de una tormenta y, una vez pasado el sismo, volvían a su centro.

Pero el cambio más profundo no fue estructural, fue social, y se manifestó en un elemento arquitectónico que definiría el carácter de la ciudad durante casi un siglo: el corredor frontal.

En la época del adobe, como vimos, la vida transcurría hacia adentro, en el patio central protegido del escrutinio público. La casa era un claustro. Pero la riqueza del café trajo consigo la vanidad, y la vanidad exige espectadores. La burguesía necesitaba mostrar su estatus, su vestimenta importada, sus muebles de caoba y sus cristales biselados. Así, la casa sufrió una eversión arquitectónica. La fachada, antes muda y severa, se abrió hacia la calle. El patio interior no desapareció, pero cedió su protagonismo cívico al corredor exterior, una franja techada, delimitada por primorosas barandas de madera torneada —los famosos calados— y columnas finamente talladas.

El corredor se convirtió en la frontera porosa entre lo público y lo privado. Era el balcón desde el cual la familia acomodada se exhibía al mundo y, simultáneamente, vigilaba el teatro de la calle. En las tardes de verano, cuando el sol comenzaba a esconderse detrás de los cerros de Escazú, las familias salían al corredor a tomar el fresco, a dejarse ver, a evaluar quién pasaba por la acera y con quién. La arquitectura se convirtió en una declaración pública de pertenencia social.

Mi hijo Richard encontraba en este espacio una fascinación inagotable. Solíamos caminar por Barrio Amón, sorteando el ruido del tráfico contemporáneo, intentando imaginar cómo debió ser la dinámica de aquel San José de finales del siglo XIX. En una de esas caminatas, al detenernos frente a una vieja casona restaurada cuyos calados proyectaban sombras geométricas sobre el piso de mosaico, me confesó una de sus ideas más brillantes sobre nuestra identidad urbana:

La cúspide de esta ambición republicana, el grito más fuerte de esa necesidad imperiosa de europeizar nuestra selva, no se dio en las viviendas privadas, sino en el espacio público monumental. Si el corredor era el escenario de la burguesía, San José necesitaba un altar mayor para consagrar su nueva riqueza. Y así, financiado por un impuesto voluntario sobre la exportación del café que la élite se impuso a sí misma, nació la joya absoluta de nuestra arquitectura histórica: el Teatro Nacional.

“El corredor es la cúspide de nuestra hipocresía hermosa, papá. Construimos estas barandas de madera, no para evitar que los de afuera entren, sino para marcar claramente quién tiene el derecho de sentarse arriba y quién debe conformarse con mirar desde la acera. Y sin embargo, obligó a nuestros abuelos a dar la cara. Les exigió urbanidad. Hoy, en cambio, los muros de concreto ciegos de nuestros condominios nos eximen de cualquier responsabilidad social; nos hemos vuelto invisibles los unos para los otros”.

Inaugurado en 1897, el Teatro no era simplemente un edificio; era una declaración de independencia cultural respecto a nuestro pasado de tierra cruda. Era un trozo de París incrustado a la fuerza en el corazón del Valle Central. Mármol de Carrara, terciopelo rojo, pan de oro, lámparas de cristal de Murano y esculturas neoclásicas.

Todo, absolutamente todo lo que importaba en ese edificio, venía de afuera. Incluso su obra de arte más famosa, la “Alegoría del comercio y la agricultura de Costa Rica” pintada en el techo, fue un encargo a Aleardo Villa, un pintor italiano que jamás pisó suelo costarricense, y que por ende, pintó los racimos de banano al revés y retrató a las recolectoras de café con rasgos y vestimentas napolitanas a la orilla del mar.

Ese lienzo, hermoso y profundamente equivocado, es quizás la metáfora más exacta de aquella época. Construíamos desde la imaginación de un ideal que no nos pertenecía. Queríamos ser algo que no éramos, y al hacerlo, creamos un patrimonio innegablemente bello, deslumbrante, pero siempre marcado por el fantasma de la imitación.

Y, sin embargo, con el paso de las décadas, esa madera aserrada, esos techos de zinc y esos corredores victorianos dejaron de ser extranjeros. El sol implacable, las lluvias diluvianas, el humo de las cocinas y las manos de las generaciones sucesivas fueron curando la madera, domesticándola, hasta hacerla profundamente nuestra. El estilo neoclásico y el “gingerbread” caribeño se fundieron con la idiosincrasia tica, creando barrios enteros —como Amón, Otoya y Aranjuez— que dotaron a San José de una elegancia singular, una mezcla encantadora de pretensión europea y languidez tropical.

Lamentablemente, la madera, al igual que el adobe, llevaba en sí misma la semilla de su propia destrucción. Si el barro temía al terremoto, la madera vivía aterrorizada por el fuego y la plaga. La ciudad de madera era una ciudad inflamable. Los incendios que consumieron cuadras enteras en las primeras décadas del siglo XX, sumados al asedio silencioso pero implacable de la polilla y la humedad, comenzaron a mermar nuestro patrimonio de madera.

Pero el golpe final a esta época de ambición republicana no lo darían los elementos naturales, sino un cambio en nuestra mentalidad, una nueva fiebre que, al igual que el café, prometería modernidad, pero que esta vez exigiría borrar absolutamente todo rastro de nuestro pasado. Estábamos a las puertas del siglo XX, y el material que dominaría la nueva era no perdonaría ni a la tierra ni a la madera. Se acercaba el imperio de la piedra líquida, el cemento armado, y con él, el inicio de la gran amnesia urbana.

La llegada del cemento armado no fue simplemente una evolución técnica o un avance en la ingeniería de materiales; fue una declaración de guerra contra la imperfección, contra la vejez y, en última instancia, contra el tiempo mismo. Lo que llamábamos “piedra líquida” llegó a San José con

la promesa hipnótica de la eternidad y la higiene. Nos vendieron la idea de que la madera, con sus vetas irregulares, su necesidad de mantenimiento y su propensión a alojar la vida de los insectos, era un material sucio, un vestigio de un pasado que debíamos superar. El concreto, por el contrario, era aséptico, racional, ordenado. Prometía superficies lisas que se podían lavar con manguera, paredes que no se movían con los temblores y techos que, al ser de losa maciza, ignoraban por completo la cadencia sonora de la lluvia.

Fue entonces cuando empezó la gran homogeneización de nuestro paisaje. La arquitectura, que hasta entonces había sido un diálogo entre las necesidades del usuario y la destreza del artesano, se convirtió en una operación aritmética. Ya no necesitábamos al carpintero que tallaba los canes de madera o al ebanista que medía el encaje de una ventana; necesitábamos al ingeniero calculista y al operador de la concretera. La velocidad de la construcción se disparó, pero perdimos, en el camino, esa “textura” que Richard siempre defendía como esencial para el bienestar humano. Él decía que el concreto era un material “sordo” y “ciego”: no escucha el sonido del ambiente y no permite que el edificio envejezca con dignidad, solo permite que se ensucie. En una de sus reflexiones más contundentes sobre esta transición, dejó escrito:

Con la consolidación de este nuevo material, la escala de la ciudad también comenzó a alterarse. Las casonas de madera, que habían mantenido una relación respetuosa con la estatura del peatón, empezaron a ser sustituidas por estructuras de concreto que buscaban la verticalidad y la densidad. Ya no se construía para

el vecino o para el transeúnte que caminaba bajo el alero; se construía para el rendimiento del capital. El centro de San José, que antaño había sido un espacio de encuentro, de plazas que se desbordaban hacia las fachadas, empezó a cerrarse sobre sí mismo. Las calles dejaron de ser los

“El problema del cemento no es su resistencia, sino su arrogancia. La madera nos obliga a reconocer que todo lo vivo cambia, se degrada y eventualmente regresa a la tierra; el concreto nos engaña haciéndonos creer que podemos congelar el presente, creando ciudades que se ven igual de estériles a los cinco años que a los cincuenta. Hemos sustituido la vida por la inercia”.

“corredores públicos” de la vida urbana para transformarse en simples arterias de tránsito. Y en ese proceso, el vehículo, que empezaba a aparecer como una novedad exótica, se convirtió en el amo y señor del diseño urbano.

La amnesia urbana se instaló de forma sigilosa. No fue un evento dramático, sino un goteo constante de demoliciones autorizadas bajo la bandera del “progreso”. Cada casona de madera que caía era reemplazada por un edificio de oficinas revestido de granito o cemento pulido. Borrarnos de un plumazo la memoria arquitectónica de la ciudad, sustituyendo los balcones donde se conversaba, por fachadas ciegas que no ofrecían nada al ojo humano.

Richard solía decir que una ciudad sin edificios antiguos es como una persona que sufre una amnesia total: no sabe de dónde viene, no conoce sus errores y, por lo tanto, es incapaz de planificar un futuro con sentido.

Recuerdo una caminata en particular, una de esas tardes donde el atardecer parece teñir de rojo las paredes de concreto de los edificios más viejos del centro, cuando nos detuvimos frente a la antigua estructura de lo que alguna vez fue una residencia emblemática, reducida entonces a un parqueo. Él se quedó mirando el terreno vacío, ese hueco en la trama urbana, y me dijo con una voz que aún hoy escucho cuando cierro los ojos:

“¿Te das cuenta, papá? No solo hemos derribado paredes; hemos cortado el cordón umbilical que nos unía a nuestra historia. Nos hemos convertido en una generación de inquilinos, no de habitantes. Cuando habitas un lugar, lo cuidas, lo integras en tu historia personal; cuando solo ocupas un espacio, lo explotas hasta que ya no sirve y luego lo desechas. San José se está convirtiendo en una ciudad desechable, y nosotros nos estamos acostumbrando a vivir entre los escombros de lo que fuimos”.

La tragedia es que, al adoptar esta arquitectura de la rapidez y el descarte, también adoptamos un estilo de vida que nos aislaba. Las nuevas estructuras de concreto, con sus paredes gruesas y sus ventanas herméticas

diseñadas para el aire acondicionado, crearon una barrera física entre el interior y el exterior. Perdimos el contacto con el clima, con los sonidos de la calle y con la presencia del vecino. El corredor, aquel espacio mágico de transición, desapareció. Fuimos empujados hacia adentro, recludos en espacios fríos que, aunque modernos, carecían de la calidez que el tiempo y la madera le imprimían a nuestras viviendas tradicionales.

Esta transición hacia el concreto también supuso la pérdida definitiva de la identidad regional en nuestro paisaje. Mientras que la madera y el bahareque habían obligado a los constructores a adaptarse a las condiciones locales —al sismo, al viento, a la lluvia—, el cemento armado permitió la estandarización universal. De pronto, podíamos construir el mismo edificio en San José, en Bogotá o en Miami. La arquitectura perdió su capacidad de narrar nuestra geografía y nuestra cultura. Nos volvimos genéricos. Las fachadas que antes lucían el trabajo paciente del artesano, ahora mostraban la monotonía de la repetición industrial. San José, que durante el siglo XIX había luchado por encontrar su voz propia en la mezcla de materiales, se vio de pronto silenciada por el ruido de la estandarización global.

Y lo que más le dolía a Richard de todo este proceso era la ceguera colectiva con la que lo aceptamos. No hubo un grito de protesta, no hubo una defensa del patrimonio; hubo una rendición entusiasta. Nos convencieron de que la “modernidad” era un paquete completo: automóvil, edificio de concreto, altura y desvinculación total con el pasado. Nos dijeron que para entrar al siglo XX debíamos renunciar a nuestra historia de tierra y madera. Y lo hicimos. Con una celeridad asombrosa, dejamos que las palas mecánicas devoraran nuestra memoria.

Al reflexionar sobre esto, no puedo evitar sentir que el capítulo del café y la madera fue, en realidad, un espejismo glorioso. Fue el momento en que creímos, por primera vez, que podíamos ser algo grande, algo cosmopolita. Pero esa ambición, mal entendida y mal gestionada, nos llevó a traicionar nuestras propias raíces. La madera nos había permitido alcanzar el cielo con elegancia y respeto, pero el cemento nos permitió alcanzarlo con soberbia y desprecio por lo que quedaba abajo. Y ahora,

décadas después, cuando caminamos por las calles de un San José que se siente extraña, fría y desarticulada, nos damos cuenta de que el precio de aquella “modernidad” fue demasiado alto. Nos quedó una ciudad que, aunque funcional en términos técnicos, se siente deshabitada en términos emocionales. Nos quedó un centro urbano que hemos vaciado de contenido, de historias y, sobre todo, de gente, para convertirlo en un lugar de paso, una estación de servicio en el camino hacia un futuro que no sabemos si queremos alcanzar.

Es imperativo, por tanto, que al analizar este periodo, no lo veamos solo como un cambio de materiales, sino como una crisis existencial. La historia de nuestro urbanismo no se escribe con ladrillos; se escribe con la intención que ponemos detrás de ellos. Y durante gran parte del siglo XX, nuestra intención no fue construir un hogar para nuestra sociedad, sino levantar un escenario para una supuesta modernidad que nunca terminó de encajar en nuestra realidad tropical. Cada vez que observo las estructuras de concreto que dominan nuestro centro, no puedo evitar ver los fantasmas de las casas de madera que fueron demolidas para darles paso. Escucho, en el eco de los motores, el susurro de aquel San José que todavía sabía cómo sentarse en un corredor a ver pasar la tarde, y me pregunto: ¿habremos perdido definitivamente la capacidad de construir espacios que nos hagan felices, o estamos todavía a tiempo de rescatar, aunque sea en la memoria, la esencia de aquel refugio que una vez supimos crear con la madera, el café y la tierra? Esta pregunta, que Richard formulaba en sus clases con una insistencia casi dolorosa, es la que debe guiar nuestra mirada crítica hacia el presente. Porque si no somos capaces de reconocer la belleza y la sabiduría de lo que destruimos, jamás seremos capaces de imaginar algo mejor para las generaciones que vendrán.

Capítulo 3

HERENCIA EN LOS BALCONES

“Un edificio viejo no está enfermo de tiempo, está preñado de historias. Demolerlo sin antes escuchar lo que sus balcones tienen que decirnos es un acto de arrogancia generacional; es creer que el futuro solo se construye sobre una página en blanco.”

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Residencia del expresidente costarricense Cleto González Víquez en San José. El edificio, construido entre finales del siglo XIX y principios del XX, destaca por sus influencias arquitectónicas neoclásicas.

Foto por el fotógrafo Manuel Gómez Miralles



EL NACIMIENTO DE UNA AMBICIÓN REPUBLICANA

Hay horas en el día en que la luz del Valle Central se vuelve cómplice de la memoria. Ocurre casi siempre al caer la tarde, cuando el sol, en su descenso hacia los cerros

de Escazú, baña las fachadas de nuestra ciudad con un dorado denso, melancólico, que parece revelar, por breves instantes, el relieve de lo que hemos olvidado. Es en ese momento, cuando las sombras se estiran sobre el pavimento y la estridencia del tráfico parece distanciarse un poco, que San José me permite ver, más allá de la capa de gris que hemos tendido sobre ella, la arquitectura que aún respira.

Cuando camino hoy por los reductos que resisten —esos callejones de Barrio Amón, las esquinas que se niegan a ceder en Otoya, o las avenidas donde el follaje de los árboles aún respeta la escala humana— no veo únicamente estructuras de madera, ladrillo y yeso. Veo islas. Archipiélagos de memoria flotando en un mar de asfalto, indiferencia y prisa. Y mi caminar ya no es un acto solitario; es, irremediabilmente, un diálogo.

Mi relación con estos barrios dejó de ser, hace mucho tiempo, una labor de urbanista o de documentalista interesado en la forma. Se ha convertido en una conversación íntima, un refugio donde acudo, casi como quien va a un templo, para escuchar los ecos de mi hijo. Caminar por estas aceras es, para mí, un ejercicio de desdoblamiento temporal. A cada paso, mi sombra actual se superpone con las huellas de las incontables caminatas que Richard y yo compartimos por estas mismas cuadrículas.

Él tenía una manía que, en su momento, me obligaba a frenar en seco: se detenía sin previo aviso, en medio de la acera, ignorando el flujo de gente o el bocinazo de algún conductor impaciente, y permanecía allí, estático, con la cabeza inclinada hacia atrás. Su mirada, siempre analítica, siempre buscando la verdad detrás del ornamento, se perdía en las alturas. Él no miraba la fachada completa; él diseccionaba. Seguía la trayectoria de una moldura, el declive de un alero, la curva de un soporte.

Estaba buscando el lenguaje oculto de la arquitectura.

“Papá, mira la pátina,” me decía, sin mirarme, con los ojos clavados en la madera gastada de un balcón que amenazaba con desprenderse de una casona centenaria.

Esa enseñanza ha marcado mi forma de observar el mundo desde entonces. Para Richard, un balcón no era una simple saliente arquitectónica ni un capricho ornamental de la burguesía cafetalera que buscaba imitar lo que veía en los catálogos europeos. Para él, el balcón era un escenario de resistencia, una interfaz democrática. Era la prueba tangible de que alguna vez tuvimos el tiempo y la disposición para observar el mundo pasar, para reconocernos en el otro, para habitar la calle sin miedo.

En nuestra época contemporánea, donde construimos con vidrio reflectante y acero inoxidable —materiales fríos, herméticos, que rechazan el tacto y niegan el paso de los años como si envejecer fuera un delito contra el valor de la propiedad—, hemos perdido esa honestidad. Hemos creado ciudades impermeables a la experiencia humana, fachadas que no ofrecen nada al ojo del transeúnte, que no invitan a la pausa. Hemos sustituido el balcón, que es un puente, por el muro, que es una sentencia.

Richard, en sus notas sobre la sociología de los barrios históricos, llegó a una conclusión que hoy, ante el avance de las moles de concreto que devoran nuestro patrimonio, me parece profética:

Y qué razón tenía. Al observar las casonas que aún conservan sus balcones de madera torneada, uno puede sentir la intención de sus constructores. Había una voluntad de apertura. Las casas se asomaban

“La madera no miente. El concreto es cínico: se ensucia, se agrieta y se ve igual de desalmado. Pero la madera, cuando envejece, cuenta la historia de quien la tocó.

“El balcón es el último bastión de la urbanidad en San José. Es el umbral donde la casa se atreve a confiar en la calle. Cuando eliminamos el balcón, eliminamos la posibilidad del encuentro fortuito, del saludo al vecino, de la observación compartida. Estamos construyendo ciudades de autómatas que no se ven a los ojos porque la arquitectura misma nos ha enseñado a mirar solo hacia adentro.”

al espacio público con orgullo, no con la defensiva de quien se atrinchera detrás de una cerca electrificada. Los balcones eran los “ojos” de la casa, los órganos sensoriales que le permitían a la vivienda participar de la vida del barrio. Allí, en esos voladizos, ocurrían las confidencias, se observaban los cambios de estación, se saludaba al cartero, se escuchaban las noticias de la cuadra. Eran espacios intermedios donde la vida privada se hacía un poco pública, y la vida pública, un poco más humana.

Hoy, cuando paso frente a esos balcones, no puedo evitar sentir una punzada de dolor al notar cómo la polilla, el abandono y la falta de mantenimiento están devorando la filigrana de la madera. Muchos de ellos han sido clausurados. Las puertas que daban acceso al balcón se han sellado con candados oxidados, o peor aún, se han sustituido por ventanas fijas que bloquean la ventilación. Hemos transformado el balcón —un espacio de libertad y contacto— en una reliquia inservible.

Es curioso, porque al mismo tiempo que destruimos estos balcones, la sociedad se queja de la inseguridad, del aislamiento, de la falta de “barrio”. No nos damos cuenta de que hemos sido nosotros mismos quienes hemos desactivado los mecanismos de vigilancia social que la arquitectura tradicional nos ofrecía. Al retirar el balcón, retiramos los ojos de la calle. Al levantar tapias altas, eliminamos el control natural que ejercían los vecinos sobre el entorno. Hemos pavimentado el camino para una soledad que ahora nos resulta insoportable.

Recuerdo unatarde particularmente fría de octubre, de esas en las que el aguacero parece querer borrar a San José del mapa. Estábamos bajo el alero de una casona antigua en Amón, protegiéndonos de un chaparrón repentino.

Esas palabras resuenan en mí cada vez que veo una excavadora demoliendo una estructura de valor

Richard observaba cómo el agua caía por los canales, limpiando la madera, sacándole un brillo oscuro y noble. Se volvió hacia mí y, con una sonrisa que mezclaba la ironía con la tristeza, dijo: “La gente cree que estas casas son viejas y frágiles. Se equivocan. Son las únicas que han aprendido a negociar con el clima. El concreto simplemente aguanta el golpe hasta que se fractura; la madera cede, se mueve, se acomoda. La arquitectura antigua es sabia porque es flexible. Nosotros, en cambio, nos hemos vuelto rígidos. Y las cosas rígidas, papá, son las primeras en romperse.”

histórico para dar paso a un parqueo o a un edificio de oficinas genérico. Es un acto de violencia contra nuestra capacidad de memoria. Cada vez que derribamos un balcón, no estamos solo eliminando madera vieja; estamos amputando nuestra propia historia sensorial. Estamos borrando la huella de quienes se sentaron allí antes que nosotros, de quienes vieron atardeceres que nosotros ya nunca veremos, de quienes entendieron que habitar una ciudad implica también cuidarla, mantenerla, dialogar con ella.

La herencia en los balcones es, por lo tanto, una herencia de observación. Es la lección de que, para vivir en sociedad, hay que estar presente. Hay que mirar hacia afuera. Hay que ser parte del tejido. Y Richard, en su corta vida, fue un maestro de la presencia. Él no pasaba por el mundo; él lo habitaba, lo desmenuzaba, lo sentía en su arquitectura.

Más allá de su valor social, los balcones de nuestra arquitectura republicana son un catálogo abierto de la maestría carpintera que, tristemente, estamos perdiendo. Richard solía decirme que observar un balcón bien conservado es como leer un libro de historia escrito en relieve sobre cedro y pochote. Cada calado, cada voluta tallada en la madera, no era un mero ornamento; era una firma. Los carpinteros de finales del siglo XIX y principios del XX no se limitaban a ensamblar tablas; ellos esculpían la identidad de la casa. Muchos de esos diseños, traídos de los catálogos victorianos o afrancesados que circulaban en la época, fueron adaptados con una libertad creativa asombrosa. Al ver una baranda de balcón en Barrio Amón, uno puede identificar la mano del artesano, la profundidad del corte, el ritmo de los espacios vacíos que permiten que la luz se filtre y proyecte sombras caprichosas sobre los pisos de mosaico.

Esa luz es, para mí, el elemento más poético del balcón. Durante el día, el calado actúa como un filtro. La luz solar, al atravesar las figuras geométricas o florales de la madera, deja de ser el sol implacable del trópico para convertirse en un dibujo viviente que se desplaza sobre las paredes. Es un baile constante que conecta el interior de la casa con el movimiento del astro rey. Richard, en su análisis de la espacialidad, señalaba que esta interacción luminosa era vital para la salud psíquica de los habitantes.

Él argumentaba que “la arquitectura que bloquea la luz exterior nos encierra en un presente perpetuo y estéril; la arquitectura que juega con la luz, como lo hacen nuestros viejos balcones, nos recuerda que somos parte de un ciclo mayor, de un tiempo que avanza, que cambia, que nos da vida y nos la quita”.

Sin embargo, esta misma exposición que hace al balcón un elemento tan estético, es la que lo convierte en un punto de extrema vulnerabilidad técnica. La madera, expuesta directamente a la lluvia, al sol y a la humedad del Valle Central,

requiere un cuidado que hemos dejado de ofrecer. El balcón es el primero en sufrir el castigo del clima. El agua se infiltra por las uniones de las vigas que sostienen el voladizo, la humedad penetra en las fibras, el hongo se instala y, si no hay un mantenimiento constante —repasar la pintura, sellar las juntas, tratar la madera contra el comején—, la estructura cede. La pérdida de un balcón no ocurre de golpe; es un proceso lento de desgaste que a menudo ignoramos hasta que un día, por seguridad, el propietario decide cortarlo y sellar la abertura con una ventana de aluminio.

Es ese el momento en que la casa muere socialmente. Al eliminar el balcón, la estructura se vuelve ciega. La casa, que antes tenía una expresión, una cara que miraba y era mirada, se convierte en un bloque cerrado.

“Cada vez que alguien sella un balcón en San José, la ciudad se vuelve un poco más sorda y un poco más agresiva. Estamos perdiendo los oídos y los ojos de nuestro entorno construido, y nos extraña que nuestras calles se sientan cada vez más hostiles”.

No es una exageración técnica. La seguridad de nuestros barrios históricos dependía, en gran medida, de la vigilancia natural de sus habitantes desde esos balcones y corredores. Eran los “ojos en la calle” de los que tanto hablan los urbanistas modernos, pero que nosotros ya teníamos incorporados en nuestra tradición desde hace más de un siglo. Al privatizar el espacio, al convertir el corredor

en una zona de tránsito invisible, hemos dejado la calle a merced de la soledad y el desamparo. Nos hemos atrincherado en torres de cristal y cemento, pensando que el aislamiento nos hace más seguros, cuando en

realidad solo nos ha vuelto más vulnerables al vacío urbano.

Recuerdo que, en nuestras últimas caminatas, Richard me hacía notar cómo, incluso en las casas donde el balcón ya no se usaba —donde las puertas permanecían cerradas por años—, la simple presencia de la estructura de madera cambiaba la escala de la calle.

“No importa si se usa o no, papá. La presencia del balcón suaviza la dureza del cemento. Le da un ritmo a la fachada, una sombra que rompe la monotonía. Es un gesto de cortesía hacia el caminante”.

Él entendía que el espacio público no es solo la acera o la calle; es el volumen entero que recorreremos. Cuando el edificio se retrae hacia el muro de concreto, el caminante se siente comprimido, arrinconado. Cuando el edificio se proyecta hacia la calle a través del balcón, el caminante se siente acompañado.

Es doloroso ver cómo esta lección de empatía arquitectónica ha sido olvidada por los desarrolladores actuales. En la búsqueda de la eficiencia máxima, del máximo aprovechamiento del lote y de la reducción de costos operativos, hemos decretado que el balcón es un lujo innecesario o, peor aún, un riesgo de seguridad. Se prefieren los diseños limpios, planos, donde la fachada es una superficie inerte que no comunica absolutamente nada con su entorno. Hemos creado una ciudad de edificios que no conversan entre sí, que no saludan, que no reconocen la presencia del otro.

Pero el balcón, en su esencia, es un grito de rebeldía. Un balcón bien conservado en medio de un sector de torres de cristal es una lección de humildad para el presente. Nos dice: “hubo un tiempo en que construimos para disfrutar de la ciudad, no solo para ocuparla”. Y es precisamente ese sentido de disfrute el que debemos recuperar. No se trata de volver al siglo XIX, sino de entender que la arquitectura debe servir al espíritu, no solo a la función. Si no somos capaces de rescatar esos balcones, al menos debemos ser capaces de rescatar su filosofía: el derecho a estar presentes, el derecho a mirar y a ser vistos, el derecho a habitar la ciudad como si nos perteneciera a todos.

La lucha por la conservación de estos elementos no es una batalla por la nostalgia. No es un capricho de quienes añoramos un pasado que ya no volverá. Es una batalla por la salud emocional de San José. Porque si permitimos que la ciudad se convierta en una sucesión ininterrumpida de fachadas ciegas, estaremos condenando a las futuras generaciones a vivir en un entorno que les niega el contacto humano, que les oculta el cielo y que les roba la capacidad de asombro. Los balcones son la prueba de que alguna vez fuimos capaces de construir un entorno que nos amaba de vuelta. Mantenerlos en pie es, hoy más que nunca, un acto de resistencia, un recordatorio de que la ciudad, antes de ser un centro de negocios o una red de infraestructura, es el lugar donde transcurre nuestra vida, el escenario donde nacen nuestros afectos y donde, a pesar de todo, aún podemos encontrarnos bajo la luz del mismo sol.

Es aquí donde el sentido de estas páginas se revela, más allá del análisis urbano o la crónica nostálgica. Si he dedicado tanto espacio a observar los balcones, a rastrear la madera de nuestros antepasados y a denunciar la frialdad del cemento, no ha sido por un interés puramente histórico. Lo he hecho porque, a través de la mirada de mi hijo, comprendí que la arquitectura no es algo que sucede “allá afuera”, en la calle o en el plano de la ciudad; la arquitectura es, en su esencia más íntima, el escenario donde se dirime el drama de la vida familiar.

Richard no solo estudiaba planos; él escuchaba la casa. Tenía esa capacidad, casi sobrenatural, de entrar en una habitación y sentir la vibración de las generaciones que la habían habitado. Él me enseñó que una casa no es un contenedor de muebles ni una estructura de soporte para un techo; una casa es un diapasón. Es un instrumento afinado por los gritos de los niños, por las risas compartidas en la mesa, por el silencio de los duelos y por la calidez de las manos que, al apoyarse en una pared, le transfieren su propia historia. Al estudiar el balcón, Richard no estaba analizando madera y clavos; estaba analizando el lugar donde el individuo se asoma a la vida pública sin romper su vínculo con el núcleo.

La razón por la cual este libro está marcado por su pensamiento es sencilla pero dolorosa: Richard fue quien me despertó del letargo. Antes de él, yo

miraba la ciudad como un ingeniero o un arquitecto técnico, midiendo distancias, evaluando materiales y criticando las fallas estructurales. Con él, aprendí a mirar la ciudad como un padre que busca el hogar. Comprendí que el núcleo de la vida familiar —esa mesa donde nos sentamos a compartir el pan, ese corredor donde el abuelo cuenta sus historias— es el único baluarte que tenemos contra la alienación de la modernidad.

La gran metáfora que Richard sembró en mí es la de la casa como un vaso comunicante. Si la arquitectura de nuestra ciudad se fractura, si eliminamos los umbrales, si levantamos muros ciegos y si desterramos el patio en favor del estacionamiento, no estamos solo cambiando la estética de San José. Estamos desmantelando la infraestructura del afecto. Estamos enviando un mensaje directo a nuestras familias: que lo que ocurre adentro, que la intimidad, que el intercambio de historias entre padres e hijos, no tiene lugar en el espacio público.

Cuando Richard me hablaba de los balcones, estaba hablando en realidad de la preservación de la ternura. Él sabía que una ciudad que no permite el encuentro casual, que no ofrece un rincón para la pausa, es una ciudad que empuja a sus ciudadanos a recluirse, a volverse desconfiados, a convertir el hogar en una fortaleza contra el exterior en lugar de un refugio conectado a él. Su pensamiento, por tanto, no era solo una crítica arquitectónica; era un reclamo sociológico de una profundidad desgarradora. Él veía la decadencia de nuestros edificios como un síntoma de una sociedad que estaba perdiendo la capacidad de congregarse.

Honrar el pensamiento de Richard es, en este contexto, un acto de supervivencia. Al recuperar la dignidad de nuestros espacios, al luchar por rescatar la escala humana en nuestras calles y al defender la belleza de lo que aún permanece, no estamos siendo conservadores románticos. Estamos tratando de salvar el contenedor de nuestras memorias. Porque, seamos francos: cuando un edificio histórico se demuele, no solo se pierde el valor material de la construcción; se pierde el escenario de miles de vidas que ya no tienen dónde ser recordadas. Se pierde el “lugar” donde los hechos ocurrieron.

Me pregunto a menudo, ¿qué hubiera pensado Richard de las torres de cristal que ahora dominan el centro de nuestra capital? Me lo imagino caminando con su libreta de bocetos, observando esas fachadas que no tienen rostro, que no tienen balcón, que no tienen sombra. Me lo imagino detectando, con su precisión quirúrgica, que esas torres no están diseñadas para acoger a familias, sino para optimizar la rentabilidad del suelo. Y me imagino su decepción, no por la torre en sí, sino por lo que esa torre nos roba: la posibilidad de sentirnos parte de una comunidad.

Él siempre insistió en que el verdadero “núcleo de la vida familiar” no termina en la puerta de la propiedad. La verdadera familia es la que, al salir de su casa, encuentra una ciudad que la invita a quedarse, a conversar, a participar. Richard soñaba con una San José que fuera una extensión de la casa, una ciudad que funcionara con la misma lógica de cuidado que aplicamos a nuestros seres queridos. Y en eso radica el núcleo de mi dolor y de mi propósito: he perdido al arquitecto de mis días, pero he heredado el plano de su visión.

Este capítulo sobre los balcones, sobre esa herencia tangible y sobre la fragilidad de lo que construimos, es el puente hacia la siguiente etapa de nuestra investigación. Hemos hablado de las raíces, de la ambición republicana, de la herencia que nos queda. Pero ahora, debemos prepararnos para descender a la “Enfermedad”. Debemos mirar de frente lo que sucede cuando, como sociedad, decidimos que ya no necesitamos ese diapasón, que ya no necesitamos esa arquitectura que nos une, y optamos por la arquitectura del olvido.

La lección de Richard, la lección que este capítulo busca dejar grabada como un epígrafe invisible en la mente del lector, es que la arquitectura es el espejo de nuestra conciencia moral. Si no cuidamos la estructura de nuestra ciudad, no podemos pretender cuidar la estructura de nuestras familias. Ambos están vinculados por un hilo invisible, el mismo hilo que sostiene el balcón y que nos conecta con el pasado.

Al terminar este recorrido por la herencia que aún nos queda, mi corazón se acelera ante el desafío que tenemos por delante. Entramos ahora en la

etapa de la pérdida, pero no quiero que el lector se pierda en el pesimismo. Quiero que, al leer lo que sigue, mantenga presente la imagen de ese balcón de madera, de ese calado que deja pasar la luz, y que recuerde que, incluso en medio del ruido y del asfalto más frío, siempre hay una posibilidad de rescate.

Estamos aquí, tú y yo, tú leyendo y yo escribiendo, intentando reconstruir un mapa de afectos en una ciudad que parece haber perdido el norte. Estamos honrando a Richard no solo mencionándolo, sino aplicando su lente: esa capacidad de ver lo que otros ignoran, de valorar lo que otros descartan y de entender que, en última instancia, el objetivo de cualquier obra —sea un libro, una casa o una ciudad— es permitir que el amor, la memoria y la vida familiar tengan un lugar donde florecer, donde ser vistos y donde ser, finalmente, recordados.

Que este capítulo sirva, entonces, no como un cierre de la nostalgia, sino como el umbral necesario para comprender que si queremos salvar nuestro hogar, tenemos que estar dispuestos a salvar nuestra ciudad. Porque, como Richard siempre supo, no hay casa que pueda sostenerse si la calle que la sostiene se desmorona.

Capítulo 4

EL ALMA DEL VALLE CENTRAL

*“La arquitectura de una capital
debe diseñarse para que el
ciudadano se encuentre con el otro,
no para que se proteja de él. Una
ciudad donde nadie se cruza es una
ciudad donde nadie dialoga.”*

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

San José (c. 1910) Una arquitectura diseñada para la escala humana, donde el diseño urbano y los edificios de la época propiciaban el punto de encuentro entre sus ciudadanos.

Fotógrafo no identificado



LA CIUDAD COMO LABORATORIO DE DEMOCRACIA Y EDUCACIÓN

Para comprender la madurez cívica que alguna vez caracterizó a nuestra capital, debemos alejarnos de la idea de que la historia de San José es simplemente una acumulación de estilos constructivos. La

verdadera historia de nuestra ciudad es, en realidad, una historia de fricción humana. Antes de que el automóvil nos permitiera vivir en burbujas de vidrio, herméticamente selladas y desconectadas de nuestro entorno, San José operaba bajo una lógica que hoy resulta extraña para la planificación urbana contemporánea: la ciudad como aula permanente.

Si analizamos el tejido urbano previo a la irrupción del modernismo automotor, no encontraremos solo casas o comercios. Encontraremos un laboratorio de democracia. No fue un accidente. La compacidad del centro, la disposición de sus plazas, la anchura de sus aceras y la ubicación de sus edificios públicos no solo respondían a una necesidad logística; respondían a una ambición intelectual. Existía en la generación que habitó ese San José de finales del siglo XIX y principios del XX una convicción profunda: la República no se sostenía solo con leyes, se sostenía con ciudadanos educados por la ciudad misma.

Richard, en sus notas sobre la “pedagogía del espacio público”, solía argumentar que la verdadera universidad de nuestra nación no estaba en los campus, sino en el trayecto que el ciudadano recorría de su casa al trabajo. En ese recorrido, el individuo se veía obligado a transitar por la plaza, a pasar frente a la imprenta donde se discutían los periódicos, a saludar a conocidos de distintos estratos sociales y a escuchar, inevitablemente, los debates que se producían en las esquinas. La ciudad ejercía una presión social positiva: te obligaba a ser parte de un todo.

Este fenómeno, que podríamos llamar la “democracia del roce”, funcionaba como un mecanismo de educación cívica ininterrumpida. No se trataba de estar de acuerdo con el otro; se trataba de reconocerlo. El alma del Valle Central, en este sentido, era esa capacidad de albergar la diferencia en el mismo espacio físico. Cuando caminamos por los relatos de la

“Generación del Olimpo”, vemos hombres y mujeres que no se formaron solo en bibliotecas, sino en la calle. San José era una capital pequeña, sí, pero sus habitantes se movían con la ambición de ser ciudadanos del mundo. La ciudad les proporcionaba el escenario para esa ambición.

Hoy, tendemos a ver el centro de la ciudad como un lugar de paso, un lugar “sucio” o “caótico” que debemos cruzar lo más rápido posible para llegar a la seguridad de nuestra urbanización cerrada. Pero en aquel laboratorio de democracia, la calle era el destino. Los cafés, las boticas y las plazas no eran solo puntos de consumo; eran las ágoras donde se procesaba la información nacional. La noticia no se consumía en privado, se debatía en público. Esta estructura urbana exigía una presencia constante del ciudadano, una “vigilancia” de lo que estaba ocurriendo.

No podemos ignorar la importancia de la escala humana en este proceso. Al ser una ciudad caminable, San José permitía una interacción que el automóvil ha aniquilado. Cuando caminas, tu velocidad es la velocidad de la conversación. Puedes detenerte, puedes saludar, puedes observar un detalle en la fachada de un edificio público o leer un titular de prensa en la vitrina de un periódico. El automóvil, por el contrario, impone una velocidad de desinterés. Desde la ventana de un vehículo, el otro es un obstáculo, no un conciudadano.

“La arquitectura del silencio, esa que prohíbe el encuentro, es la arquitectura del autoritarismo. Un pueblo que no se encuentra en la calle, eventualmente olvida cómo exigir explicaciones a quien lo gobierna”.

La “democracia del roce” se alimentaba de esta lentitud. La ciudad estaba diseñada para que el poder fuera visible y el ciudadano fuera accesible. La cercanía entre el Ejecutivo, el Legislativo y la población no era solo geográfica, era humana. La gente conocía a sus representantes porque los veía caminar por la misma acera. Esa horizontalidad —esa idea de que

todos estábamos sujetos al mismo sol, a la misma lluvia y a las mismas calles— creaba un tejido social donde las jerarquías se diluían en el espacio compartido. No estamos hablando de una utopía, sino de un proyecto de convivencia consciente.

Es aquí donde Richard solía ser más incisivo. Él no veía el diseño urbano como un tema técnico, sino como una herramienta política. En una discusión sobre la pérdida de los espacios públicos, me dijo una vez algo muy interesante: “No estamos perdiendo solo aceras. Estamos perdiendo el entrenamiento diario para vivir en sociedad. Cuando eliminas el espacio donde nos vemos, estás eliminando el espacio donde nos cuidamos. La inseguridad no se combate con muros, se combate con presencia. Una calle llena de gente que se reconoce es una calle que se protege a sí misma”.

Esta es la tesis central del alma del Valle Central: nuestra capital fue, durante décadas, un sistema de entrenamiento para la vida republicana. La arquitectura de nuestros espacios públicos no era “decorativa”, era “funcional” para el ejercicio de la libertad. La plaza central no era un parque para adornar; era el centro de la vida cívica. Las aceras no eran para caminar rápido; eran el escenario de la socialización. El ciudadano se educaba en el respeto a la norma, en el manejo de la diferencia y en la participación, simplemente al formar parte de una ciudad que le exigía estar presente.

Al reflexionar sobre esto, no busco lamentar el paso del tiempo. Entiendo perfectamente que las ciudades deben cambiar, crecer y modernizarse. Pero lo que resulta urgente recuperar es la intención. ¿Cuál es la intención de nuestras ciudades actuales? Si la intención de San José hoy es simplemente mover personas de un punto A a un punto B de la manera más rápida posible, hemos dejado de ser una democracia viva para convertirnos en un sistema de logística. Hemos cambiado el “laboratorio de ideas” por el “sistema de distribución”. Y los resultados de ese cambio ya son evidentes en nuestra apatía cívica, en nuestra incapacidad para encontrar consensos y en la fragmentación de nuestra identidad.

El “alma” del Valle Central, por tanto, residía en su capacidad de

enseñarnos a ser costarricenses en el espacio público. Fue esa fricción constante, esa necesidad de coexistir en un espacio que, aunque pequeño, contenía toda la complejidad de una nación, lo que nos dio nuestra personalidad. Éramos un país que, a falta de grandes monumentos imperiales, decidió que su gran obra de arte sería su propio ejercicio de ciudadanía.

Esta “democracia del roce” que mencionamos no era un concepto abstracto; era una infraestructura física tan sólida como el bahareque o la madera de nuestros balcones. Para que un sistema democrático funcione, necesita nodos de conexión, y en aquel San José de finales del XIX y principios del XX, esos nodos no eran los edificios de gobierno, sino los espacios intermedios: la botica, la esquina del parque, la acera frente a la imprenta, la mesa del café.

Si Richard estuviera aquí hoy, analizando esto con su libreta en mano, no vería una simple ciudad comercial. Él vería lo que denominaba “la topología del pensamiento”. Él sostenía que el pensamiento humano no es un acto solitario que ocurre en el vacío, sino un proceso que se alimenta del entorno. Las ideas, argumentaba, se contagian como una enfermedad en los espacios de aglomeración. En la San José previa al motor de combustión, caminar de un punto a otro era un ejercicio de “sincronización social”. Uno no caminaba para llegar rápido; caminaba para estar al tanto. Uno era visto, y al ser visto, uno se convertía en un actor político.

Esta necesidad de visibilidad era, en esencia, una forma de rendición de cuentas. Si el ciudadano sabía que tarde o temprano se cruzaría con el vecino, con el comerciante y con el funcionario público en la misma avenida, su comportamiento en el espacio público estaba regulado por esa convivencia obligatoria. No es que no existieran conflictos —los hubo, y muchos, de índole política e ideológica—, pero esos conflictos tenían que procesarse en el mismo terreno donde los actores vivían. La ciudad funcionaba como un “filtro” social: la tensión política se diluía en la cortesía del saludo cotidiano.

Debemos expandir nuestra mirada sobre lo que significaba la tertulia en este contexto. Cuando hablamos de la tertulia, a menudo cometemos el error de verla solo como un pasatiempo aristocrático o bohemio. No. En el San José de aquellos años, la tertulia era el sistema operativo de la capital. Era donde se analizaba la prensa, donde se gestaban las decisiones, donde se ponía a prueba la lógica de un argumento frente al escrutinio del otro. Richard observaba, con fascinación, cómo la arquitectura de los cafés y las boticas —espacios abiertos, con amplios ventanales hacia la calle, permeables al sonido y a la luz— fomentaba una porosidad total entre lo privado y lo público.

No había secretos en la plaza. La información fluía con una velocidad pasmosa, no a través de cables de fibra óptica, sino a través de la red neuronal de los caminantes. Esta rapidez de circulación de la información creaba una ciudadanía informada, a veces exasperante para el gobernante de turno, pero indispensable para la salud del sistema. El ciudadano no era un espectador pasivo de las decisiones nacionales; era un “procesador” de la noticia. Al caminar, al detenerse, al opinar, el ciudadano estaba dando forma a la opinión pública.

Ahora bien, es vital no caer en la trampa de la nostalgia. El San José de esa época tenía sus propias formas de exclusión, sus propias barreras invisibles de clase y educación. Sin embargo, lo que nos interesa rescatar hoy no es la estructura social de aquel entonces, sino la efectividad de su diseño para el propósito democrático.

¿Qué podemos aprender de esa estructura que nos sirva hoy?

La lección principal es que la democracia requiere “espacio físico de coincidencia”. Si eliminamos los lugares donde el ciudadano es forzado a encontrarse con su par, estamos eliminando la posibilidad misma de la cohesión social.

Richard solía comparar nuestra ciudad actual con un archipiélago de islas. Las urbanizaciones cerradas son islas, los centros comerciales son islas, las oficinas son islas. Y entre isla e isla, tenemos el mar del tráfico, un espacio

muerto, hostil, diseñado para ser atravesado, no para ser habitado. Cuando Richard diseccionaba esto, le dolía profundamente la pérdida del “trayecto”.

Esta es una idea poderosa para explorar en este capítulo: el “derecho a la lentitud” como requisito para la ciudadanía.

En aquel laboratorio de democracia, la lentitud no era un defecto; era una característica técnica del sistema. Al caminar, el ciudadano tenía tiempo de observar el deterioro de una calle, el descuido de un parque, la construcción de un nuevo edificio, o el rostro de un vecino que pasaba por una dificultad. Esa capacidad de observación era el combustible de la participación. Si no veo lo que sucede en mi ciudad, ¿cómo puedo interesarme en cambiarlo?

A medida que avancemos, debemos profundizar en cómo esta “geografía de la presencia” se traducía en políticas públicas. La arquitectura escolar de aquel tiempo, por ejemplo, no estaba aislada de la ciudad. Muchas veces, las escuelas se integraban al tejido urbano, convirtiendo a los niños en actores visibles de la vida pública. La educación no ocurría solo tras las paredes del aula; ocurría en el trayecto, en el respeto a la norma de tránsito, en el reconocimiento de los símbolos patrios en el parque. La ciudad entera era una extensión de la escuela.

Esto nos lleva a una reflexión crítica sobre el papel del Estado en la construcción de este “laboratorio”. La inversión en espacio público — parques, plazas, teatros, avenidas amplias— no era vista como un gasto suntuario, sino como una inversión en la estabilidad del sistema. Se entendía que, si el ciudadano tiene un lugar digno donde estar, un lugar donde sentirse parte de un colectivo, es menos probable que busque la radicalización o el aislamiento. La arquitectura cívica era el garante de la paz social.

Él decía: “La modernidad nos ha regalado la velocidad, pero nos ha cobrado el precio de la neurosis. La velocidad nos ha privado de la posibilidad de procesar lo que vemos. En una ciudad que se recorre a ochenta kilómetros por hora, la realidad es solo un borrón. ¿Cómo pretendemos que la gente desarrolle empatía por una ciudad que solo ven a través de un parabrisas?”.

“Un parque público bien diseñado es más efectivo que diez leyes de seguridad ciudadana”.

Es que en el parque, el ciudadano aprende a negociar el espacio compartido. Aprende que su libertad termina donde empieza la del otro. Aprende a tolerar al

músico que toca, al vendedor que ofrece, al niño que corre, al anciano que descansa. Ese es el laboratorio. La ciudad es el gimnasio donde ejercitamos la tolerancia. Al dismantelar nuestros espacios públicos, al convertirlos en zonas de paso o en espacios de vigilancia, hemos cerrado el gimnasio. Y ahora, nos preguntamos, con asombro, por qué la sociedad se ha vuelto tan intolerante, tan polarizada, tan incapaz de dialogar.

Este “laboratorio de democracia” del que hablamos no funcionaba simplemente por la buena voluntad de sus habitantes, sino por un mecanismo sociológico que hoy hemos olvidado: la rendición de cuentas por proximidad. En aquel San José de escala humana, el poder no era una entidad abstracta que residía en despachos inaccesibles donde el burócrata se esconde de la realidad. El poder, en todas sus manifestaciones —políticas, comerciales, religiosas—, vivía en la misma calle que el resto de los ciudadanos.

Esta densidad de proximidad creaba una atmósfera de contención. Richard, quien dedicó años a estudiar cómo la arquitectura determina el comportamiento político, solía observar que la escala de la capital costarricense funcionaba como un “regulador de temperatura” para las pasiones nacionales. En una ciudad donde el presidente, el director del diario, el comerciante y el jornalero compartían la misma acera para ir a sus destinos, el ejercicio de la política se volvía forzosamente personal. Uno no podía permitirse la desmesura en el discurso público cuando sabía que, al día siguiente, tendría que enfrentar la mirada de aquellos a quienes había ofendido.

Esta es la tesis que quiero que exploremos ahora: el papel del “Ciudadano-Vigilante”. No nos referimos a una vigilancia policial o represiva, sino a la vigilancia cívica que surge naturalmente cuando el espacio compartido te obliga a estar atento. En aquel San José, el ciudadano era un actor político

porque no tenía otra opción; la ciudad le entregaba la información en el acto. La prensa, por ejemplo, no era un objeto que se leía en la intimidad de un sillón, sino un objeto que se exhibía en la calle. El titular del día se discutía en voz alta en el parque; la opinión se gestaba en el choque de pareceres frente a la vitrina de la imprenta.

Richard tenía una teoría fascinante sobre esto. Él creía que, en aquel modelo urbano, el ciudadano no cargaba con toda la responsabilidad de “ser cívico” solo, sino que la compartía con el entorno. La arquitectura de la plaza, el ritmo de las calles y la transparencia de las instituciones funcionaban como una extensión de su propia voluntad democrática. Era como si la ciudad le dijera constantemente al individuo: “Aquí estás en público, aquí eres parte de un todo, aquí tu conducta importa”.

Al perder esa “externalización”, al retirarnos a las esferas privadas de nuestros vehículos y nuestras casas, hemos cargado al individuo con una responsabilidad cívica para la que no tiene apoyo. Ahora, cada quien debe decidir cómo comportarse en una ciudad que ya no le ofrece ninguna guía ambiental. La falta de esa “arquitectura de contención” es la razón por la que vemos una sociedad tan crispada: hemos roto el sistema que nos ayudaba a regular nuestras propias pasiones.

Profundizando en esto, analicemos la figura del “intelectual de acera”. En aquel San José, existía una delgada línea entre el habitante y el pensador. El habitante de la capital se veía a sí mismo como un custodio de la cultura nacional. Esto no nacía del esnobismo, sino de la necesidad de supervivencia cívica. Si la nación era pequeña, cada voz importaba. Esta responsabilidad convertía al caminante en un lector constante de su entorno. Richard observaba que, al caminar por las avenidas principales, la gente no solo miraba para evitar chocar; la gente leía la ciudad. Leían los cambios, leían los proyectos que se levantaban, leían la actividad política en las puertas de los edificios públicos.

Esta “lectura de la ciudad” es un ejercicio intelectual que hemos perdido. Hoy, atravesamos la ciudad como si fuera un paisaje, no un texto. No la interpretamos; la sufrimos o la ignoramos. Y al dejar de leer nuestra

ciudad, hemos dejado de ser autores de ella. Nos hemos convertido en sujetos pasivos de decisiones que se toman sin nuestra consulta, porque ya no estamos “presentes” en el proceso.

Aquí es donde Richard conectaba su visión arquitectónica con la psicología del humano: él decía que la indiferencia urbana es la antesala de la indiferencia democrática. Si no te importa el estado de tu parque, si no te importa el deterioro de tu edificio público, si no te importa quién camina a tu lado, ¿por qué habría de importarte quién maneja el destino de tu país? La arquitectura del desapego produce un ciudadano desapegado.

El “laboratorio” que proponemos en este capítulo es, precisamente, una invitación a entender que la arquitectura de nuestra democracia no está solo en la Constitución; está en el diseño de nuestras calles. Y para recuperar esa pedagogía urbana, debemos ser capaces de ver cómo aquel San José, con todas sus imperfecciones y limitaciones, fue mucho más eficiente en la creación

de una conciencia nacional que nuestra ciudad actual, sobredimensionada y fragmentada.

Si la ciudad era un laboratorio, entonces el conflicto no era un síntoma de falla, sino el motor necesario para la investigación. La pregunta que surge es:

¿Cómo evitábamos la explosión social en un espacio tan reducido donde las ideas chocaban de frente todos los días?

La respuesta no estaba en la moderación de nuestros temperamentos — los costarricenses de esa época eran tan apasionados y viscerales como los de hoy—, sino en lo que podemos llamar la “Diplomacia de la Acera”.

En aquel San José, la proximidad física actuaba como una correa de transmisión para la medida. Existía una norma implícita, casi un contrato social no escrito, que obligaba a la gestión del disenso en el espacio público. Cuando un ciudadano tenía un agravio contra otro, o cuando un grupo disentía de las políticas del Ejecutivo, el mecanismo de resolución no era el aislamiento o la violencia de las sombras, sino el enfrentamiento cara a cara. La acera se convertía en el terreno neutral donde se dirimían las diferencias.

Richard observaba este fenómeno con una mezcla de admiración y nostalgia analítica. Él solía decir que la fricción cívica es necesaria para el pulido de las ideas. Él notaba que, en nuestra capital, la gente aprendió a discutir sin romper la continuidad del tejido social. Había una técnica aprendida, una coreografía de la discrepancia. Si usted se encontraba con alguien que pensaba radicalmente distinto a usted en la Avenida Central, la cortesía del saludo —ese “buenos días” obligatorio, incluso hacia el adversario— funcionaba como una válvula de escape. Ese saludo era el reconocimiento de que, por encima de la ideología, existía una pertenencia común a ese metro cuadrado de suelo.

Esta “Diplomacia de la Acera” evitaba la radicalización. En un sistema donde el adversario no es una entidad abstracta, sino un vecino que usted verá mañana en la panadería, la deshumanización del “otro” es mucho más difícil de sostener. El espacio público, al ser compartido, nos obliga a mantener un estándar mínimo de humanidad.

En el anonimato puedes odiar sin consecuencias, puedes destruir sin ver el rostro del destruido. En nuestra vieja San José, el anonimato era imposible. La arquitectura de la calle te obligaba a dar la cara. Y esa es la forma más antigua y efectiva de diplomacia: la presencia.

“El mayor riesgo de la modernidad urbana no es el ruido, es el anonimato”.

Ahora bien, ¿cómo se trasladaba esto a la política y a la educación cívica? Aquí debemos entender el rol de la imprenta y la prensa escrita como el otro gran nodo de este laboratorio. La imprenta no era solo un negocio; era el corazón del debate público. La gente se reunía frente a los talleres donde se imprimían los panfletos y los periódicos, esperando, literalmente, a que saliera la tinta fresca. El periódico no se leía en la intimidad; se distribuía en la esquina, se leía en voz alta, se discutía, se refutaba allí mismo.

Esta es una dinámica que debemos rescatar para entender nuestra propia evolución: la capital era un sistema de retroalimentación constante. El

gobernante sabía qué pensaba el pueblo porque el pueblo no se escondía detrás de un usuario de red social; el pueblo estaba allí, en la esquina, manifestando su descontento o su apoyo. Esta visibilidad del descontento actuaba como un sistema de alerta temprana para el poder. Los conflictos no escalaban porque se atendían en su estadio inicial, en la conversación de acera, en la carta pública que se pegaba en el poste, en el debate del café.

Esta “Arquitectura de Compromiso” era, en realidad, la gestión de la convivencia. Richard argumentaba que nosotros, como nación, habíamos desarrollado una cultura política basada en la negociación permanente. La geografía del Valle Central, limitada y densa, nos impedía cualquier tentación de “huir” de nuestros problemas. No podíamos desplazarnos a una provincia alejada para crear una sociedad paralela; teníamos que resolverlo ahí, en el centro, donde todos nos veíamos.

Si trasladamos esto al presente, la lección es contundente: hemos roto esa “Diplomacia de la Acera”. Hemos eliminado los espacios donde el disenso puede ser gestionado de forma personal. Hoy, cuando nos enfrentamos a un conflicto, lo enviamos al éter digital, donde no hay rostro, no hay consecuencia y, sobre todo, no hay espacio compartido que proteger. Al perder la calle como espacio de negociación, hemos perdido la capacidad de llegar a acuerdos.

Estamos ante una crisis que no es solo de valores, sino de topografía democrática. Hemos perdido el terreno donde podíamos ser enemigos sin dejar de ser vecinos. Y esto, para un observador como Richard, era el preludio de cualquier colapso institucional. Cuando el adversario se convierte en un fantasma digital, el compromiso se vuelve imposible. La democracia se basa en la premisa de que tenemos que vivir juntos, nos guste o no; la arquitectura de la calle nos obligaba a recordar esa verdad fundamental cada mañana.

Necesitamos, por tanto, en este capítulo, entender que la estabilidad de Costa Rica no fue un accidente genético o cultural, sino el resultado de vivir en una ciudad que nos obligaba a ser diplomáticos. La paz social no era una virtud abstracta; era una necesidad logística de la convivencia

urbana. Éramos pacíficos porque, en un valle tan pequeño, la violencia era un lujo que nadie podía pagar sin destruirse a sí mismo.

Este punto es crucial para completar nuestra visión de la “ciudad como laboratorio”: entender que la paz, en su sentido más profundo, es una construcción espacial. La forma en que diseñamos nuestras interacciones es la forma en que determinamos nuestro futuro político. Si seguimos construyendo ciudades que fomentan la desconexión, seguiremos cosechando los frutos de la polarización.

Nos queda la conciencia de que aquel San José no era un destino acabado, sino un experimento en constante evolución; un laboratorio donde, con los materiales simples de la convivencia diaria, aprendimos a ser República. Lo que hemos explorado aquí no fue un don innato, sino una estructura que cuidamos, a veces sin saberlo, simplemente manteniendo viva la visibilidad del otro. Sin embargo, al observar hoy esas calles que fueron el escenario de nuestra madurez cívica, no puedo evitar sentir que estamos ante una infraestructura que se desmorona no por falta de cemento, sino por falta de fe en nuestra propia capacidad de coexistir. Richard pensaba que la democracia es un músculo que se atrofia cuando deja de ejercitarse en el espacio público; al perder el hábito de encontrarnos, no solo hemos perdido la ciudad, hemos perdido el entrenamiento necesario para escucharnos. Esta es la gran lección del alma del Valle Central: la paz social no es el resultado del silencio, sino del ruido compartido de una sociedad que sabe resolver sus conflictos porque nunca dejó de verse a la cara. Ahora, debemos prepararnos para descender a la fase siguiente, donde la velocidad y el individualismo técnico —nuestra “enfermedad” urbana— comenzaron a demoler los cimientos de este laboratorio, y donde la ciudad dejó de ser un aula para convertirse, poco a poco, en un territorio de tránsito, de prisa y, finalmente, de olvido.

Capítulo 5

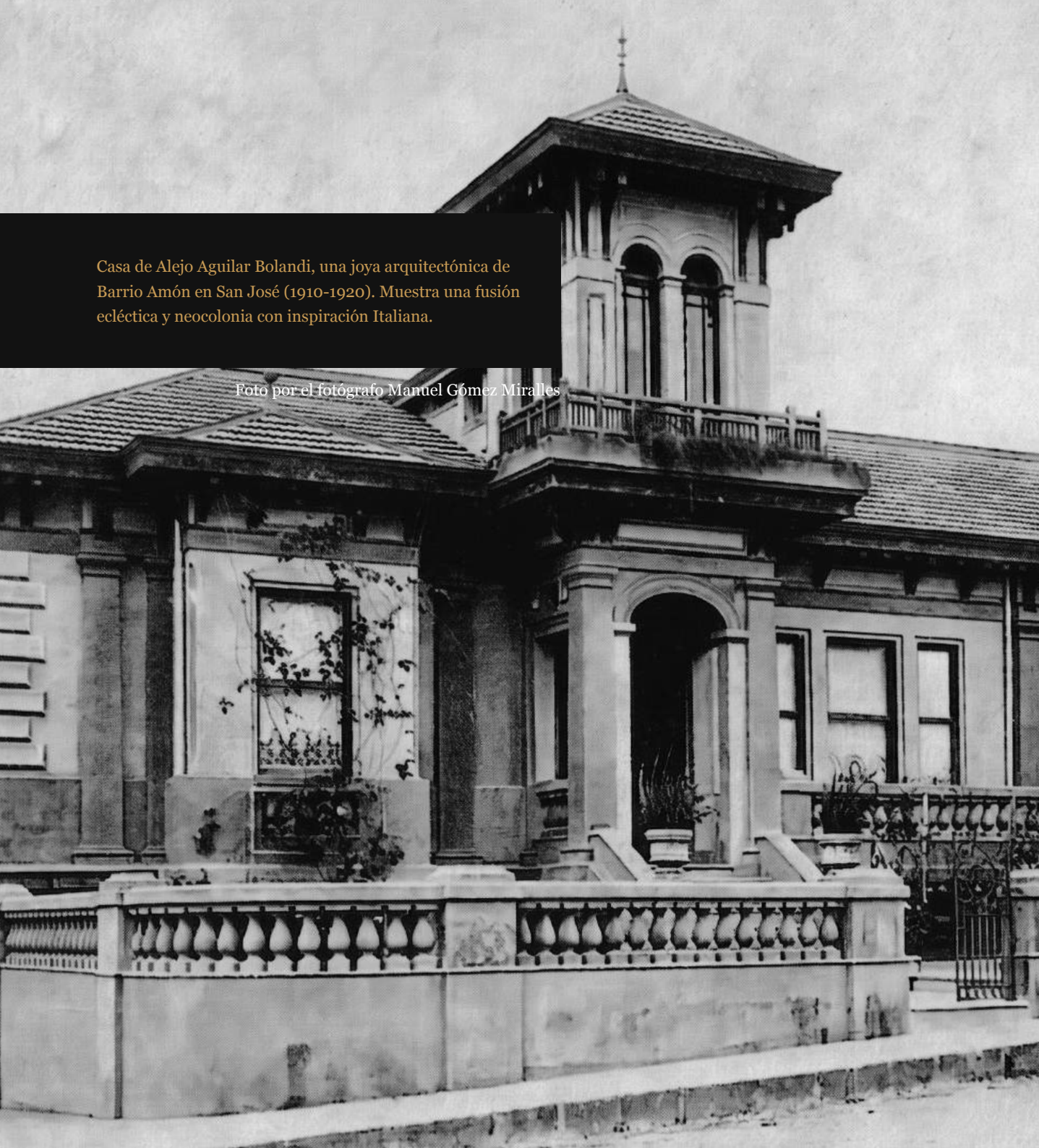
LOS ESPEJISMOS DEL PROGRESO

*“El progreso es una herramienta,
no un destino. El espejismo
comienza cuando confundimos el
brillo de la novedad importada con
la calidad de nuestra propia vida.
No es que el modernismo fuera
un error; el error fue creer que
podíamos vestir nuestra ciudad
con un traje prestado y esperar que
nos quedara bien.”*

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Casa de Alejo Aguilar Bolandi, una joya arquitectónica de Barrio Amón en San José (1910-1920). Muestra una fusión ecléctica y neocolonia con inspiración Italiana.

Foto por el fotógrafo Manuel Gómez Miralles



LA ENTRADA DEL SIGLO XX Y LA VISIÓN EUROCÉNTRICA

El siglo XX no entró en San José a través de un decreto oficial ni mediante una revolución violenta; entró a través de un estrépito metálico y una promesa de velocidad. Fue una llegada silenciosa en sus inicios, que se

fue acelerando hasta convertirse en el ritmo predominante de nuestra existencia. De pronto, la “modernidad” dejó de ser una ambición cívica, como lo habíamos discutido en el capítulo anterior, para convertirse en un producto de consumo masivo. La ciudad, que había sido el laboratorio donde afinamos nuestra convivencia, se transformó rápidamente en un showroom de novedades extranjeras.

Esta etapa de nuestra historia urbana ha sido malinterpretada a menudo como una era de esplendor ininterrumpido, pero bajo la superficie de los nuevos edificios y las nuevas avenidas, se gestaba un vacío existencial. Se trataba de un afán desmedido por cubrir nuestra arquitectura con estilos que nos llegaban de golpe: neoclásicos tardíos, art decó, y luego, el brutalismo desalmado, todo aplicado como una máscara sobre una estructura que, en muchos casos, seguía siendo la misma pero que ya no tenía un propósito coherente.

El motor de este espejismo fue una profunda inseguridad estética. Queríamos pertenecer al siglo XX a cualquier costo. Y como el siglo XX era, en la mente de las élites, un producto europeo o estadounidense, nuestra arquitectura comenzó a despreciar su propio clima y sus propias limitaciones materiales. Empezamos a levantar fachadas que negaban nuestra realidad. Se construyeron edificios que requerían un mantenimiento imposible en nuestro trópico, con ornamentos que se deshacían con la lluvia y techos que, en lugar de proteger, acumulaban humedad. Fue el triunfo de la imagen sobre la función.

Richard, siempre atento a las cicatrices del tiempo, observaba cómo esta arquitectura de “espejismo” iba alterando nuestra psique. Para él, lo más grave no era el mal gusto estilístico, sino la desconexión total entre el edificio y el habitante.

El cambio más radical, aquel que fracturó nuestra escala humana para siempre, fue la aparición del automóvil en el espacio público. Es difícil exagerar el impacto que tuvo este artefacto. No fue solo un cambio en la tecnología de

transporte; fue una reconfiguración total de la prioridad urbana. Hasta entonces, la calle había pertenecido al peatón, al vendedor, al niño, al carruaje que se movía a una velocidad que permitía la vida. Con la llegada masiva del vehículo, la calle dejó de ser un lugar de encuentro para convertirse en una vía de tránsito.

La ingeniería civil, de la mano con la arquitectura, comenzó a dictar que el espacio debía ser “eficiente”. Y la eficiencia, en la lógica de la máquina, siempre significaba eliminar todo lo que estorbara el flujo del motor. Se ensancharon las calles, se sacrificaron las aceras anchas donde antes se conversaba, y se eliminaron los elementos de sombra. El automóvil exigía una ciudad “limpia”, libre de obstáculos humanos.

Richard notaba, con una tristeza que le nublabla la mirada, cómo esta nueva prioridad iba expulsando a la gente del centro. A medida que el vehículo ganaba terreno, la vida se volvía más difícil para el peatón. El ruido se volvió insoportable, la contaminación —esa nube sutil pero persistente de los gases de escape— se instaló en nuestras vidas, y el centro de San José, que antaño había sido el corazón palpitante de la República, comenzó a transformarse en una zona de paso.

Lo más fascinante, y a la vez lo más cínico de este proceso, fue cómo el modernismo fue presentado como un acto de “liberación”. Nos dijeron que el automóvil nos daría libertad de movimiento, que las nuevas estructuras de concreto nos liberarían de la esclavitud del mantenimiento de la madera y el barro.

Pero, ¿qué tipo de libertad era esa?

“Tratamos de ser todo al mismo tiempo: franceses en el detalle, estadounidenses en la escala y costarricenses en la improvisación. El resultado fue una ciudad que no hablaba un idioma propio, sino una mezcla de acentos ajenos que nadie terminaba de entender. Construimos para parecer modernos, no para ser habitables”.

Era la libertad de estar atrapados dentro de una máquina mientras atravesábamos un paisaje que ya no podíamos disfrutar, porque habíamos sido obligados a verlo a través de un parabrisas.

Esta arquitectura también se manifestó en la forma en que empezamos a ignorar el clima. Diseñamos estructuras que odiaban la lluvia y el sol, y luego gastamos fortunas en aire acondicionado y sistemas de impermeabilización forzada para corregir lo que era una obviedad: nuestros materiales y nuestras formas no estaban respondiendo a nuestra geografía. Fue una etapa de una arrogancia técnica que hoy nos pasa una factura carísima. Como bien anotaba mi hijo en sus cuadernos:

Optamos por la vía fácil: copiar lo que otros habían hecho para climas que nada tenían que ver con el nuestro. Creamos edificios que sudan, que se pudren y que se aíslan. Declaramos la guerra a nuestro clima, y el clima, como era de esperar, nos ha ganado la batalla.

“La verdadera modernidad hubiera sido crear una arquitectura propia, basada en nuestros recursos, pero con la tecnología de nuestro tiempo”.

Estamos empezando a ver cómo esa “enfermedad” del abandono y la especulación que mencionamos en el índice no fue algo que ocurrió de repente. Fue el resultado de este proceso de mirar hacia afuera y despreciar lo que teníamos. El vacío en el centro de San José no ocurrió porque la gente dejó de querer vivir ahí; ocurrió porque el diseño de la ciudad se volvió hostil para la vida familiar, hostil para el peatón y hostil para la historia.

Al imponer el automóvil y el concreto aséptico, rompimos el contrato social que habíamos mantenido durante décadas. Dejamos de ser ciudadanos en un laboratorio y pasamos a ser usuarios de una infraestructura de tránsito. Y en esa metamorfosis, el “espejismo del progreso” se consolidó: todos creíamos que estábamos avanzando hacia algo mejor, mientras que, en realidad, estábamos dismantelando la única infraestructura social —la

calle, el encuentro, la escala humana— que realmente sostenía nuestra paz.

Es fundamental comprender que aquel ímpetu constructivo que transformó el centro de San José no fue un acto de vandalismo contra nuestra identidad; fue, en realidad, un acto de fe. Había en el costarricense de principios del siglo XX una necesidad visceral de salir de la penumbra aldeana para reclamar su lugar en la modernidad. Cuando observamos aquellas casas de la transición, con sus fachadas eclécticas y sus techos de zinc, no deberíamos ver solo la pérdida de lo anterior, sino el testimonio de una sociedad que, con el entusiasmo de la juventud republicana, intentaba escribir su propio futuro.

Había una cualidad entrañable en ese deseo. El tico de entonces no quería ser “menos” que el europeo o el estadounidense. Quería que su capital fuera un reflejo de su propia capacidad de progreso. Por eso, al ver esos edificios, no debemos sentir solo una queja; debemos sentir la vibración de una aspiración. Era la búsqueda de un lenguaje visual que nos permitiera decirle al resto del mundo: “nosotros también estamos aquí, nosotros también construimos”.

Esta evolución arquitectónica trajo consigo una transformación profunda en la psicología del ciudadano. Pasamos de ser una sociedad de la introversión, protegida tras muros de adobe, a una sociedad que comenzaba a proyectar su éxito hacia afuera. El cambio de la casa-patio a la casa-fachada no fue solo un capricho de diseño; fue el reflejo de un nuevo espíritu nacional. El costarricense de la época empezaba a definirse por lo que mostraba al mundo, por su capacidad de modernizarse, de vestirse, de habitar espacios que hablaban de confort y de higiene, valores que entonces se entendían como el pináculo del desarrollo humano.

Desde una mirada urbana, fue una época de enorme creatividad, aunque a veces desorientada. Se intentó todo. Tuvimos momentos de una arquitectura que buscaba la alegría y la ligereza, que rompía con la severidad del pasado para jugar con texturas y colores que, si bien importados, fueron adoptados con una naturalidad pasmosa. El tico es,

por naturaleza, un gran adaptador. Tomamos lo que venía de fuera y, con esa mezcla de picardía y pragmatismo que nos caracteriza, lo hicimos encajar en nuestras laderas. Los edificios de esa época, aunque no fueran “nuestros” en origen, se volvieron nuestros por derecho de adopción.

Pero aquí es donde debemos ser incisivos con la lupa analítica: la “enfermedad” de la que hablamos no reside en el deseo de mejorar, sino en la ruptura del vínculo con nuestra propia geografía. El espejismo comenzó cuando dejamos de construir a partir de lo que nuestra tierra nos pedía y empezamos a construir a partir de lo que los catálogos nos prometían. No fue una pérdida de técnica, fue una pérdida de diálogo.

Richard observaba que el verdadero drama de esta época fue la “pérdida de la piel”. Al intentar ser una capital “internacional”, nuestra ciudad fue perdiendo las características físicas que nos hacían únicos frente al clima y a la sismicidad. Dejamos de escuchar la tierra para empezar a escuchar las modas. Y es ahí donde el habitante del Valle Central empezó a sufrir una fractura identitaria. ¿Quiénes somos si nuestro entorno no nos reconoce? ¿Quiénes somos si vivimos en cajas de concreto que nos protegen del exterior, pero que nos desconectan de la luz y el aire que nos definían como país?

Esta nueva arquitectura de concreto y vidrio trajo consigo una nueva forma de habitar la mente. El costarricense se volvió más “racional”, más ordenado, más técnico, pero quizás un poco más solitario. Los nuevos espacios nos ofrecían una comodidad individual que el viejo bahareque no podía dar: el acceso a las redes de agua potable, a la electricidad, a sistemas de alcantarillado que transformaron radicalmente la salud pública y, por ende, nuestra esperanza de vida. No podemos negar que ese “progreso” salvó vidas. Ese es el lado de la moneda que a menudo ignoramos en nuestra queja: la modernidad mecánica nos permitió vivir más tiempo y con menos enfermedades.

Sin embargo, ese bienestar técnico tuvo un precio invisible: el desmantelamiento de la “escala humana”. La ciudad dejó de diseñarse para la pausa y el encuentro, y comenzó a diseñarse para la circulación. La

calle, antes un espacio vital de participación, se convirtió en una tubería para el transporte. Y en ese proceso, el ciudadano, que hasta entonces había sido un protagonista en su entorno, empezó a replegarse.

Al construir una ciudad que priorizaba el desplazamiento por encima de la permanencia, estábamos, sin quererlo, sembrando la semilla de lo que vendría después: el vaciamiento del centro. Cuando una ciudad deja de ser un lugar diseñado para el bienestar del peatón y se convierte en un centro de transacciones comerciales y tránsito, la gente naturalmente busca refugio en otros lados. Es una consecuencia lógica, casi matemática. Si el centro deja de ser un lugar amable donde las familias quieren estar, el centro muere.

Es importante analizar esta transformación no como un cataclismo, sino como una sucesión de decisiones honestas pero equivocadas. No buscábamos destruir nuestra ciudad; buscábamos una versión mejorada de ella. Pero en el camino, perdimos la brújula de lo que nos hacía sentir “en casa” en el espacio público.

Esta transición psicológica del “tico” —de ser un habitante que se sentía dueño de su calle, a ser un ciudadano que se siente un intruso en el tráfico de su propia ciudad— es el fenómeno más sutil y, a la vez, el más devastador de este periodo. Pasamos de la seguridad de la pertenencia a la ansiedad de la movilidad.

Al adentrarnos en esta reflexión, sugiero que analicemos la evolución de este “tico” moderno.

¿Cómo cambió nuestra forma de relacionarnos con el vecino cuando nuestras casas dejaron de tener aleros y empezaron a tener portones eléctricos? ¿Cómo cambió nuestro concepto de “patria” cuando esta dejó de estar representada en la plaza y comenzó a estar representada en la oficina?

Estamos ante un cambio de paradigma que nos permite entender mejor por qué hoy nos cuesta tanto encontrar consensos: hemos cambiado los lugares donde antes nos reconocíamos como parte de un mismo proyecto nacional.

Esta transición que estamos analizando, la del habitante que se vuelve usuario y del caminante que se vuelve conductor, es quizá el fenómeno sociológico más profundo del siglo XX en nuestra capital. Para entenderlo, debemos observar con cuidado la mutación de la psicología del tico. No fue solo un cambio de hábitos; fue un cambio en la forma en que entendíamos nuestra posición en el mundo.

Cuando el automóvil se convirtió en la extensión necesaria de nuestro cuerpo para movernos por el Valle Central, comenzamos a perder una dimensión fundamental de la experiencia urbana: el tiempo de espera, el tiempo de observación, el tiempo de encuentro. La ciudad, antes tejida a la medida de nuestra capacidad de asombro y nuestro ritmo de caminata, empezó a ser rediseñada bajo una métrica ajena: la eficiencia del flujo vehicular. Y en ese nuevo orden, el tico empezó a cambiar su mirada.

El habitante que antes buscaba en la calle el estímulo del intercambio social, se encontró de pronto frente a una realidad donde la calle ya no le hablaba. La calle se había convertido en un canal, un tubo de metal y asfalto que debía atravesar lo más rápido posible. Este nuevo entorno, diseñado para la velocidad, nos privó del privilegio del azar. En la ciudad caminable, el encuentro casual —con el amigo, con el conocido, con el extraño que terminaba siendo un aliado— era la norma. Era el tejido mismo de nuestra vida cívica. Al adoptar el vehículo como medio principal de transporte, instituímos la “privatización del trayecto”. Dejamos de compartir el espacio común para encerrarnos en una cápsula de cristal. El tico moderno, sin darse cuenta, se estaba volviendo un extraño para su propia ciudad.

Richard solía reflexionar sobre esto con una frase que siempre me pareció una de las llaves maestras para entender nuestra soledad actual:

“La libertad de movimiento que nos prometió el automóvil fue una libertad de aislamiento. Nos volvimos más móviles, sí, pero nos volvimos menos presentes. Y una sociedad que no está presente en sus calles es una sociedad que se vuelve invisible a sí misma”.

Esta invisibilidad tuvo consecuencias arquitectónicas y psicológicas directas. Al perder el contacto visual con el otro en la acera, perdimos la capacidad de leer la ciudad. La arquitectura de esta nueva fase empezó a reflejar ese retraimiento. Las casas, que antes se abrían al corredor para saludar al mundo, comenzaron a levantarse muros cada vez más altos, coronados con sistemas de

seguridad cada vez más complejos. Este tipo de “búnker doméstico” no fue un capricho; fue la respuesta defensiva a una calle que habíamos dejado de sentir como propia. Si la calle ya no era mía, si la calle era solo un paso para los carros y los extraños, entonces mi casa debía ser mi fortaleza.

Cuando rompimos el contrato social del “laboratorio de democracia” —aquel espacio donde nos reconocíamos y nos cuidábamos—, el espacio público se volvió hostil. Y ante la hostilidad, el instinto humano es la protección. Pero al proteger la vida privada, matamos la vida pública. Fue un círculo vicioso. Cuanto más nos encerrábamos, menos vida había en la acera. Y cuanto menos vida había en la acera, más peligrosa parecía la calle.

Es fascinante, y a la vez doloroso, ver cómo el tico fue adaptando su carácter a esta nueva realidad. Nos volvimos más reservados, más cautelosos. La antigua franqueza, esa capacidad de iniciar una conversación con un desconocido en la parada del bus o en la banca del parque, comenzó a marchitarse, no porque hubiéramos cambiado de esencia, sino porque el entorno nos quitó el escenario. La arquitectura de esta “enfermedad” urbana —la del concreto aséptico y el acero inoxidable— nos invitaba al silencio, al orden, a la separación.

Sin embargo, hay que ver la otra cara de la moneda: esta modernidad también nos trajo una autonomía inédita. El tico que emergió a mediados

del siglo XX era un ser con una capacidad de consumo y de movimiento que sus padres jamás soñaron. Tuvimos acceso a una oferta de bienes y servicios que ensanchó nuestros horizontes. La casa se volvió más eficiente, más técnica, más cómoda. Los nuevos barrios, alejados del ruido del centro, nos ofrecieron una calidad de vida que, en términos de tranquilidad familiar, era envidiable. ¿Quién puede culpar a una familia joven por querer mudarse a un lugar más verde, más tranquilo, lejos del humo y del caos del centro? Fue una búsqueda legítima de bienestar.

Pero, al hacerlo, desmantelamos nuestra capital. El centro de San José quedó abandonado por quienes más lo querían: por sus propios habitantes. Y en su lugar, fuimos creando las “ciudades dormitorio”, esas extensiones urbanas que se alimentan de la capital, pero que no aportan vida a su tejido.

Esto nos lleva a una pregunta profunda que quiero dejar planteada para la siguiente parte:

¿Es posible recuperar la identidad de una ciudad cuando la hemos convertido en un mero centro de servicios? ¿Podemos pedirle a un ciudadano que se sienta “dueño” de una ciudad que solo visita de ocho a cinco para trabajar?

Estamos ante una evolución del carácter costarricense: de ser el ciudadano que construía su país en la esquina, a ser el usuario que busca la eficiencia en la periferia. Esta metamorfosis ha sido silenciosa, pero total. Hemos pasado de una identidad basada en la participación a una identidad basada en la comodidad. Y, como veremos, el costo de esa comodidad ha sido la pérdida de nuestra capacidad para soñar juntos.

Capítulo 6

LA CIUDAD QUE PIERDE SU ROSTRO

“Un edificio es una declaración de principios. Cuando demolemos una casa histórica para levantar una plancha de cemento, no estamos despejando un terreno; estamos clausurando un capítulo de nuestra identidad”.

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Mercado Central de San José, Costa Rica (c. 1920). Calle 8, donde las carretas con bueyes transportaban mercancías frente a almacenes de vino y cantinas locales de la época.

Foto por el fotógrafo Manuel Gómez Miralles



LA DESTRUCCIÓN SISTEMÁTICA FRENTE A UN FALSO IDEAL

El polvo que levanta una bola de demolición tiene un olor muy particular. Es un olor a yeso viejo, a madera seca y a tiempo acumulado que se desintegra en segundos. Cuando una casona centenaria cae desmoronándose con un quejido

sordo antes de convertirse en una montaña de escombros, no es solo el desplome de una estructura; es el borrado sistemático de nuestro rostro. Y lo más aterrador de este proceso no es la violencia del impacto, sino la frialdad del cálculo que lo precede.

Durante mucho tiempo, quise creer que esta destrucción era un accidente, un daño colateral de una ciudad que intentaba, a tropezones, alcanzar un desarrollo que no terminaba de entender. Pero con los años, y con la insistencia de aquella mirada aguda que me enseñó a leer las fachadas como quien lee un documento legal, comprendí la verdad: no estamos ante un accidente. Estamos ante una estrategia. Una estrategia que ha confundido el valor de la tierra con el valor de la vida.

Lo que llamamos “progreso” en la especulación inmobiliaria ha sido, en realidad, el motor de un proceso de deshumanización urbana. La premisa es engañosamente simple: el centro de la ciudad es un activo financiero que debe ser optimizado. Bajo esta lógica, un edificio con alma, con historia, con sus molduras artesanales y sus techos altos, es un “desperdicio de potencial”. Ese es el falso ideal de modernidad que ha justificado la demolición de nuestra herencia. Nos han enseñado a ver la ciudad no como un hogar, sino como un portafolio de inversiones que debe ser “limpiado” de sus elementos “obsoletos” para poder generar rentabilidad.

Es necesario abordar esto con la claridad de quien defiende a su patria: esto no es solo un tema de arquitectura. Es un tema de ética. Cuando se permite que el mercado inmobiliario actúe sin contrapesos, bajo la premisa de que “la propiedad privada prevalece sobre el interés cultural”, estamos aceptando que nuestra identidad es un bien transable. Lo que

estamos perdiendo en San José es, precisamente, la cara que nos permitía reconocernos. La ciudad ha pasado de tener facciones —heredadas de esa ambición republicana que exploramos en capítulos anteriores— a tener una máscara neutra, hecha de materiales prefabricados y diseño de catálogo que podría pertenecer a cualquier lugar del mundo.

El “Reto de la Memoria”, que da nombre a nuestra búsqueda en este libro, surge aquí como el acto de resistencia más necesario. Recordar no es solo mirar hacia atrás; es advertir que, cada vez que una fachada histórica se convierte en un parqueo para vehículos, estamos renunciando a una parte de nuestro derecho a habitar una ciudad con significado. La especulación inmobiliaria no crea ciudad; crea lugares de paso. Crea espacios que, al no tener rostro, no exigen compromiso, no inspiran afecto y no invitan a la permanencia.

No me malentiendan: no abogo por la parálisis. El desarrollo es necesario. Pero la pregunta que debemos hacernos, y la que aquella mirada que tanto echo de menos solía plantearse, es:

¿De qué sirve el desarrollo si lo que estamos construyendo es una ciudad que no podemos amar?

La especulación ha operado bajo la premisa de la brevedad. Todo debe ser rápido, todo debe ser eficiente, todo debe ser desechable. En ese afán, hemos destruido las estructuras que nos permitían entender la continuidad de nuestra vida nacional. Hemos cortado el hilo que unía la casa donde vivieron nuestros abuelos con la oficina donde trabajamos nosotros.

Al borrar la arquitectura de ayer, nos estamos condenando a una amnesia permanente. Porque, ¿quiénes somos si no podemos ver en las calles la huella de quienes nos precedieron? La destrucción sistemática es una forma de violencia que nos deja huérfanos. Nos deja en un entorno donde no hay referencias, donde todo parece haber sido construido hace cinco minutos por una empresa anónima. Y un ciudadano que se siente huérfano en su propia ciudad es un ciudadano que no siente la responsabilidad de protegerla.

La arquitectura ha dejado de ser una disciplina de servicio para convertirse en una herramienta de extracción. Es doloroso, sí. Pero es necesario que veamos el rostro de lo que hemos permitido que se pierda, antes de que el borrado sea total.

A menudo se piensa que la arquitectura es algo que miramos, pero la verdad es que la arquitectura es algo que habitamos con todos los sentidos. Cuando cierro los ojos e intento recordar las calles de mi infancia, no veo “fachadas” o “estilos arquitectónicos”. Lo que experimento es una cartografía de sensaciones que se ha ido borrando. Recuerdo el olor del cedro antiguo en los zaguanes, ese aroma que era una mezcla de resina, tiempo y lluvia. Recuerdo el sonido amortiguado de mis propios pasos al caminar sobre el mosaico gastado de un pasillo, y la forma en que la luz de la tarde entraba por una ventana de celosías, proyectando líneas perfectas sobre la mesa de la cocina.

Esa es la verdadera pérdida cuando la piqueta derriba una casa. No perdemos metros cuadrados; perdemos el contenedor físico de nuestros recuerdos. La arquitectura tradicional del Valle Central no estaba diseñada para el aislamiento, sino para el encuentro sensorial. Los techos altos permitían que el aire —y la vida— circulara; las paredes gruesas nos protegían del afuera, pero también nos daban una sensación de seguridad profunda, casi maternal.

El “Reto de la Memoria” es, en esencia, un reto de gratitud. Es la capacidad de reconocer que cada rincón de nuestra ciudad fue testigo de un momento de ternura, de una lección aprendida o de un duelo superado. Cuando un edificio desaparece para ser sustituido por una estructura genérica, es como si una parte de nuestra propia historia se volviera invisible. Es como si el escenario donde nuestra vida familiar se desarrolló, de repente, fuera borrado del mapa.

Richard siempre me decía que los edificios son “testigos silenciosos”. Él tenía una fijación particular con esa idea. Pensaba que las paredes, si tuvieran oídos, estarían llenas de las confidencias que nunca se dijeron en voz alta, de los secretos que se guardaron en los corredores y de las

oraciones que se musitaron en la penumbra. Cuando destruimos un edificio con historia, estamos callando a un testigo. Estamos rompiendo el vínculo tangible entre el presente y el pasado.

¿Y por qué es esto tan grave para nuestro espíritu? Porque somos seres narrativos. Necesitamos los lugares para anclar nuestras historias. Si yo le cuento a mi nieto cómo su bisabuelo se sentaba en el corredor de la casa vieja a contarle historias sobre el río, pero al llevarlo a esa dirección solo encuentro un parqueo de asfalto, la historia pierde peso. Se vuelve, ante los ojos del niño, una leyenda abstracta, algo que parece no haber ocurrido nunca. La arquitectura es el lenguaje que nos permite decir: “Aquí sucedió algo real”. Al eliminar el lugar, le quitamos validez a la memoria.

Estamos construyendo, poco a poco, una ciudad de “incógnitas”. Una ciudad donde cada vez es más difícil decir: “Aquí aprendí a caminar”, o “Aquí fue donde me despedí de mi padre por última vez”. Esta pérdida de referentes tiene un efecto sutil pero profundo en nuestra autoestima colectiva. Cuando una sociedad no puede señalar con el dedo y decir “esto es nuestro”, “esto nos define”, empieza a buscar su identidad en lo que viene de afuera, en lo que es brillante y nuevo, porque se siente avergonzada de su propio vacío.

Esa “enfermedad” del abandono, de la que hablábamos antes, es también una enfermedad del desapego. Nos hemos vuelto una sociedad que valora lo nuevo por encima de lo significativo. Y en ese camino, hemos olvidado que lo significativo suele ser lo que tiene historia. La familia, el núcleo de nuestros afectos, se fortalece en la continuidad. Necesitamos esas raíces físicas para saber que pertenecemos a una cadena que comenzó mucho antes que nosotros.

El verdadero valor de preservar no es mantener una “pieza de museo”. Es mantener una “pieza de vida”. Es permitir que los niños de hoy puedan caminar por las mismas calles que sus abuelos, que puedan tocar las mismas texturas, que puedan sentir la misma luz. Es una forma de decirles: “Ustedes son parte de algo más grande”. Es un valor social, un valor familiar, un valor humano.

A veces, cuando recorro el centro de la ciudad y me encuentro con estas estructuras que han sobrevivido a pesar de todo, siento una gratitud inmensa. Siento que, de alguna manera, se han mantenido en pie por pura terquedad, como guardianes de nuestra identidad. Y cada vez que veo una de estas casas siendo restaurada, siendo cuidada, no veo una obra de construcción; veo un acto de amor. Veo a alguien que ha entendido que la memoria es un regalo que le hacemos a quienes vendrán después.

El “Reto de la Memoria” no es una tarea para políticos ni para historiadores con títulos pomposos. Es una tarea para cada familia. Es una tarea que empieza en la mesa del comedor, cuando compartimos la historia de quiénes somos, y se extiende a la calle, cuando decidimos proteger el espacio que nos permitió ser una comunidad. Porque al final, lo que nos hace una patria no es la bandera ni el himno; lo que nos hace una patria es la suma de nuestras historias compartidas en lugares que todos reconocemos.

Nos hace falta, creo yo, volver a aprender a mirar con el corazón. Volver a sentir la ciudad como un organismo que nos pertenece y al que pertenecemos. Volver a entender que la arquitectura es un lenguaje de afectos. Si perdemos la capacidad de emocionarnos ante un balcón antiguo, ante una ventana de celosía, ante el brillo de una madera curada por el tiempo, estaremos perdiendo nuestra brújula emocional. Y una sociedad sin brújula emocional es una sociedad que flota a la deriva, sin saber qué proteger ni por qué luchar.

Ese es el reto: inspirarnos en lo que fuimos, no para quedarnos ahí, sino para tener la fuerza de construir algo que sea digno de ser recordado por nuestros hijos. Porque la verdadera arquitectura de nuestra identidad no está hecha de cemento, sino de la ternura con la que conservamos lo que nos ha hecho humanos.

Si detenemos nuestra mirada en los supervivientes —esas estructuras que, contra todo pronóstico, aún se mantienen en pie en medio del caos moderno—, descubriremos una lección de heroísmo silencioso. No son simples edificios; son héroes. Han resistido la presión del mercado, la

voracidad de la piqueta, la indiferencia de los años y el desgaste de nuestra propia memoria colectiva. Cada uno de esos balcones, cada uno de esos zaguanes que aún guardan el aroma de la cera de abeja, es un testimonio de que la belleza, cuando está bien plantada, es capaz de sobrevivir a las peores sequías del alma.

Me gusta verlos así: como guardianes. Cuando camino junto a uno de estos “supervivientes”, me pregunto qué historias habrá tenido que callar para seguir allí. ¿Cuántas veces habrá estado a punto de caer, cuántas veces habrá sido amenazado por el “progreso” disfrazado de cemento, y cuántas veces habrá sido salvado, quizás por la terquedad de una familia que prefirió mantener el hogar antes que venderlo al mejor postor? Hay una nobleza inmensa en ese acto de resistencia. Es el acto de decir: “Mi historia no está en venta”.

Ese es el corazón de este libro. Porque, ¿qué sucede cuando un niño, de la mano de su padre o de su abuelo, se detiene frente a una casa que tiene cien años? ¿Qué sucede cuando ese niño aprende a pasar sus dedos por la madera labrada y siente que hay algo allí, una calidez, una intención, que el cristal frío de un edificio nuevo nunca le podrá dar? En ese momento, no le estamos enseñando arquitectura. Le estamos enseñando respeto. Le estamos enseñando que las cosas no son desechables, que las historias tienen un lugar en el mundo y que nosotros, como sociedad, somos los responsables de cuidar ese legado.

Aprender a amar lo antiguo es aprender a amar la vida en todas sus etapas, no solo en su juventud brillante. Es entender que un edificio, al igual que una persona, se vuelve más valioso conforme acumula experiencia, conforme muestra sus heridas, conforme nos cuenta a través de su fachada qué fue lo que vivió. Cuando enseñamos a nuestros jóvenes a apreciar la pátina del tiempo, les estamos dando una herramienta fundamental para su propia vida: la capacidad de valorar la profundidad por encima de la superficie.

Es una lástima que hayamos confundido “modernidad” con “novedad”. La verdadera modernidad es la capacidad de integrar nuestro pasado

en nuestras vidas presentes. Una ciudad que no integra sus recuerdos es una ciudad que sufre una fractura constante, una ciudad que no puede encontrar su equilibrio. Pero cuando logramos salvar un pedazo de ese rostro —una ventana, una puerta, una cornisa—, no estamos solo salvando un elemento decorativo; estamos salvando un puente. Estamos manteniendo abierta la comunicación con quienes nos enseñaron a ser costarricenses.

Pienso en lo que significaría para nuestro país si convirtiéramos este rescate en un valor familiar. Si el “Reto de la Memoria” se viviera desde la mesa de la casa, contando la historia de los lugares que nos formaron. Si los padres de hoy les hablaran a sus hijos no solo de lo que se compra, sino de lo que se cuida. Esa generosidad de espíritu, ese entender que no somos dueños del mundo, sino sus custodios temporales, es lo que realmente nos hace una nación inspiradora.

La arquitectura que nos queda, esa que sobrevive, nos interpela. Nos pregunta: ¿Qué van a hacer con nosotros? ¿Nos van a dejar morir de abandono, nos van a transformar en una caricatura, o van a ser lo suficientemente valientes para darnos una nueva oportunidad de vida?

La respuesta a esa pregunta no está en los planos de los ingenieros, sino en la sensibilidad de las familias. Está en la decisión de un propietario de restaurar en lugar de demoler. Está en la decisión de un joven arquitecto de aprender del pasado en lugar de ignorarlo. Está en cada uno de nosotros que decide, al caminar por la ciudad, que no quiere ser un usuario más de un sistema desechable, sino un habitante consciente que sabe que cada pared cuenta una historia.

Lo que aún nos queda, ese rostro que todavía podemos reconocer, es nuestra última oportunidad para aprender la lección más importante de todas: que la memoria no es una carga que nos impide avanzar, sino el lastre necesario que nos da estabilidad cuando los vientos de la prisa soplan demasiado fuerte. Aquellos edificios que no se han rendido ante el “falso ideal” de la modernidad mecánica son, hoy por hoy, las brújulas más fieles que tenemos. Nos recuerdan que el progreso humano se mide en la calidad de nuestros encuentros, en la dignidad de nuestros espacios

y en la capacidad de sentirnos, aún en medio del ruido, en un lugar que nos reconoce y al que, con orgullo, llamamos patria.

Si hemos de enfrentar el “Reto de la Memoria”, debemos empezar por entender que la preservación no es una tarea exclusiva de los historiadores o los expertos en conservación; es, fundamentalmente, una tarea de los padres y los abuelos. Es un ejercicio de transmisión oral. Porque, a fin de cuentas, ¿qué es la ciudad sino un álbum familiar extendido?

Me gusta imaginar a las familias saliendo un domingo a caminar, no con el propósito de comprar o de transitar, sino con el propósito de reconocer. Imagino al padre o a la madre señalando una vieja casona y diciéndole a su hijo: “¿Ves esas molduras? ¿Ves ese balcón? Ahí vivieron personas que trabajaron, que soñaron y que ayudaron a construir este país en el que hoy caminamos”. Ese sencillo gesto es un acto de resistencia frente al anonimato. Al nombrar el edificio, al darle una historia, al conectarlo con nuestra vida familiar, estamos rescatándolo de la categoría de “desechable” y devolviéndole su estatus de “legado”.

No se trata de obligar a nadie a amar lo antiguo por decreto, sino de permitirles descubrir por sí mismos la belleza que se esconde detrás de la pátina del tiempo. Cuando logramos que un niño se interese por la historia de una esquina, estamos sembrando una semilla que, con los años, se convertirá en un compromiso ciudadano. Estamos formando a alguien que, en el futuro, no será indiferente cuando vea una bola de demolición amenazando el patrimonio, porque ese alguien ya sabe que en esas paredes no solo hay ladrillo, sino que hay vida.

La memoria, cuando se comparte en familia, deja de ser una carga y se convierte en una brújula. Nos da la seguridad de saber quiénes somos. Y en un mundo que nos empuja a buscar la novedad constante, esa seguridad es un regalo invaluable. Richard solía decir que una de las mayores desgracias que podemos heredarle a las nuevas generaciones es una ciudad “sin dueño”. Cuando la ciudad nos es ajena, cuando no nos sentimos parte de ella, es fácil dejar que se deteriore. Pero cuando nos sentimos dueños de su historia, cuando sentimos que cada rincón nos

pertenece porque lo conocemos y lo apreciamos, nuestra actitud cambia radicalmente.

Este es el verdadero valor de la herencia que debemos proteger: no son las propiedades, sino el sentido de pertenencia. Y ese sentido solo florece cuando estamos dispuestos a dedicar tiempo a observar. Por eso, el “Reto de la Memoria” es, en esencia, un reto de atención. En un tiempo de pantallas, de velocidad y de fragmentación, prestar atención a nuestro entorno —a la arquitectura que nos rodea, a la luz que baña nuestros barrios antiguos— es un acto de rebeldía.

Quiero invitar al lector a que, al cerrar este capítulo, vea su propia historia reflejada en la ciudad. Que cada vez que pase frente a un edificio con historia, se pregunte: “¿Qué parte de mí está aquí?”. Tal vez no sea un edificio donde vivió su familia, pero es un edificio que ha visto crecer a su país, un edificio que ha sido testigo de los mismos amaneceres y las mismas lluvias que usted ha conocido. Esa conexión, esa empatía con lo que nos rodea, es lo que nos permite ser más que usuarios de un territorio; nos permite ser, de verdad, una nación.

Hemos visto cómo la ciudad ha perdido su rostro, cómo hemos dejado que el falso ideal de la modernidad mecánica borrara nuestras facciones. Pero ahora que hemos reconocido el daño, no podemos quedarnos en la tristeza. Tenemos la oportunidad de convertir este dolor en una nueva forma de habitar. No necesitamos reconstruir el pasado, pero sí necesitamos, urgentemente, rescatar el valor que le dábamos a nuestra vida en común.

Si valoramos a nuestra familia, si valoramos nuestras historias, si valoramos los lazos que nos unen, debemos valorar el escenario donde todo eso ocurre. Una ciudad inspiradora es aquella que, al final del día, nos devuelve la mirada con la misma dignidad con la que nosotros la hemos tratado.

Estamos iniciando el camino de regreso. Ya hemos analizado el esplendor, la enfermedad y la pérdida. Ahora nos toca, en los siguientes capítulos,

encontrar esas venas ocultas, esa posibilidad de sanación que todavía palpita bajo el cemento. No estamos derrotados mientras seamos capaces de recordar. Y mientras quede un solo balcón, un solo patio, un solo zaguán que cuente su historia, tendremos la materia prima suficiente para volver a ser, algún día, una ciudad que se reconozca a sí misma al espejo.

El reto está planteado, no solo para quienes escriben o para quienes gobiernan, sino para cada hogar que quiere dejarle a sus hijos una patria que valga la pena caminar. Porque, al final, una ciudad no se rescata solo con cemento, sino con la memoria viva de quienes la habitan con el corazón.

Capítulo 7

EL HOGAR SUSPENDIDO

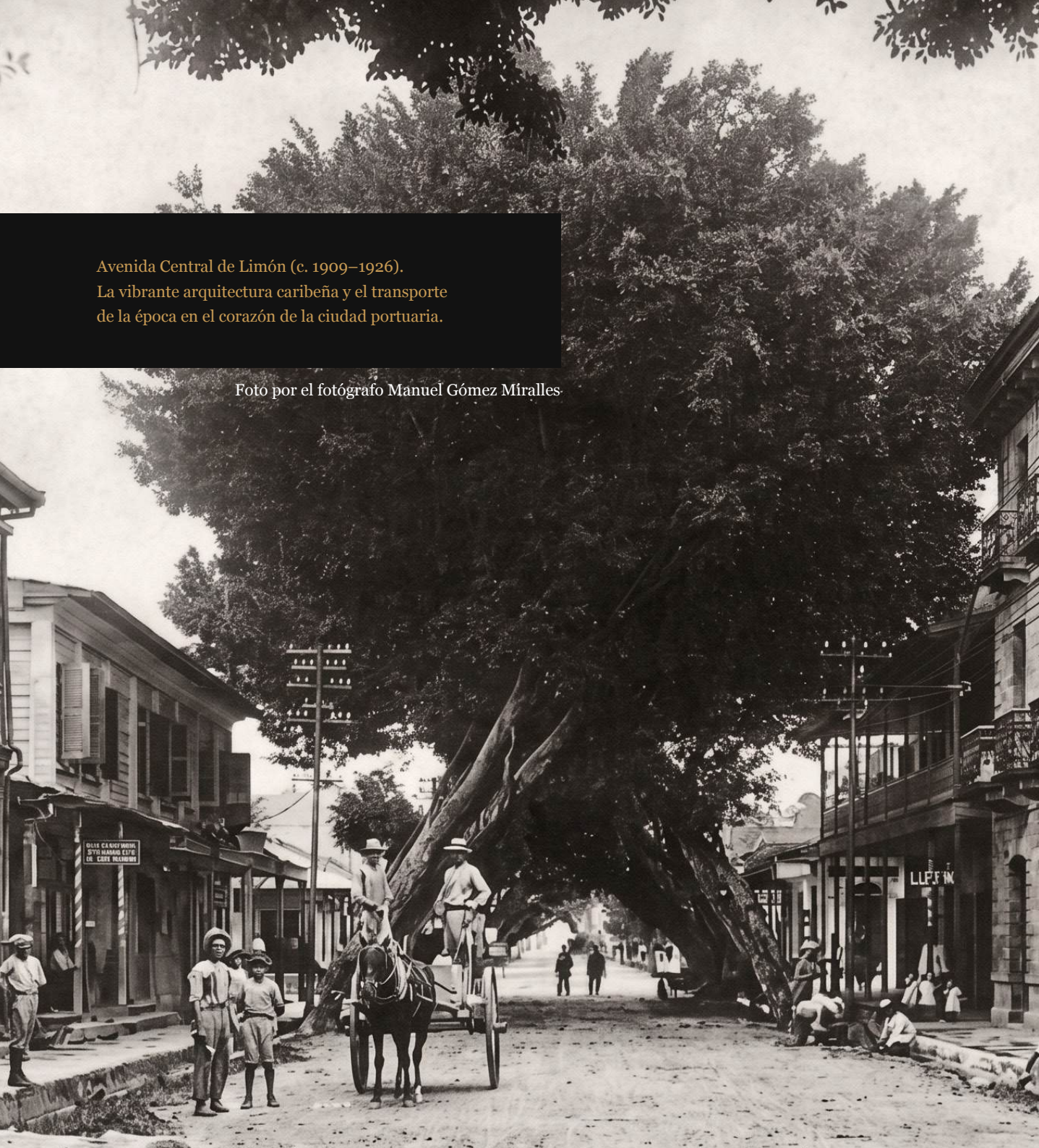
“La arquitectura que no celebra la vida humana en toda su desordenada y gloriosa cotidianidad, no es arquitectura; es apenas un contenedor decorado esperando a que pase la vida.”

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Avenida Central de Limón (c. 1909–1926).

La vibrante arquitectura caribeña y el transporte de la época en el corazón de la ciudad portuaria.

Foto por el fotógrafo Manuel Gómez Miralles



HABITAR MÁS ALLÁ DE LA EFICIENCIA DEL SIGLO XXI

Cuando uno entra hoy en muchas de las urbanizaciones que han brotado en los bordes de nuestra ciudad, hay un sentimiento que es difícil de explicar, pero que todos

hemos sentido. Es una pulcritud que a veces llega a ser inquietante. Todo está en su sitio: los granitos importados, la iluminación LED perfectamente calculada para bañar las paredes de luz fría, los acabados asépticos que parecen diseñados para no dejar rastro de nuestra existencia. Es un diseño que nos promete comodidad, eficiencia, prestigio. Pero, al cruzar el umbral, uno no puede evitar preguntarse: ¿dónde está la vida aquí?

Richard solía decir que la arquitectura contemporánea había caído en una trampa muy peligrosa: la trampa de la “eficiencia estética”. Construimos viviendas que parecen sacadas de una revista de diseño internacional, lugares que cumplen con todos los estándares de confort térmico y acústico, pero que carecen de la porosidad necesaria para permitir que el espíritu de una familia se arraigue en ellas. Se sienten, irremediablemente, como hoteles de lujo. Son espacios que nos sirven, que nos ofrecen servicios, que nos hacen la vida fácil, pero que no nos piden nada a cambio. Y ahí, precisamente, es donde reside la tragedia: un hogar que no nos pide nada, tampoco nos da nada que sea profundo.

Lo que nos falta, y es lo que hemos estado explorando a lo largo de este “Reto de la Memoria”, es la arquitectura que nos permita ser humanos en toda nuestra complejidad. La comodidad, por sí sola, no es un propósito de vida. Tener un aire acondicionado silencioso es una maravilla técnica, pero no es lo que hace que una familia sea feliz. Tener una cocina minimalista donde no se puede esparcir la harina un domingo por la tarde para hacer pan con los niños, no es una cocina; es una vitrina.

Hemos empezado a construir con una mentalidad de “para mientras tanto”. Muchas de las familias que hoy habitan estas torres de cristal o estas casas de urbanización cerrada, ya están pensando en la reventa. Diseñan sus espacios pensando en qué le gustará al próximo comprador, qué acabado le dará más plusvalía al inmueble, qué color de pintura será más “neutro” para no asustar a los posibles interesados. Esa mentalidad,

aunque es muy lógica desde el punto de vista financiero, es una herida abierta en nuestra capacidad de crear historia.

Al construir para el mercado, estamos dejando de construir para la memoria. Estamos creando metros cuadrados que son funcionales, sí, pero que están vacíos de nosotros mismos. Y cuando una familia vive en un lugar que se siente como un “hotel”, se comporta como un huésped en su propia vida. No se cuelga el cuadro que nos emociona porque quizás no combina con el estilo del apartamento. No se dejan las marcas del crecimiento de los hijos en la puerta del cuarto porque eso “deteriora” el acabado. No se construye el mueble a medida para los libros de la familia porque es más fácil comprar algo prefabricado que se pueda dejar atrás.

El Reto de este libro nos invita a recordar que nuestro valor no está en el activo financiero que poseemos, sino en el mensaje que dejamos escrito en los muros. Richard, en sus lecciones, siempre insistía en que la casa más bella no era la más cara, sino la que mejor contaba la historia de quienes la habitaban.

“Un edificio no debería ser una mercancía, debería ser un testamento”.

Y cuánta razón tenía. Porque el progreso real, el que trasciende a las generaciones, no es haber tenido la casa más moderna del barrio; es haber tenido la casa que, al ser habitada, se convirtió en el archivo sagrado de nuestros afectos.

Estamos dejando metros cuadrados vacíos, sí, porque les hemos quitado el alma. Hemos hecho las casas tan perfectas, tan herméticas, tan “listas para vender”, que hemos eliminado los rincones donde la vida se desborda. Hemos perdido esos lugares “inútiles” pero maravillosos: el rincón donde la luz hace que se vea el polvo flotando, el zaguán donde se dejan las llaves y se cuentan los pesares del día, el patio donde la naturaleza se nos mete hasta la cocina.

La comodidad técnica ha sido un avance innegable para nuestra salud y nuestra calidad de vida, nadie puede negarlo. Pero el progreso debe tener un propósito superior. Si el progreso solo nos ha servido para aislarnos en cajas de cristal donde todo es impecable pero nada nos recuerda nuestra humanidad, entonces hemos perdido el rumbo. Necesitamos recuperar esa arquitectura que espera ser habitada, no con muebles de lujo, sino con nuestras propias experiencias, con nuestros errores, con nuestras alegrías, con el desorden necesario de la vida familiar.

Tenemos que aprender a habitar nuestras casas actuales como si fueran para siempre, aunque sepamos que algún día nos iremos. Tenemos que dejar de ver la fachada como una carta de presentación para el mercado y empezar a verla como la piel de un organismo que nos protege y nos da identidad. Tenemos que llenar esos “metros cuadrados vacíos” con el mensaje de que aquí hubo gente que amó, que sufrió, que creció y que, por encima de todo, fue capaz de encontrar belleza en lo cotidiano.

Si logramos hacer eso, si logramos que una casa moderna deje de sentirse como un hotel y empiece a sentirse como un hogar, habremos ganado la batalla contra el olvido. Porque la verdadera herencia no es lo que dejamos en la cuenta bancaria, sino el eco de nuestra vida que queda atrapado en la textura de las paredes, en la luz que entra por la ventana y en la calidez de un espacio que, por fin, nos reconoce como suyos.

Esta es la primera parte de nuestro camino en este capítulo. Estamos apenas desempacando la idea de que la casa no es el edificio, sino el habitante. A continuación, exploraremos cómo esta “frialidad” de lo moderno nos ha llevado a buscar la comunidad en lugares artificiales, buscando en los clubes y los gimnasios de las urbanizaciones lo que antes encontrábamos, simplemente, al abrir la puerta y caminar por la acera.

El problema de vivir en un lugar que nos ofrece todas las respuestas antes incluso de que hayamos formulado la pregunta es que, eventualmente, dejamos de interrogar a nuestro propio entorno. En ese “hotel de lujo” que hemos convertido en nuestra vivienda, la arquitectura no nos invita al descubrimiento, sino a la contemplación pasiva. Cuando una pared está

pintada de un gris neutro, tan perfectamente nivelado que parece una pantalla, no nos invita a colgarle un recuerdo, una foto, o ese dibujo que nuestro hijo hizo en una tarde de lluvia y que, aunque imperfecto, tiene más alma que cualquier obra de arte comprada en una galería.

Richard, en sus notas, solía observar que la casa es el espejo de nuestra propia vulnerabilidad. Si intentamos ocultar nuestra vulnerabilidad con superficies que no admiten el paso del tiempo, estamos enviando una señal a nuestro subconsciente: “aquí no se permite cambiar”. Y la vida, por definición, es cambio. La vida es desgaste, es roce, es el color de la pintura que se atenúa por el sol de las tres de la tarde, es el golpe accidental en la esquina de la mesa que nos recuerda que somos seres torpes y, por lo tanto, humanos. Cuando eliminamos la posibilidad de que la casa “envejezca” con nosotros, estamos eliminando la posibilidad de que la casa nos acompañe en nuestra propia evolución.

Nos hemos vuelto una generación aterrorizada por el rastro. Nos aterra la mancha en la alfombra, el rayón en el piso de madera, la huella dactilar en el vidrio. Y al combatir esas pequeñas señales de existencia, estamos librando una guerra contra nuestra propia cotidianidad. Construimos ambientes que parecen escenarios de cine, listos para ser filmados, pero incapaces de ser vividos con la intensidad que requiere una familia. ¿Cómo vamos a encontrar paz en un espacio donde sentimos que debemos pedir permiso para existir?

La “arquitectura del para mientras tanto” es, ante todo, una arquitectura de la desconexión. Al construir pensando en el comprador futuro —ese ente abstracto que nunca hemos conocido pero al que tememos defraudar—, estamos dejando de construir para nosotros mismos. Estamos sacrificando nuestras necesidades actuales en el altar de una plusvalía que, al final del día, es un número frío en un registro de propiedad. Richard solía decir que un piso de madera que ha perdido su lustre original no es un piso viejo; es un piso que ha servido, que ha sido transitado por risas, por llantos, por carreras infantiles y por el paso pausado de los abuelos. Ese desgaste es, en realidad, una medalla al honor.

Es fundamental que empecemos a preguntarnos: ¿qué pasaría si decidiéramos habitar nuestras casas no como si fuéramos sus dueños temporales, sino como sus guardianes definitivos? ¿Qué pasaría si, al decidir el color de una pared, dejáramos de pensar en “qué es lo que está de moda” y empezáramos a pensar en “qué es lo que nos hace sentir seguros y en paz”? La arquitectura es, en su raíz, un ejercicio de protección. Pero debemos ampliar el concepto de protección: no se trata solo de protegernos de la lluvia o del sol; se trata de protegernos del vacío existencial que genera un entorno que no nos habla.

La frialdad de lo moderno —esa estética que Richard catalogaba como una “soberbia arquitectónica”— puede ser domesticada. Podemos devolverle el alma a estos espacios si entendemos que la arquitectura, para ser completa, necesita la participación activa de quien la vive. La casa no termina de construirse cuando los obreros entregan las llaves. La casa comienza a construirse cuando nosotros traemos nuestras historias, nuestros libros desordenados, nuestros utensilios que no combinan, nuestras fotos que nos hacen sonreír. El desorden vital es la firma de la familia en el espacio. No hay que tenerle miedo al desorden; hay que tenerle miedo a la rigidez que nos impide ser quienes somos.

Para romper este hechizo de la “casa-hotel”, debemos empezar por pequeñas rebeliones cotidianas. Debemos permitirnos que la casa muestre cicatrices. Debemos permitir que el sol entre y queme un poquito la madera, porque eso significa que el sol está presente. Debemos permitirnos llenar las paredes con cosas que no son “estéticas” pero que son significativas. Un hogar que se siente como un refugio no es aquel que está en una revista de arquitectura; es aquel donde, al cerrar la puerta, el mundo exterior deja de dictar las reglas y empezamos a dictarlas nosotros, desde nuestra propia verdad.

Esta “frialdad” moderna no es un destino ineludible. Es una invitación a ser más creativos. Si nuestras casas han sido diseñadas para ser cáscaras eficientes, entonces nosotros tenemos la obligación moral de llenarlas de humanidad. Tenemos la responsabilidad de “romper” la perfección con nuestra propia historia. Porque si no lo hacemos, corremos el riesgo de vivir nuestras vidas como si fuéramos huéspedes pasajeros, sin dejar

rastró, sin sentir que pertenecemos a ese suelo que pisamos.

La arquitectura que espera ser habitada es, en el fondo, una arquitectura que espera ser comprendida. Espera que entendamos que el espacio no es pasivo. El espacio nos moldea, nos susurra cómo debemos comportarnos. Si nos rodeamos de superficies que gritan “no me toques, no me cambies, no me vivas”, terminaremos convirtiéndonos en personas rígidas, incapaces de dejarnos afectar por la vida. Pero si decidimos que nuestra casa es nuestro testamento, entonces la casa se abrirá para nosotros. Se volverá porosa, se volverá flexible, se volverá nuestra aliada en la aventura de crecer, de amar y de envejecer.

Este “espejismo de la comodidad” se sostiene sobre la base de una inseguridad: la de que no somos suficientes tal y como somos. Necesitamos el acabado perfecto, la iluminación de revista, el espacio “limpio” para sentir que hemos tenido éxito. Pero el verdadero éxito, en el lenguaje de los valores que queremos rescatar en este libro, es la capacidad de crear un entorno donde la ternura pueda florecer. Y la ternura, por definición, requiere de espacios que admitan imperfecciones. Requiere de lugares donde sea posible caerse, donde sea posible ensuciarse, donde sea posible ser vulnerable.

Por eso, la transición hacia una vida con propósito empieza aquí, en el lugar donde descansamos. Si logramos ver nuestra casa no como una mercancía, sino como un escenario de nuestra memoria familiar, habremos dado un paso gigante hacia la recuperación de nuestra identidad. No es necesario demoler nada, no es necesario hacer grandes reformas. Es necesario cambiar la mirada. Es necesario pasar de ser consumidores de espacio a ser autores de nuestra propia vivencia.

Si logramos que la cocina vuelva a ser un lugar de encuentro y no una vitrina de exhibición; si logramos que la sala sea un lugar donde se conversan las verdades y no solo donde se mira la televisión; si logramos que el cuarto sea un refugio de sueños y no solo un lugar para recargar energía para el trabajo; entonces, y solo entonces, habremos derrotado al espejismo. Habremos transformado la cáscara en semilla. Habremos convertido el “hotel” en un hogar, y esa, sin duda, es la construcción más importante

que podemos realizar en toda nuestra vida. Porque las paredes, al final del día, son solo el marco; nosotros somos la pintura, y nuestra vida es el arte que debe quedar impreso en ellas.

Y mientras intentamos recuperar este sentido de hogar frente a la inmensidad de las urbanizaciones perfectas, nos encontramos con un fenómeno que nos promete, precisamente, lo contrario: la ilusión de la comunidad programada. Porque una vez que nos hemos encerrado en nuestras “cáscaras” eficientes, sentimos una necesidad casi desesperada de conectar con el otro, pero lo hacemos bajo los términos que dicta esa misma arquitectura del desapego: sin riesgo, sin sorpresa, sin la espontaneidad del roce humano. Pero de eso, de cómo intentamos llenar el vacío de nuestra soledad con clubes y gimnasios, hablaremos en nuestra siguiente parte, entendiendo que la arquitectura también puede, a veces, intentar sustituir lo que solo el corazón puede construir.

Estamos ante la oportunidad de repensar nuestro entorno. Que la casa sea el siervo de la vida familiar, y no al revés. Que las paredes, aunque sean de concreto, aprendan a guardar el calor de nuestra presencia. Que el piso, aunque sea de granito importado, aprenda a reconocer la huella de nuestros pasos, el peso de nuestro caminar y, sobre todo, la alegría de habitar un lugar que nos llama por nuestro nombre. Esa es la arquitectura que espera ser habitada, y es la única que tiene el poder de convertir un simple edificio en un verdadero legado para nuestras futuras generaciones.

EL HABITANTE DEL HOTEL DE LUJO

Al cruzar esos portones eléctricos que marcan el límite entre nuestro “hotel” privado y el complejo que habitamos, entramos en una

dimensión distinta, una que promete un retorno a los orígenes, pero que a menudo se siente más como un escenario diseñado para evitar la realidad. Las urbanizaciones cerradas, con sus calles impecables y sus clubes sociales, nos venden un sueño antiguo: la comunidad. Se nos promete que, aquí dentro, entre el gimnasio compartido, la piscina temperada y el sendero arbolado, nuestros hijos podrán jugar tranquilos y nosotros, finalmente, podremos volver a conocer a nuestros vecinos. Es una propuesta seductora, casi irresistible en una ciudad que nos ha

acostumbrado a vivir con miedo. Pero, si nos detenemos a observar con la mirada que Richard siempre nos sugirió cultivar, nos daremos cuenta de que lo que hemos obtenido no es una comunidad orgánica, sino una “comunidad programada”.

Richard, quien siempre fue un observador incansable de la conducta humana en el espacio público, notaba que estas urbanizaciones nos ofrecen una seguridad que se paga con el precio de la espontaneidad. En el barrio tradicional —aquel donde las aceras no estaban diseñadas solo para el carro— la comunidad surgía del caos del encuentro cotidiano. Uno conocía al vecino porque se cruzaba con él mientras sacaba la basura, o porque lo veía regar el jardín, o porque sus hijos compartían la misma vereda al regresar de la escuela. No necesitábamos un “club social” para saber quién vivía al lado; la vida misma, en toda su gloriosa impredecibilidad, nos obligaba a tejer lazos. Era el roce, esa fricción cívica que nos enseñaba a tolerar, a negociar y a convivir. Era una lección constante de humanidad que no requería de una cuota de mantenimiento para funcionar.

Hoy, en nuestros “micro-mundos” privados, la comunidad está confinada a horarios y espacios delimitados por un reglamento de condominio. El vecino no es alguien con quien me cruzo en la calle, sino alguien con quien coincido, a veces, en la máquina de correr del gimnasio del complejo. Y aunque parezca lo mismo, la diferencia es abismal. Porque en el gimnasio, todos estamos ahí por una función específica: ejercitarnos, mirar nuestra propia pantalla, mantenernos en forma. La interacción es mínima, filtrada por los auriculares y por la prisa. En la calle, en cambio, estábamos ahí para vivir. Estábamos ahí para ver al otro, para reconocer sus tristezas, para celebrar sus alegrías, para ser, simplemente, parte de un tejido vivo.

Este “micro-mundo” artificial nos da una falsa sensación de pertenencia. Nos sentimos seguros, sí, pero es una seguridad basada en la exclusión: excluimos a quien no es “del condominio”, excluimos a quien no tiene la llave de acceso, excluimos la impredecibilidad del mundo exterior. Al hacerlo, también estamos limitando nuestra capacidad de ejercer la tolerancia. Richard solía recordar, con esa sabiduría que parecía venir de un tiempo más amable, que el “ejercicio de la tolerancia” no es tolerar a quien es exactamente igual a nosotros en estatus, en costumbres y en estilo

de vida. La verdadera tolerancia, la que fortalece a una nación, ocurre cuando nos vemos obligados a convivir con la diversidad que ofrece la calle, el mercado y el parque público. Al encerrarnos, hemos perdido el músculo de la convivencia. Nos hemos vuelto una sociedad de individuos que viven unos al lado de otros, pero que rara vez comparten un momento genuino que no haya sido calendarizado por la administración del edificio. Es una soledad acompañada, un silencio artificial que solo se rompe con el ruido de los motores al entrar o salir.

Es fascinante, y a la vez doloroso, ver cómo el costarricense ha ido adaptando su carácter a esta nueva realidad. Nos hemos vuelto más reservados, más cautelosos. La antigua franqueza, esa capacidad de iniciar una conversación con un desconocido en la parada del bus o en la banca del parque, ha comenzado a marchitarse, no porque hubiéramos cambiado de esencia, sino porque el entorno nos quitó el escenario. La arquitectura de esta fase de “enfermedad” —la del concreto aséptico y el acero inoxidable— nos invita al silencio, al orden, a la separación. Nos invita a ser espectadores de nuestra propia vida y no protagonistas de un entorno compartido.

El Reto de la Memoria nos pide que nos preguntemos: ¿qué le estamos enseñando a nuestros hijos si nuestra idea de “vecindario” es un espacio donde solo entran quienes tienen el mismo código de acceso? ¿Cómo aprenderán a entender la realidad de su país si su mundo está limitado por muros de concreto y cercas electrificadas? La comunidad orgánica, esa que se forma al calor de la calle y bajo el sol compartido de la plaza, es la única que realmente nos prepara para la vida republicana.

Necesitamos recuperar la espontaneidad. No necesitamos más clubes cerrados; necesitamos más aceras donde nos miremos a los ojos. Necesitamos más espacios donde no sea necesario pagar una cuota de mantenimiento para poder sentarse a leer un libro bajo un árbol, sintiendo que ese árbol nos pertenece a todos. Porque la verdadera seguridad no reside en el muro, sino en la confianza. Y la confianza no se compra con seguridad privada; se cultiva a través del roce diario con el otro, a través de la capacidad de ver al vecino no como un extraño, sino como un compañero de camino.

Y es que, al final del día, lo que estamos perdiendo en estos “micro-mundos” es la capacidad de sorprendernos. La vida está llena de accidentes maravillosos: ese encuentro inesperado con un viejo amigo, la conversación fortuita con el tendero, la ayuda mutua cuando algo sale mal en la acera. En nuestras urbanizaciones cerradas, todo está bajo control, todo está programado. Pero una vida sin accidentes es una vida sin sorpresa, y una vida sin sorpresa es, inevitablemente, una vida que se va volviendo monótona. Hemos sacrificado la magia de la vida real en el altar de una tranquilidad que, en el fondo, nos deja un sabor amargo, como si nos estuviéramos perdiendo de algo esencial.

Al renunciar a la calle, al refugiarnos tras el muro, estamos diciendo que hemos perdido la fe en nosotros mismos como sociedad. Y eso, para quien ama profundamente a su patria, es la pérdida más dolorosa de todas.

Richard decía que la arquitectura de la confianza era aquella que nos permitía confiar en el vecino simplemente por el hecho de saber que él también habita el mismo aire, el mismo sol y el mismo sueño que nosotros. Él veía la calle no como un lugar de peligro, sino como un lugar de encuentro donde se pone a prueba nuestra humanidad.

Es momento de que empecemos a cuestionar estos modelos. No digo que debamos derribar los muros mañana mismo, pero sí necesitamos empezar a derrumbar los muros invisibles que nos separan del resto de nuestra propia ciudad. Necesitamos entender que vivir en comunidad es un riesgo, sí, pero es el riesgo más hermoso que podemos correr. Es el riesgo de ser conocidos, de ser ayudados, de ser cuestionados, de ser humanos.

¿No sería maravilloso si, en lugar de invertir tanto en el mantenimiento de un club social al que solo van unos pocos, invirtiéramos en hacer que nuestras calles vuelvan a ser dignas, seguras y hermosas para todos? ¿No sería un legado mucho más inspirador para nuestros hijos el poder caminar por su ciudad sin miedo, saludando a quienes se encuentran a su paso, en lugar de estar confinados a una burbuja que, aunque nos protege del exterior, nos asfixia con su propia perfección?

Esta es la reflexión que debemos llevar a nuestra mesa familiar. No debemos dejar que la arquitectura dicte nuestra capacidad de amar a nuestro prójimo. Somos más que residentes de un código postal o socios de un condominio; somos los arquitectos de nuestro propio tejido social. Y cada vez que nos atrevemos a abrir la puerta, a salir a la acera, a saludar al vecino que vive más allá del muro de seguridad, estamos haciendo un acto de fe en nuestra patria. Estamos rompiendo el hechizo de la separación y recordando que, al final, todos formamos parte de la misma ciudad, del mismo valle, de la misma historia.

El “Reto de la Memoria” es, en esencia, un reto de atención. Prestar atención al otro. Y eso empieza por reconocer que no estamos solos, que tenemos un vecino, que tenemos una calle, que tenemos una ciudad que nos espera.

Al cerrar este capítulo de nuestra reflexión sobre el “micro-mundo”, quiero invitar al lector a pensar en el lugar donde vive no como una fortaleza, sino como un punto de partida. ¿Qué podemos hacer hoy para abrirnos un poco más? ¿Qué gesto de vecindad, qué pequeña apertura podemos realizar para recordar que la verdadera seguridad está en la solidaridad? Esa es la pregunta que le da sentido a nuestra permanencia en este siglo XXI, donde la técnica nos ha dado el confort, pero nuestra alma sigue necesitando, desesperadamente, el abrazo de la comunidad.

Estamos a tiempo. Porque mientras haya un vecino dispuesto a saludar, mientras haya un espacio donde el encuentro sea posible, la esperanza sigue viva. La arquitectura, después de todo, es un espejo. Si nos miramos en él y solo vemos muros, es hora de construir nuevas puertas. Puertas que nos lleven de vuelta a nosotros mismos, a nuestra capacidad de ser una comunidad, no por reglamento, sino por convicción. Porque una sociedad que se atreve a confiar es una sociedad que nunca muere.

Este camino de la sanación, que estamos preparando paso a paso, comienza precisamente aquí: reconociendo que nuestra comodidad no debe ser nuestra cárcel. Que la verdadera vida, la que merece ser recordada, es la que compartimos. Esa es la lección que Richard nos dejó en su mirada, en sus cuadernos y en su fe inquebrantable en que nuestra capital volvería,

algún día, a ser un lugar donde los ojos se encuentran, donde la palabra cuenta, y donde la arquitectura, finalmente, vuelve a ser el escenario de nuestra humanidad compartida.

EL HABITANTE DE LAS NUBES

Y luego están las torres. Esos gigantes de cristal y acero que nos prometen el cielo, desde donde San José se ve como una maqueta

de juguete, una cuadrícula de luces que, a esa distancia, parece no tener problemas. Desde el balcón de un piso quince, la ciudad es un espectáculo fascinante. Se ven los volcanes recortados contra el horizonte, se observa el valle entero respirando bajo la luz del atardecer, se contempla el movimiento constante de las avenidas como si fuera un río de vida que nos resulta ajeno. Pero, al elevarnos tanto, al conquistar esa vista privilegiada, ¿qué estamos perdiendo?

El “habitante de las nubes” es, en muchos sentidos, una figura trágica de nuestra modernidad. Tiene la vista privilegiada, tiene el silencio —ese silencio absoluto que tanto anhelamos cuando el ruido del tráfico nos agobia— y tiene la altura que lo separa de la urgencia de lo cotidiano. Pero al separarse, también se desconecta. Richard, que siempre fue un defensor feroz de la escala humana, solía decir que la arquitectura debe invitarnos a tocar el mundo, no a observarlo desde una vitrina. Cuando perdemos el contacto con el suelo, con el pavimento, con el aroma de la lluvia subiendo desde la calle cuando toca el asfalto caliente, perdemos la textura misma de la realidad.

Vivir en las alturas nos regala una panorámica espectacular, es cierto, pero nos roba el “roce”. Nos roba la posibilidad de que alguien nos pregunte la hora, de que nos encontremos con el vecino en el ascensor —un lugar donde, irónicamente, todos miramos el suelo en silencio, evitando cualquier atisbo de contacto humano—, o de sentir el pulso vibrante de la ciudad. Estamos creando una élite de “observadores” que ven la ciudad, pero no la tocan. Es la crítica al desapego absoluto. ¿Cómo se puede amar un entorno que solo miras a través de un vidrio doble, diseñado para filtrar el sonido y la temperatura? Esa barrera física se convierte, con los años, en una barrera emocional.

Recuerdo una tarde en la que visitamos un antiguo conocido que se había mudado a una de estas nuevas torres. Mientras él nos señalaba con orgullo, desde su balcón, la inmensidad del paisaje, yo solo podía pensar en la distancia. Estábamos tan lejos del suelo que el sonido de la vida humana se había desvanecido. No escuchábamos el pregón del vendedor, ni las risas de los niños, ni el motor de los autos; solo escuchábamos el viento silbando contra el vidrio. Richard, en una de sus reflexiones más lúcidas sobre la espacialidad, notaba que esta interacción lejana era un arma de doble filo:

“La altura nos otorga la ilusión de omnipotencia, pero nos priva de la humildad que solo se encuentra caminando al nivel de los ojos de nuestros semejantes”.

Esa humildad es necesaria. Porque cuando caminamos en el suelo, somos iguales al resto. La lluvia nos moja a todos, el sol nos calienta a todos, el ruido nos alcanza a todos. La arquitectura de la altura ha creado una desconexión emocional profunda. Para el habitante de una torre, la ciudad “allá abajo” es un

problema de otros. No siente la necesidad de participar en la limpieza de un parque, de preocuparse por la seguridad de la acera o de interesarse por el bienestar de un vecino lejano, porque su mundo termina en el lobby de su edificio. Ha logrado construir un refugio tan perfecto, tan blindado, tan elevado, que no siente la responsabilidad de ser parte de lo colectivo. Y ese es, precisamente, el punto donde el Reto de la Memoria nos interpela:

¿Cómo podemos exigir una ciudad mejor si nos hemos autoexiliado de su realidad?

Este desapego es una forma de amnesia. Olvidamos que esa misma ciudad que vemos desde arriba, es la que nos sostiene. Olvidamos que nuestra comodidad en las alturas depende, en última instancia, de la salud de las calles que despreciamos. Y es ahí donde el Reto de la Memoria nos convoca: a bajar. A bajar al nivel de calle, a entender que la vida ocurre donde ocurren los encuentros, no donde ocurre la vista panorámica. A entender que una ciudad de torres aisladas es, en realidad, un archipiélago de soledades que no puede llamarse a sí mismo “hogar”.

La belleza de una ciudad no está en cuánto podemos ver de ella, sino en cuánto podemos sentir de ella. Necesitamos recuperar esa capacidad de ser parte del todo. Richard siempre decía que la arquitectura debía ser como un apretón de manos: firme, honesta y directa. Una torre de cristal, por muy elegante que sea, no nos da la mano; nos mantiene a distancia. Nos dice: “mírame, admírame, pero no te acerques demasiado”. Y nosotros, como habitantes, hemos aceptado ese trato sin darnos cuenta de lo mucho que nos está costando en términos de felicidad y conexión.

Y sin embargo, hay esperanza. Incluso en esas torres, hay personas que anhelan volver a tocar tierra. Hay quienes, viviendo en el piso quince, bajan todos los días a caminar por el barrio, a saludar al guardia, a comprar el pan en la pulpería de siempre, a buscar ese roce que la altura les niega. Esos son los verdaderos héroes de nuestra memoria contemporánea: aquellos que, a pesar de la arquitectura que los invita al aislamiento, deciden, por voluntad propia, ser ciudadanos.

El verdadero desafío de nuestro tiempo es cómo hacer que el diseño urbano nos ayude a volver a bajar. Cómo hacer que nuestras torres no sean observatorios fríos, sino edificios que se integren, que se abran, que permitan que el ciudadano de las nubes también tenga su espacio en la plaza, en la esquina, en el café. Porque si no somos capaces de cerrar esa brecha entre la altura y el suelo, seguiremos viviendo en una ciudad fracturada, donde unos pocos miran el espectáculo de la vida y la gran mayoría, abajo, sigue luchando por encontrar un lugar donde ser escuchados.

La altura es un regalo, pero la tierra es nuestra raíz. Y no hay árbol, por más alto que quiera llegar, que pueda sobrevivir si olvida de dónde viene el agua que lo nutre. Es hora de dejar de ser solo “observadores” de nuestro destino y volver a ser sus autores. Es hora de entender que, por más confort que nos ofrezca el cristal, no hay nada que sustituya el calor de una mano estrechada en la vereda.

Y mientras reflexionamos sobre esta distancia que nos hemos impuesto, surge una pregunta inevitable: si ya tenemos la altura, si ya tenemos el confort, ¿qué nos falta? ¿Qué es lo que sigue faltando en esta ecuación de

progreso que hemos aceptado sin cuestionar? La respuesta está esperando en el siguiente paso de nuestra reflexión, donde nos atreveremos a mirar no lo que hemos construido, sino lo que hemos ignorado: la naturaleza que sigue fluyendo, paciente y sabia, bajo nuestros pies, esperando a que volvamos a invitarla a formar parte de nuestra historia.

EL LEGADO DEL PRESENTE

Si el inicio de nuestro recorrido, en aquellos primeros tiempos de tierra y madera, nos enseñó que nuestra arquitectura fue una vez una reverencia profunda a la naturaleza, el siglo XXI nos plantea un desafío inverso: ¿cómo integrar esa reverencia en las estructuras rígidas y funcionales de nuestra modernidad? El progreso real, el que debemos buscar hoy con desesperación si no queremos perder el alma, no es construir más alto, sino construir con más intención.

Richard solía hablar de la “reverencia ecológica” no como un lujo estético o una moda pasajera, sino como una necesidad de supervivencia espiritual. Él argumentaba que una fachada no debería ser solo una barrera impermeable contra el clima o una carta de presentación para el mercado inmobiliario; debería ser un mensaje. Un edificio que no dialoga con el árbol de la acera, que no permite que el viento circule libremente, que ignora la trayectoria del sol y que vive de espaldas al entorno natural, es un edificio que ha decidido renunciar a la vida. Y eso, para las nuevas generaciones, es una herencia empobrecida.

¿Cómo hacer que estas nuevas paredes inspiren?

La respuesta no está en el grosor del concreto, sino en la vida que somos capaces de albergar y respetar a nuestro alrededor. Estamos llamados a ser la generación que deje de ver la naturaleza como un “elemento decorativo” o un estorbo que hay que nivelar para dar paso a la construcción, para empezar a verla como un socio indispensable. Un edificio con propósito es aquel que integra el jardín, que permite que el pájaro encuentre refugio, que deja que el agua de lluvia encuentre su camino natural hacia la tierra, y que enseña a quien lo habita a leer el paisaje, no solo a consumirlo. Este es el verdadero progreso. Un edificio que enseña a ser mejor persona

es aquel que no nos encierra en una burbuja de aislamiento, sino que nos abre los sentidos al mundo. Es aquel que, a través de su diseño, nos obliga a respetar el entorno, a valorar el silencio del árbol, a entender nuestra pequeñez y nuestra profunda dependencia frente a la majestuosidad de la tierra. Cuando construimos con esa intención, cuando dejamos de levantar barreras infranqueables y empezamos a construir “puentes de vida”, estamos creando un mensaje perdurable para los que vendrán. Estamos diciéndoles, sin necesidad de palabras: “Aquí vivimos, pero no lo hicimos a expensas del mundo; fuimos parte de este valle, fuimos custodios de este suelo, fuimos parte de esta historia”.

Ese es el legado que debemos construir hoy. Un legado que no se mide en niveles de altura, ni en metros cuadrados de granito importado, ni en la plusvalía de una reventa futura, sino en la capacidad que tienen nuestros hogares de conectarnos con lo que realmente importa: nuestra capacidad de asombro ante la naturaleza, nuestra responsabilidad ineludible hacia nuestros vecinos y nuestra gratitud por la vida que late en nuestro entorno.

Este capítulo no pretende ser el final de nuestra queja ante la frialdad moderna, sino el comienzo de nuestra acción consciente. Porque al entender que nuestras casas actuales son, con demasiada frecuencia, “cáscaras” eficientes que esperan ser habitadas con un propósito real, nos damos cuenta de que tenemos el poder absoluto de cambiar la historia desde adentro. Podemos empezar hoy, en nuestro propio hogar, transformando ese espacio aséptico en un lugar cálido de afecto y memoria. Podemos empezar hoy, siendo vecinos genuinos en nuestras urbanizaciones artificiales, rompiendo los muros invisibles con pequeños actos de empatía y generosidad. Podemos empezar hoy, mirando la ciudad desde el suelo, reconociendo que nuestra comodidad no tiene por qué estar peleada con nuestra humanidad.

Y al hacer esto, estaremos preparando el terreno espiritual para lo que viene. Porque si hay algo que nuestra memoria colectiva nos ha enseñado a lo largo de los años, es que la tierra nunca olvida y siempre espera. Los ríos, que han sido ocultados y silenciados bajo capas de asfalto y cemento, siguen fluyendo silenciosos bajo nuestros pies, esperando el momento en que decidamos recordar su vocación y despertarlos. Nuestra ciudad,

que hoy parece haber perdido su rostro en medio del desorden de la especulación y la prisa, esconde todavía, bajo sus capas de pavimento, la posibilidad de volver a nacer, de volver a ser un lugar donde el corazón humano pueda, finalmente, echar raíces profundas.

Es hora de entender que no estamos construyendo solo para el presente efímero, sino para el mañana que heredarán nuestros hijos. Y ese mañana, para ser verdaderamente brillante, debe estar anclado en la memoria. No se trata de volver al pasado con ingenuidad, sino de rescatar la sabiduría de saber habitar.

Mientras quede un solo rincón donde la luz del atardecer nos recuerde la belleza de lo cotidiano, mientras quede una familia dispuesta a llenar sus paredes de historias verdaderas, y mientras conservemos la capacidad de mirar la naturaleza con reverencia, tendremos la materia prima suficiente para volver a ser una patria que se reconozca a sí misma al espejo. El reto está plantado, no en los grandes tratados de urbanismo, sino en el pulso diario de cada hogar que decide legar amor en lugar de indiferencia. Porque una casa se sostiene con cemento, pero un hogar solo se sostiene con memoria.

Capítulo 8

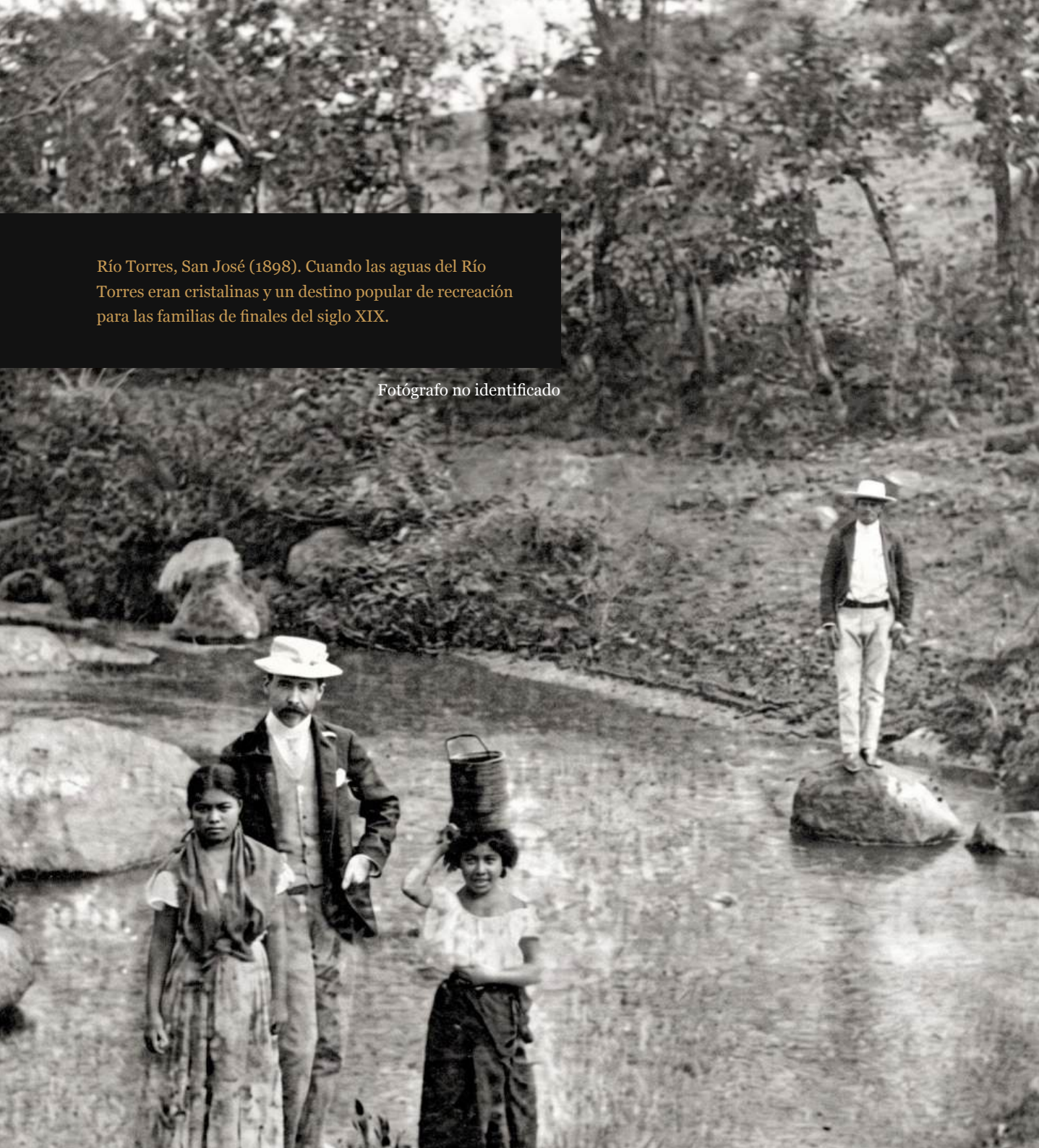
EL LATIDO OCULTO

“Una ciudad que le da la espalda a sus ríos es una ciudad que ha decidido ignorar sus propias venas. El agua no es solo un recurso que atraviesa el paisaje; es la memoria líquida del valle, el pulso que nos recuerda que la civilización y la naturaleza no son enemigas, sino hermanas en un mismo destino.”

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Río Torres, San José (1898). Cuando las aguas del Río Torres eran cristalinas y un destino popular de recreación para las familias de finales del siglo XIX.

Fotógrafo no identificado



LOS RÍOS QUE ESPERAN DESPERTAR

Hay un sonido en el fondo de nuestra memoria que hemos aprendido a silenciar, pero que nunca ha dejado de latir. Es el rumor sordo del agua corriendo sobre las piedras,

el murmullo fresco que un día definió el trazado exacto de nuestro valle antes de que el concreto decidiera imponer su propia geometría. Cuando uno camina hoy por el centro de San José, por las avenidas abarrotadas de prisa y asfalto, es fácil olvidar que esta capital nació abrazada por el agua. Nacimos entre ríos generosos —el María Aguilar, el Torres, el Virilla— que cruzaban el paisaje como hilos de plata, marcando los límites de los huertos, refrescando los atardeceres y cantándole al oído a una aldea que soñaba con ser grande.

Sin embargo, en nuestro afán por modernizarnos, por encauzar el progreso bajo los cánones de la eficiencia mecánica, cometimos el peor de los errores urbanísticos: convertimos nuestros ríos en cloacas invisibles. Los ocultamos bajo losas de concreto, los empujamos al fondo de los guéstes profundos, les dimos la espalda y los transformamos en el patio trasero de nuestra indiferencia.

Richard solía detenerse al borde de esos abismos urbanos —esos puentes donde uno solo asoma la mirada para ver el agua gris y cansada— y suspiraba con una mezcla de tristeza y rabia contenida. Él recordaba que los fundadores de nuestra ciudad eligieron este valle precisamente por el agua. El agua era la vida, la salud, el punto de encuentro donde las lavanderas compartían las noticias del día y los niños aprendían a pescar guapotes bajo la sombra de los poróes. Al enterrar los ríos, al convertirlos en desagües silenciosos, no solo contaminamos el cauce físico; contaminamos también nuestro propio espíritu cívico.

Porque hay una correspondencia directa entre cómo tratamos el agua de nuestra tierra y cómo tratamos nuestras propias emociones. Una sociedad que entierra sus ríos es una sociedad que entierra su propia sensibilidad. Nos hemos acostumbrado a vivir sobre un sistema circulatorio herido, ignorando que el agua sigue buscando su camino, rompiendo el cemento

en silencio, recordándonos que la naturaleza no se destruye con decretos, sino que simplemente se repliega, paciente, esperando el día en que decidamos escucharla de nuevo.

Este capítulo es el punto de inflexión. Entramos en la Fase de Sanación. Y sanar la ciudad significa tener la valentía de restaurar los vínculos rotos. Y el vínculo más urgente, el más sanador de todos, es devolverle a los ríos su dignidad.

La visión de transformar las cuencas olvidadas de nuestra capital en corredores biológicos y pulmones verdes no es una ocurrencia de ecologistas románticos; es una necesidad vital de supervivencia humana. Es la oportunidad de integrar la vocación ecológica de Costa Rica — esa bandera verde que con tanto orgullo agitamos ante el mundo— directamente en el corazón de nuestra cotidianidad urbana. ¿De qué sirve proteger los bosques lejanos si permitimos que el corazón fluvial de nuestra propia capital agonice en la oscuridad?

Imaginemos por un momento lo que significaría recuperar esos espacios. Imaginar no los ríos convertidos en canales de cemento técnico, sino en corredores de vida donde vuelvan

a cantar los pájaros carpinteros, donde la brisa de la tarde traiga el olor a tierra mojada y a guadua, y donde el peatón, al cruzar un puente, pueda detenerse a mirar el agua limpia y transparente, reconociendo que la ciudad también puede ser un refugio

natural. Aquí, el Reto también es de inspirar, y demostrar que el progreso y la ecología no son opuestos, sino la misma cara de una moneda llamada respeto.

Richard lo visualizaba en sus últimos escritos con una claridad deslumbrante. Él decía que el futuro de la arquitectura costarricense no dependería de cuántos pisos más lograríamos levantar hacia el cielo, sino de cuánta naturaleza seríamos capaces de integrar al nivel del suelo.

Decía que un edificio verdaderamente inteligente es aquel que purifica el aire que respira, que deja que el agua de lluvia regrese limpia a su cauce, y que le regala al transeúnte la sombra de un árbol nativo en lugar del reflejo ciego de una placa de acero.

Al adentrarnos en esta visión, debemos entender que los ríos que esperan despertar son también nuestros propios afectos adormecidos. Al limpiar el río, limpiamos el paisaje; al limpiar el paisaje, calmamos la mente; y al calmar la mente, volvemos a encontrarnos con el vecino como un aliado y no como un extraño. La naturaleza urbana es el pegamento social que nos devuelve la medida de las cosas.

En las siguientes páginas de este capítulo, exploraremos cómo podemos iniciar este renacimiento verde, no como una utopía inalcanzable, sino como un compromiso moral que cada familia, cada barrio y cada comunidad puede empezar a tejer desde hoy. Porque la ciudad del futuro no será aquella que separe al hombre de la tierra, sino aquella que, por fin, se atreva a pedirle perdón al agua y le permita volver a casa.

LA MEMORIA LÍQUIDA DEL VALLE

Para entender la verdadera dimensión de lo que perdimos al darle la espalda a los ríos, debemos volver la mirada a los días en que el

Valle Central era apenas un tejido de huertos, casonas de adobe y caminos de tierra donde el polvo se levantaba al paso de las carretas con bueyes. En aquel entonces, la traza de la ciudad no la dictaban los ingenieros de tráfico ni los especuladores inmobiliarios, sino la caprichosa y sabia geografía del agua. Los ríos no eran obstáculos que debían ser puentes obligatorios o estorbos que había que canalizar; eran el corazón palpitante que organizaba la vida comunitaria.

Richard estudió los mapas antiguos de San José con una fascinación casi devota. Señaló cómo cada barrio histórico de nuestra capital había nacido junto a una fuente, a una quebrada o al margen protector de un río caudaloso. El agua dictaba dónde se sembraba el café, dónde se establecían los molinos y, sobre todo, dónde se congregaban las familias. Las riberas del río María Aguilar o del Torres cumplían una función social que ninguna plaza moderna ha logrado replicar: eran el gran punto de encuentro democrático. Allí acudían las lavanderas con sus bateas, los niños que salían de la escuela para buscar guapotes y renacuajos bajo la sombra protectora de los poróes y los eucaliptos, y los vecinos que se

detenían al atardecer a intercambiar noticias y pesares mientras el sol teñía el agua de un dorado profundo.

Esa era la memoria líquida del valle. Una memoria que no estaba escrita en libros de historia, sino grabada en el sonido constante de la corriente golpeando las piedras lustrosas. El agua tenía voz, tenía presencia, tenía un ritmo que sintonizaba con el pulso de quienes habitaban la tierra. Cuando una familia construía su casa cerca de la cuenca, sabía que debía guardar respeto por el cauce. Había una intuición ancestral que nos recordaba que el agua es un invitado poderoso: se le cede espacio, se le cuida, se le permite respirar porque, si se le arrincona, tarde o temprano reclamará lo que es suyo.

Lo trágico de nuestra modernización urbana es que perdimos esa sensibilidad auditiva y visual. Empezamos a ver el río no como una fuente de vida, sino como un canal de desagüe conveniente. A medida que la población creció y la ciudad se expandió bajo la premisa de la eficiencia mecánica, las quebradas comenzaron a recibir los desechos de una sociedad que prefería ocultar lo que le molestaba. Lo que no se ve, no duele; bajo ese lema cínico, fuimos confinando los ríos a la oscuridad. Los empujamos al fondo de barrancos profundos, construimos puentes cada vez más altos para cruzarlos sin tener que mirarlos, y finalmente, en muchos tramos, los sepultamos bajo planchas de concreto y asfalto.

Al enterrar el agua, enterramos también una parte fundamental de nuestra identidad sensorial. ¿Cómo puede un habitante sentirse conectado con su tierra si el único sonido que domina su día es el claxon impaciente del automóvil y el zumbido eléctrico de los aires acondicionados? Hemos sustituido el rumor fresco de la corriente por el ruido estéril de la velocidad. Y en ese proceso de sustitución, nos hemos vuelto más solitarios, más frágiles y más desconectados del ritmo natural que nos da origen.

El Reto de la Memoria nos exige rescatar ese pasado fluvial, no por una nostalgia inútil de postal antigua, sino porque necesitamos recuperar el equilibrio. Richard escribió en sus cuadernos de campo una frase que resume esta urgencia:

“Una ciudad que olvida el sonido de sus ríos es una ciudad que padece de insomnio espiritual; busca en el ruido artificial lo que solo el agua fresca puede calmar”.

Y es cierto. Hay una paz inigualable en sentarse a la orilla de un río limpio, una sensación de pertenencia que nos recuerda que somos parte de un ciclo mucho mayor que nuestras pequeñas preocupaciones cotidianas.

Recuperar la memoria líquida del valle significa volver a enseñar a las nuevas generaciones que el agua no nace en el tubo de PVC ni llega por milagro a la llave de la cocina. Nace en las faldas de nuestras montañas sagradas, recorre los bosques nubosos, desciende por los cauces urbanos y desemboca en el mar, cargando consigo la historia de todo lo que tocamos a su paso. Si el agua está enferma, si el río está encarcelado en un tubo de concreto, nuestra propia salud cívica y emocional se resiente.

Por eso, esta primera etapa de nuestra sanación urbana debe comenzar por admitir el error histórico. No podemos seguir viviendo de espaldas al agua. Cada vez que caminamos por una calle josefina y cruzamos un puente sobre un abismo gris y maloliente, debemos sentir la urgencia de cambiar el rumbo. Esa herida abierta en el paisaje urbano es la prueba de que nuestro desarrollo se construyó sobre la base de la dominación de la naturaleza y no sobre su integración.

La buena noticia es que, a diferencia de los edificios históricos que ya fueron demolidos y cuyos escombros se convirtieron en polvo imposible de recuperar, los ríos siguen ahí abajo. Siguen fluyendo, a oscuras, bajo el asfalto, latiendo con una paciencia infinita, esperando el día en que decidamos romper el cemento y devolverles la luz del sol. El agua no nos ha abandonado; somos nosotros los que la hemos abandonado a ella. Y sanar esa relación es el primer gran paso para devolverle a nuestra capital un rostro humano y viviente.

EL ENTIERRO DE LAS VENAS

Hay una violencia sutil en la manera en que una sociedad decide esconder lo que le incomoda. A medida que San José crecía a

lo largo del siglo XX, empujada por una fiebre de modernización mal entendida que confundía el pavimento con la civilización, los ríos del valle pasaron de ser el centro de la vida comunitaria a convertirse en un inconveniente técnico. Los ingenieros de la época, enamorados de la línea recta y de la estéril eficiencia del cemento, miraron los cauces serpenteantes de nuestras quebradas no con los ojos de quien admira un regalo de la tierra, sino con la fría calculadora de quien busca optimizar el terreno para la especulación y el tráfico de vehículos.

El proceso de entierro fue implacable. Primero se talaron los árboles de las riberas, quitándoles la protección natural que refrescaba el agua y retenía la tierra. Luego, sus orillas fueron invadidas por construcciones improvisadas y por los desagües directos de una ciudad que crecía sin planificación ambiental. Y finalmente, cuando el problema olía mal o estorbaba para trazar una nueva avenida, se optó por la solución más cobarde: ponerles una losa encima, canalizarlos entre tubos gigantes de concreto armado y borrar su existencia de la superficie visual de la capital.

Cuando Richard caminaba por las calles de San José, hacía nota sobre estas cicatrices invisibles de despojo. En sus apuntes póstumos, él reflexionaba con dolor sobre cómo habíamos transformado los ríos en cloacas silenciosas.

Al confinar el agua en tubos de cemento, no la estamos controlando; estamos secuestrando el alma misma del paisaje. Un río entubado es una herida gangrenada que late bajo nuestros pies, recordándonos todos los días, con cada inundación y con cada colapso, que la naturaleza no se deja doblegar por la soberbia humana.

“Hemos cometido el error imperdonable de creer que lo que se oculta bajo la tierra deja de existir”

Esta arquitectura de la ocultación tuvo un impacto psicológico profundo en el habitante urbano. Cuando los niños de las generaciones pasadas

crecían jugando a la orilla de una quebrada limpia, aprendían de manera intuitiva el valor del ciclo vital; veían que el agua limpia se ensuciaba si no se cuidaba, y comprendían que sus acciones tenían una repercusión directa en el entorno. Al desaparecer los ríos de la superficie, perdimos esa lección elemental de causa y efecto. Nos convertimos en una sociedad que produce desechos sin ver a dónde van, que consume recursos sin entender de dónde vienen y que habita una ciudad flotando sobre un sistema circulatorio colapsado que preferimos ignorar.

La pérdida no es solo ecológica; es profundamente social y afectiva. Las riberas de los ríos eran los espacios naturales donde la frontera entre los barrios se difuminaba. Eran los lugares de la aventura infantil, del romance furtivo de los jóvenes bajo el amparo de los guarumos, de la contemplación solitaria de un anciano que encontraba en el murmullo del agua un bálsamo para sus dolencias. Al sepultar los cauces bajo planchas de asfalto y estacionamientos, rompimos los cordones umbilicales que unían los vecindarios. Dejamos el espacio público reducido a la calle gris y al callejón estrecho, donde el único amo y señor es el automóvil.

Es desgarrador caminar hoy por sectores donde antes fluían aguas cristalinas y encontrarse únicamente con planchas de concreto agrietadas, sobre las cuales transita una marea de personas que caminan con la mirada fija en el suelo o en una pantalla, ajenas por completo al torrente oscuro y prisionero que corre a pocos metros bajo sus zapatos. La ciudad se volvió sorda a su propio subsuelo. Cada vez que llueve con fuerza en el Valle Central, la tragedia se repite: el agua, negada de su espacio natural, busca desesperadamente salir a la superficie, inundando calles, derribando muros y cobrando factura por décadas de desprecio institucional y ciudadano.

Ese desborde no es un capricho de la meteorología; es la memoria del río exigiendo su derecho a existir. Es la naturaleza recordándonos que los atajos de la ingeniería moderna no pueden borrar las leyes fundamentales del planeta. Y sin embargo, en lugar de escuchar ese grito líquido, la respuesta tradicional ha sido construir canalizaciones más grandes, muros más altos y túneles más profundos, persistiendo en el error de

querer doblegar lo que solo puede salvarse mediante el entendimiento y el respeto.

Miremos hacia abajo con valentía. Sanar nuestra relación con la capital pasa inexorablemente por reconocer este entierro masivo. No podemos llamarnos una sociedad respetuosa del medio ambiente, ni podemos aspirar a legar una patria digna a las nuevas generaciones, si seguimos tratando a nuestros recursos hídricos urbanos como simples tuberías de desagüe. El primer paso hacia la sanación es mental y moral: debemos admitir la culpa colectiva de haber silenciado las venas de nuestra tierra.

Mientras no asumamos que la salud de nuestro hogar depende directamente de la salud de nuestros ríos, seguiremos viviendo en una ilusión de bienestar que se derrumba con el primer aguacero fuerte de la estación lluviosa. La verdadera arquitectura del futuro no es aquella que esconde la naturaleza para ganar metros cuadrados de construcción, sino aquella que se subordina a la ecología, abriendo espacio para que la vida vuelva a circular con libertad. Ese descubrir que devolverle la luz a nuestros ríos es, en realidad, devolverle la luz a nuestro propio porvenir.

LOS CORREDORES DE LA ESPERANZA

Si el diagnóstico de la herida nos ha obligado a mirar de frente nuestra propia negligencia, la respuesta no puede ser el lamento estéril, sino la

audacia de la transformación. Llegados a este punto de nuestra travesía, el Reto de la Memoria nos exige cambiar el compás: pasar de la nostalgia por lo que se destruyó a la responsabilidad creativa de lo que todavía podemos rescatar. Y el proyecto más urgente, hermoso y transformador que tiene ante sí nuestra capital es, sin duda, la recuperación de sus cauces fluviales para convertirlos en corredores biológicos y pulmones verdes.

En el urbanismo contemporáneo más avanzado del mundo, un concepto ha ganado terreno con la fuerza de una revelación: el proceso de devolverle la luz a los ríos ocultos, conocido técnicamente como daylighting. No se trata de una utopía romántica descabellada, sino de una necesidad de supervivencia civilizatoria. Consiste en romper con inteligencia las

losas de concreto que aprisionan los cauces, retirar los tubos opresores y permitir que el agua vuelva a respirar bajo el sol del Valle Central. Es un acto de liberación urbana que rediseña por completo la lógica de la ciudad, sustituyendo la tiranía del asfalto por la generosidad de la ecología.

Richard solía plasmar en sus cuadernos de trabajo esquemas audaces donde imaginaba el centro de San José no como una plancha de cemento homogénea, sino como un archipiélago verde atravesado por venas de agua cristalina. Él defendía con pasión la idea de que la verdadera modernidad de una capital latinoamericana no se mide por la cantidad de rascacielos espejados que pueblan su horizonte, sino por la salud y la accesibilidad de sus ecosistemas urbanos.

“Un río restaurado en medio de la ciudad” — escribía en uno de sus ensayos póstumos más lúcidos— “es el indicador más fiel de nuestra madurez como sociedad; demuestra que hemos superado la necesidad infantil de dominar la naturaleza y hemos aprendido el arte adulto de convivir con ella”.

Imaginar estos corredores biológicos urbanos implica alterar nuestra forma de transitar y habitar el espacio. Significa que las riberas de los ríos María Aguilar o el Torres dejen de ser vertederos marginales para convertirse en parques lineales, en senderos peatonales

sombreados por árboles nativos como el poró, el gallito y la cañafistula. Significa que el ciudadano, en lugar de caminar junto a una tapia gris y hostil que despidе el humo de los automóviles, pueda descender un par de metros y encontrarse con un refugio de biodiversidad: un espacio donde vuelvan a anidar las aves, donde las mariposas crucen de un extremo a otro de la ciudad y donde el murmullo del agua compita amablemente con el bullicio del tráfico.

Este giro ecológico tiene un profundo impacto en la salud mental del habitante urbano. Vivimos saturados por la geometría estricta del cemento, por las líneas rectas, por las superficies duras que reflejan el calor y la estridencia. El cerebro humano, moldeado por milenios de evolución en contacto directo con los bosques y las riberas, sufre en silencio dentro de esta geometría aséptica. Introducir un corredor verde a lo largo de un río recuperado es devolverle al ciudadano un oasis de calma sensorial. Es

ofrecerle un espacio de descompresión donde la vista pueda descansar en el verde de las hojas y el oído pueda sintonizar con el compás natural de la corriente.

Además, estos pulmones verdes cumplen una función social que trasciende la ecología: actúan como grandes articuladores democráticos. A diferencia de los clubes privados o las urbanizaciones cerradas de las que hablábamos, un parque lineal a la orilla de un río restaurado pertenece por definición a todos. Es el espacio público en su máxima expresión, donde no importan las credenciales ni el estatus socioeconómico; allí, el aire fresco, la sombra del árbol y el espectáculo del agua limpia son un patrimonio compartido. Es la calle devuelta a su vocación más noble: el encuentro igualitario entre vecinos que comparten un mismo territorio.

Llevar a cabo esta visión requiere que abandonemos la falsa dicotomía de que la naturaleza y la ciudad son enemigas irreconciliables. Durante décadas, se nos hizo creer que para construir ciudad había que erradicar el bosque y encauzar el río. Hoy sabemos que esa fórmula no solo es ecológicamente desastrosa, sino humanamente empobrecedora. Una ciudad inteligente es aquella que funciona como un bosque artificial: un sistema donde cada residuo se convierte en recurso, donde la energía se aprovecha con sabiduría y donde el agua circula limpiando y nutriendo el tejido urbano en lugar de destruirlo en tiempos de invierno.

Cuando comenzamos a planificar la ciudad alrededor de sus ríos, la arquitectura misma se transforma. Los edificios ya no le dan la espalda al cauce para arrojar en él sus culpas; por el contrario, se orientan hacia el agua, abren sus ventanales hacia el corredor verde, diseñan terrazas que miran al parque lineal y participan activamente en la protección del entorno. La fachada ya no es una muralla defensiva contra un exterior peligroso, sino una ventana abierta a un paisaje recuperado y compartido.

Este es el verdadero sentido de la sanación urbana que proponemos en esta fase de nuestro viaje. No se trata de borrar el pasado industrial o comercial de San José, sino de injertar en él la savia de la naturaleza. Los ríos que esperan despertar son, en realidad, la oportunidad de oro que

nos otorga el presente para reescribir nuestro contrato con la tierra. Si somos capaces de devolverles la luz a esos cauces sepultados, estaremos demostrando que nuestra memoria colectiva no es un cementerio de nostalgias, y que todavía conservamos la valentía necesaria para legar a las futuras generaciones una capital viva, respirable y profundamente humana.

CUANDO EL AGUA VUELVE A CASA

Al final de cuentas, la batalla por recuperar nuestros ríos urbanos no trata únicamente de ingeniería hidráulica, de ecología aplicada o de la reconversión de espacios públicos. Es, en su nivel más profundo, un ejercicio de reencuentro espiritual con nosotros mismos. Durante demasiado tiempo hemos creído que el progreso consiste en imponernos sobre el entorno, en levantar muros más altos, en pavimentar con mayor eficiencia y en enterrar aquello que nos recuerda nuestra vulnerabilidad. Pero la tierra tiene sus propias leyes, y la memoria del agua, por más que intentemos silenciarla bajo capas de cemento, persevera en la oscuridad.

En sus últimos años, Richard veía que el mayor peligro que enfrentaba nuestra sociedad no era la escasez de recursos, sino la sequía de la sensibilidad. Él observaba cómo nos habíamos vuelto expertos en calcular costos y beneficios, pero habíamos olvidado por completo cómo medir el valor de un atardecer reflejado en el agua limpia, la paz de escuchar el canto de un pájaro a la orilla de un cauce vivo, o el orgullo simple de pertenecer a un valle que nos acoge sin condiciones.

“Un pueblo que pierde la capacidad de emocionarse ante la naturaleza herida” — escribía con una mezcla de advertencia y esperanza— “pierde también la capacidad de defender su propia dignidad. Porque quien no sabe amar el río que lo alimenta, difícilmente sabrá amar a sus semejantes”.

Sanar los ríos de nuestra capital es, por tanto, el acto de sanación más revolucionario que podemos emprender en este siglo XXI. Es la oportunidad de pasar de ser inquilinos temerosos en una ciudad de concreto a convertirnos en custodios orgullosos de un territorio vivo. Cuando imaginamos

el día en que las losas de asfalto cedan el paso a la luz, cuando veamos las primeras quebradas renacidas convertidas en corredores de encuentro donde las familias caminan sin miedo y los niños descubren de nuevo la magia de la biodiversidad urbana, sabremos que hemos roto el hechizo de la indiferencia.

Este capítulo sobre las aguas ocultas nos deja una certeza inquebrantable: no estamos derrotados mientras conservemos la voluntad de escuchar lo que yace bajo nuestros pies. Los ríos que esperan despertar son la prueba viviente de que el futuro de nuestra capital no está escrito en las previsiones frías de la especulación inmobiliaria, sino en la generosidad de nuestras convicciones. Si somos capaces de devolverle la libertad al agua, habremos demostrado que nuestra memoria colectiva tiene la fuerza suficiente para transformar el gris del asfalto en el verde luminoso de la esperanza.

El cauce está ahí, latiendo en silencio, esperando que nos atrevamos a romper el silencio. Y cuando ese día llegue, cuando el agua vuelva a correr limpia bajo el sol de nuestro valle, la ciudad entera levantará la mirada y reconocerá, por fin, el rostro amable de su propia historia

Capítulo 9

EL VALOR DE LO NUESTRO

“La verdadera arquitectura de un pueblo se erige con la argamasa invisible de sus costumbres, sus silencios y su manera de mirar al otro. Perder un edificio histórico es una tragedia innegable; pero perder la cortesía, la empatía y la paz que lo habitaban, es asistir a la desaparición de la patria misma.”

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.



Día de la Independencia, San José (1973). El antiguo Estadio Nacional de Costa Rica, un testigo de concreto que vio nacer grandes hazañas desde su inauguración en 1924.



Foto por el Fotógrafo Mario Roa

EL PATRIMONIO INVISIBLE Y LA GEOGRAFÍA DEL ALMA

Hemos dedicado los capítulos anteriores a recorrer las calles de nuestra memoria física. Hemos llorado la madera que el fuego y el tiempo se llevaron, hemos cuestionado las frías torres de cristal que hoy nos aíslan, y hemos

bajado la mirada para pedirle perdón a los ríos que, desde la oscuridad, siguen sosteniendo nuestro valle. Todo ese recorrido era necesario para entender el escenario en el que nos movemos. Pero un escenario, por más hermoso o herido que esté, carece de sentido si no entendemos a los actores que lo habitan. Al entrar en esta fase de sanación, debemos dar un paso más allá del urbanismo y adentrarnos en el territorio más complejo, frágil y fascinante de todos: la arquitectura del costarricense, el alma tica.

Si mañana, por un capricho del destino o por la fuerza implacable de la naturaleza, perdiéramos todo lo que hemos construido... si los muros cayeran y las carreteras se borrarán, ¿qué nos quedaría? Nos quedaría nuestro “patrimonio invisible”. Nos quedaría nuestra forma de ser, nuestra idiosincrasia, esa manera tan particular que tenemos de habitar el mundo y de relacionarnos con el dolor, con la alegría y con el prójimo.

Richard, había entendido que no se puede diseñar una casa para un costarricense sin antes entender quién es ese costarricense. La arquitectura no es un molde en el que se mete a la gente a la fuerza; es, o debería ser, el guante que se adapta a la mano de una cultura. Por eso, para rescatar el valor de lo nuestro, el primer paso no es ir a buscar tejas antiguas o técnicas de adobe olvidadas. El primer paso es mirarnos al espejo, sin complejos y sin mitos, para redescubrir quién es realmente el tico. Y para encontrar esa respuesta, debemos mirar a la tierra que nos vio nacer.

HIJOS DEL VALLE: LA GEOGRAFÍA QUE MOLDEÓ NUESTRO ESPÍRITU

Hay una ley no escrita en la historia de las civilizaciones que dicta que el paisaje modela el temperamento de sus hijos con la misma paciencia con la que el agua pule la piedra. Los pueblos que nacen en desiertos

abrasadores desarrollan un carácter nómada, austero y feroz. Los que habitan las tundras heladas forjan un espíritu de resistencia estoica frente a la muerte constante. Pero, ¿qué pasa con un pueblo que nace en un valle abrazado por montañas azules, donde la tierra es tan fértil que basta con dejar caer una semilla para que brote la vida, y donde el clima no conoce los extremos mortales del invierno crudo ni del verano calcinante?

Pasa que nace el costarricense. Somos, antes que cualquier otra cosa, hijos de una geografía amable. El Valle Central, con su anillo protector de cerros y volcanes, funcionó durante siglos como una inmensa cuna. Los primeros pobladores de nuestra historia moderna no tuvieron que construir murallas ciclópeas para defenderse de invasores masivos, ni tuvieron que diseñar arquitecturas subterráneas para sobrevivir a tormentas de nieve. La naturaleza aquí no era un enemigo a vencer; era una madre pródiga que proveía. El frío se curaba con un buen abrigo de lana y un café caliente, y el calor se disipaba bajo la sombra de un higuerón o con la brisa que bajaba de la montaña por las tardes.

Esta “eterna primavera” en la que hemos vivido inmersos forjó un temperamento templado. Al no tener que luchar a muerte contra el entorno, el costarricense desarrolló una personalidad pacífica, enemiga de la confrontación y profundamente apegada a la tranquilidad. El mito del “labriego sencillo” no es un invento publicitario; es la consecuencia directa de una tierra que premiaba el trabajo constante y silencioso por encima de la épica militar. Nuestra grandeza histórica nunca residió en la monumentalidad. No construimos grandes pirámides imperiales ni palacios desproporcionados, porque nuestra escala siempre fue la escala del afecto humano. La grandeza del tico se midió siempre en su capacidad para abrir la puerta de su casa, ofrecer un plato de comida al forastero y resolver las diferencias hablando, sentados en un corredor, mientras la tarde caía.

Sin embargo, toda luz proyecta una sombra, y la geografía de nuestro valle no es la excepción. Esa misma protección montañosa que nos salvó de las grandes guerras y nos regaló la paz, también nos inculcó una semilla que, con el tiempo, ha demostrado ser peligrosa: el conformismo.

Al vivir en un entorno donde las crisis climáticas extremas son raras, donde la tierra siempre perdona y donde el relieve nos aísla del resto del continente, desarrollamos la falsa ilusión de que “aquí nunca pasa nada”. El tico se acostumbró a pensar que los problemas graves siempre le ocurren a los demás, en otras latitudes, más allá de nuestras montañas. Ese temperamento pacífico, llevado al extremo, se transformó en una complacencia silenciosa. Huimos tanto del conflicto, nos aterra tanto la confrontación directa, que a menudo preferimos tolerar lo intolerable con tal de no alterar la paz del momento.

Es aquí donde encontramos la explicación psicológica a muchas de las tragedias urbanas que discutimos en los capítulos anteriores. ¿Por qué permitimos que se demoliera nuestro patrimonio arquitectónico con tanta facilidad? ¿Por qué dejamos que nuestros ríos se convirtieran en cloacas sin levantar la voz en una protesta unánime? ¿Por qué aceptamos vivir en “cajas de cristal” desconectadas de nuestra identidad? La respuesta duele, pero es necesaria: porque confrontar al “progreso” implicaba un pleito, implicaba pelear con el sistema, con el político, con el desarrollador, y el costarricense, en su afán de evitar el roce áspero, prefirió mirar hacia otro lado. Preferimos usar un diminutivo para suavizar la tragedia: “botaron la casita”, “ensuciaron el riachuelo”, “hay un problemita en la ciudad”.

Nuestro lenguaje es el mapa más exacto de nuestra psicología. Usamos los diminutivos no solo por cariño, sino como un mecanismo de defensa, como una arquitectura verbal de mitigación. Acolchonamos las palabras para que la realidad no nos golpee con tanta dureza. No decimos un

“no” rotundo que pueda ofender; decimos “ahorita vemos”, “yo le aviso”, “tal vez más luego”. Esa evasión del conflicto directo es hermosa cuando se trata de mantener la armonía vecinal, pero es profundamente destructiva cuando se trata de defender el legado de una nación.

Richard entendía perfectamente esta dualidad de nuestra “arquitectura del alma”. Él amaba la paz del tico, admiraba su capacidad para el consenso y su rechazo a la violencia, pero detestaba profundamente la pasividad. Él advertía que la paz no es la ausencia de acción, sino la acción consciente orientada al bien común.

En uno de sus escritos más reveladores, señalaba que el costarricense había confundido el ser “pacífico” con ser “pasivo”.

El verdadero Pura Vida, ese que nació de los abuelos, era una expresión de gratitud inmensa ante la vida, una celebración de estar vivos en una tierra bendita. Pero el Pura Vida moderno, el que hemos adoptado en las últimas décadas, se ha deformado hasta convertirse en un escudo para la irresponsabilidad, en un encogimiento de hombros que dice “no importa, déjelo así”, mientras nuestra historia se desmorona frente a nuestros ojos.

Sanar nuestra identidad, que es el objetivo primordial de esta fase del libro, nos exige despertar de este letargo montañoso. Nos exige entender que somos hijos del valle, sí, y que debemos sentirnos profundamente orgullosos de nuestra herencia pacífica. No queremos, ni necesitamos, convertirnos en una sociedad estridente, agresiva o dominada por la confrontación. Esa no es nuestra naturaleza. Pero sí necesitamos evolucionar hacia un “Pura Vida” valiente.

Necesitamos aprender que defender lo que es nuestro —nuestras calles, nuestra historia, nuestra forma de tratarnos— no es alterar la paz, sino garantizarla. El conformismo es una falsa paz que se paga muy cara en el futuro. Si el valle nos moldeó para ser de carácter templado, que ese temple no sea el del agua estancada, sino el del acero flexible: capaz de doblarse ante la adversidad, pero con la firmeza suficiente para no quebrarse cuando intentan arrebatarle su identidad.

Esa es la verdadera esencia de lo que somos. Detrás de nuestra aversión al conflicto se esconde una reserva moral de proporciones gigantescas. Lo hemos demostrado a lo largo de nuestra historia: cuando el costarricense siente que lo fundamental está en juego, cuando la amenaza es innegable y cruza la puerta de su casa, ese labriego sencillo se levanta con una fuerza que sorprende al mundo. El reto hoy es que no necesitamos esperar a que una amenaza armada o un cataclismo total nos despierte; la amenaza actual es silenciosa, es el olvido, es la pérdida gradual de nuestro patrimonio humano.

Reconocer que nuestra geografía nos ha hecho tanto amables como complacientes es el primer paso para tomar las riendas de nuestro destino. Porque solo cuando sabemos de qué barro estamos hechos, podemos decidir qué forma queremos darle a nuestra vida en común. Y hablando de

barro, es precisamente en los momentos en que la tierra, esta misma tierra amable que nos abraza, decide sacudirse y ponernos a prueba, cuando descubrimos de qué está hecho realmente nuestro espíritu colectivo.

En la próxima sección, abandonaremos la tranquilidad del valle para adentrarnos en las grietas del terremoto, y descubriremos cómo, paradójicamente, es en la tragedia donde el costarricense construye su obra arquitectónica más monumental y eterna: la solidaridad inquebrantable de nuestro espíritu de bahareque.

EL ESPÍRITU DE BAHAREQUE

Hay una dualidad poética y aterradora en la tierra que habitamos. El mismo Valle Central que nos arrulla con su clima

templado y nos protege con sus montañas, está asentado sobre un lecho de fallas geológicas. Somos un país que respira sobre el Cinturón de Fuego. Y así, de manera cíclica, la misma naturaleza que nos provee y nos invita a la complacencia, se encarga de sacudirnos con una violencia primordial. Es en esos instantes —cuando el suelo bajo nuestros pies deja de ser firme, cuando el cielo se rompe en temporales que desbordan los ríos, cuando la comodidad del siglo XXI colapsa de un segundo a otro— donde el costarricense revela su verdadera, y más monumental, arquitectura.

Para entender este fenómeno, debemos mirar de nuevo hacia el pasado, hacia la sabiduría de los constructores que nos precedieron. Antes de que la obsesión por el concreto armado y las vigas de acero dominara nuestro paisaje, nuestros abuelos construían con bahareque. El bahareque no era un material de prestigio; no tenía la solemnidad de la piedra europea ni la frialdad industrial del ladrillo importado. Era una técnica humilde, nacida de la tierra misma: un entramado de caña brava o bambú, amarrado con bejucos, y recubierto con una argamasa de barro, paja y, a veces, crin de caballo. A simple vista, parecía una estructura frágil, casi pobre. Pero encerraba una inteligencia estructural que la modernidad tardó décadas en comprender.

Cuando la tierra temblaba —y en Costa Rica, la tierra siempre tiembla—, las pesadas estructuras de mampostería rígida se agrietaban y colapsaban,

aplastando todo a su paso. La rigidez, ante la fuerza brutal del sismo, era una sentencia de muerte. El bahareque, en cambio, no peleaba contra la tierra; bailaba con ella. El entramado de caña le otorgaba una flexibilidad extraordinaria. Las paredes se movían, se sacudían, el barro podía agrietarse y caerse en pedazos, pero la estructura principal, el esqueleto entrelazado que sostenía el techo, se mantenía en pie. El bahareque no oponía resistencia ciega; se acomodaba a la sacudida para sobrevivir.

Richard veía en esta técnica constructiva la metáfora más exacta de la psicología costarricense. Nosotros somos, en el fondo de nuestra alma, un pueblo con espíritu de bahareque.

En tiempos de calma, bajo el sol amable del valle, podemos parecer blandos, dados a la evasión, temerosos de la confrontación directa e incluso peligrosamente conformistas, como vimos en la parte anterior. Pero cuando ocurre la tragedia, cuando el destino o la naturaleza nos golpean, esa misma falta de rigidez se convierte en nuestra mayor fortaleza. A diferencia de las sociedades estrictamente jerárquicas o profundamente individualistas que se quiebran bajo la presión del desastre (como el concreto rígido), la sociedad costarricense se flexibiliza, se entrelaza y resiste unida.

Pensemos por un momento en lo que ocurre cuando un terremoto o un huracán azota nuestro país. Es un fenómeno sociológico fascinante. En cuestión de minutos, las murallas invisibles que hemos levantado con tanto esmero —las diferencias de clase social, las disputas políticas, los muros de los condominios cerrados— se derrumban. Cuando la electricidad falla y los portones eléctricos se atascan, el habitante del siglo XXI se ve obligado a salir a la calle. Y allí, en la acera agrietada o bajo la lluvia incesante, ocurre el milagro de nuestra identidad: el vecino que lleva meses sin saludar, de repente se acerca con una linterna; la señora de la esquina saca un termo con café para los que están limpiando escombros; las familias abren las puertas de sus casas para resguardar a quienes han perdido el techo.

Ese es nuestro verdadero patrimonio monumental. En la tragedia, el tico no necesita un manual de instrucciones para ser solidario; la empatía

brota con la misma fuerza con la que el agua brota de la tierra. La frase “pase adelante, aquí hay campo” se convierte en la doctrina nacional. En esos momentos de oscuridad, el costarricense no espera a que el Estado le resuelva todo mágicamente; agarra una pala, forma cadenas humanas para pasar baldes de agua, organiza recolectas en los parques de los pueblos y envía camiones llenos de víveres a lugares que ni siquiera sabe ubicar bien en el mapa, solo porque sabe que allá hay compatriotas sufriendo.

Richard documentaba esto con una admiración que rayaba en la devoción. Él sostenía que el esfuerzo por preservar los edificios históricos era vital, sí, pero que la verdadera joya de la corona de Costa Rica era esta red invisible de apoyo mutuo.

“La arquitectura antisísmica más avanzada que posee esta nación no está en los cimientos de sus torres, sino en el corazón de su gente”.

Si logramos sobrevivir como nación, no será por el grosor de nuestras paredes, sino por la fuerza con la que estamos entrelazados los unos con los otros, exactamente igual que la caña y el bejuco dentro del barro.

Esta resiliencia colectiva es nuestro gran tesoro. Es la demostración palpable de que, a pesar del estrés moderno y del aislamiento que nos imponen las pantallas y las urbanizaciones cerradas, el gen de la comunidad sigue vivo en nuestro interior. No somos individualistas por naturaleza; el individualismo es un traje importado que nos hemos puesto porque nos dijeron que así lucía el progreso. Pero cuando la situación apremia, el traje se rompe y debajo aparece, intacto, el labriego solidario.

Sin embargo, este espíritu de bahareque esconde también una paradoja dolorosa, y es aquí donde el Reto de la Memoria nos lanza su advertencia más severa:

¿Por qué tenemos que esperar a que ocurra una catástrofe para acordarnos de que somos hermanos?

Somos gigantes en la adversidad, pero nos hacemos pequeños en la prosperidad. Cuando el río vuelve a su cauce, cuando la tierra deja de temblar y la electricidad regresa, la magia se disipa. Volvemos a encerrarnos tras nuestros muros, volvemos a ignorar al vecino, volvemos a pitar con desesperación en el tráfico y a quejarnos de la ciudad sin mover un dedo para arreglarla. El bahareque emocional que nos salvó durante la noche, se endurece y se enfría con la luz del día.

La sanación que buscamos no requiere que deseemos nuevas tragedias para volver a sentirnos unidos. El verdadero reto del costarricense en este siglo no es sobrevivir al próximo sismo, sino aprender a vivir con esa misma intensidad solidaria durante los tiempos de paz. ¿Qué pasaría si aplicáramos esa misma empatía, esa misma capacidad de hacer equipo y de abrir la puerta, para rescatar un parque abandonado? ¿Qué pasaría si la misma energía que usamos para enviar víveres a una zona de desastre la usáramos para exigir, pacífica pero firmemente, que nuestras calles vuelvan a ser caminables, que nuestros ríos sean limpiados, que nuestro patrimonio histórico sea respetado?

Si logramos mantener despierto nuestro espíritu de bahareque todos los días del año, la ciudad y el país entero se transformarían. Aprenderíamos a ceder el paso no solo por emergencia, sino por cortesía. Aprenderíamos a escuchar al otro antes de juzgarlo. Aprenderíamos que el “Pura Vida” verdadero es aquel que se compromete con el bienestar común, que entiende que mi tranquilidad solo es sostenible si mi vecino también está tranquilo.

Debemos aferrarnos a este rasgo de nuestra identidad con orgullo. No hay edificio de cristal, por más alto que llegue, que tenga el valor del barro que unió a nuestros abuelos. Y al mismo tiempo, debemos estar vigilantes, porque si bien la tragedia saca a relucir nuestra mejor arquitectura humana, la cotidianidad, el roce diario y la vida urbana moderna la están desgastando en silencio. Hemos dejado de saludarnos, hemos sustituido la tertulia en el zaguán por el mensaje de texto urgente, y hemos permitido que la prisa nos robe la cortesía.

Es precisamente sobre este desgaste del día a día, sobre la erosión de lo que llamamos “la arquitectura de la palabra y el trato”, de lo que

debemos hablar ahora. Porque si el bahareque nos enseña cómo resistir juntos cuando el mundo se cae, la cortesía diaria es la que nos enseña cómo convivir mientras el mundo sigue girando. Y ambas son piezas fundamentales de ese patrimonio invisible que no estamos dispuestos a perder.

LA ARQUITECTURA DE LA PALABRA

Si el espíritu de bahareque nos enseña cómo el costarricense se entrelaza para resistir el impacto de la tragedia, existe otra estructura,

mucho más sutil y cotidiana, que nos sostiene durante los tiempos de paz. Es una arquitectura que no utiliza madera, barro ni cemento, sino sonido, miradas y gestos. Hablamos del patrimonio invisible de nuestra cortesía, de la hospitalidad intrínseca que ha definido nuestra identidad durante siglos: la arquitectura de la palabra.

Para comprender la magnitud de este patrimonio, debemos observar cómo nuestros abuelos diseñaban el límite entre la casa y la calle. En la vivienda tradicional costarricense, la transición entre lo público y lo privado nunca fue un muro ciego ni una puerta blindada; fue el zaguán y el corredor. Estos espacios arquitectónicos eran, en su esencia, una declaración de principios sociales. El corredor, con sus mecedoras de madera y mimbre, no era simplemente un lugar para tomar aire; era la frontera porosa donde la familia se asomaba al mundo y donde el mundo era invitado a formar parte de la familia.

Uno se sentaba en el corredor al caer la tarde, no para aislarse, sino para estar disponible. Era la arquitectura de la presencia. Desde allí se veía pasar al vecino, se le saludaba con la mano, se le preguntaba por la salud de sus padres y, si la conversación se alargaba, surgía la invitación sagrada: “Pase adelante, tómese un cafecito”. Ese café no era una simple bebida para matar la sed o espantar el frío; era el cemento emocional que unía a la comunidad. Era un ritual de comunión que certificaba que, en esta tierra, el forastero y el vecino siempre tendrían un espacio en nuestra mesa.

Richard argumentaba que la idiosincrasia del tico, su amabilidad y su cortesía, funcionaban como el verdadero tejido conectivo del país. En sus reflexiones, solía decir que la palabra “Upe” —ese grito heredado de la colonia con el que anunciamos nuestra presencia en la puerta ajena— es uno de los elementos arquitectónicos más hermosos que poseemos. El “Upe” no es un timbre eléctrico que exige atención inmediata; es un llamado humilde, un ruego de permiso, una forma profundamente respetuosa de pedir entrada al refugio de otra persona. Es el reconocimiento de la dignidad del otro.

Sin embargo, el Reto de la Memoria nos obliga a mirar el presente con honestidad, y lo que vemos hoy es que esta arquitectura de la palabra está sufriendo un proceso de demolición silenciosa, mucho más devastador que la caída de cualquier edificio.

La ciudad moderna, con su obsesión por la eficiencia, la velocidad y la seguridad privada, nos ha ido robando sistemáticamente los

espacios de encuentro. Hemos cambiado el corredor abierto por el muro perimetral de tres metros de altura coronado con alambre de navajas. Hemos sustituido el zaguán de transición por el portón eléctrico que se abre con un control remoto y se cierra en quince segundos a nuestras espaldas. Hoy, el habitante de la ciudad llega del trabajo, entra con su automóvil directamente a la cochera techada, cierra el portón y entra a su casa sin haber tocado siquiera la acera. En ese trayecto esterilizado, la posibilidad del roce humano ha sido aniquilada.

Esta nueva configuración espacial nos ha empujado hacia un aislamiento psicológico profundo. Y con el aislamiento, ha llegado la prisa. El estrés moderno, alimentado por el tráfico asfixiante de nuestras avenidas y por las exigencias de un siglo hiperconectado digitalmente pero desconectado territorialmente, nos está volviendo huraños. La amabilidad, que solía ser nuestra marca de fábrica, empieza a percibirse como una pérdida de tiempo.

Caminar por las calles del centro de San José hoy en día es asistir a un ejercicio de evasión colectiva. Caminamos con la mirada clavada en la pantalla de un teléfono inteligente, sumergidos en un mundo virtual donde sabemos lo que ocurre al otro lado del océano, pero somos dolorosamente ignorantes del nombre de la persona que vive en la casa de al lado. Nos cruzamos en las aceras apretando el paso, evitando el contacto visual, asumiendo por defecto que el desconocido es una amenaza y no un posible

amigo. Hemos sustituido el “buenas tardes” por el silencio tenso; hemos cambiado la sonrisa de reconocimiento por la mirada de desconfianza.

En el tráfico, esta erosión del trato se vuelve aún más evidente. El automóvil, con sus vidrios polarizados y su habitáculo climatizado, se ha convertido en una armadura. Dentro de esa cápsula de metal, el tico pacífico y complaciente a menudo se transforma. La bocina reemplaza a la palabra, el insulto rápido sustituye al ceder el paso. El estrés de una ciudad que no fue diseñada para la cantidad de vehículos que hoy la asfixian, está corroyendo nuestra paciencia y nuestra tolerancia. El famoso “Pura Vida”, que antes era una filosofía de gratitud y hermandad, en medio de una presa se convierte a menudo en un comentario sarcástico, en un suspiro de resignación amarga.

Si permitimos que este desgaste continúe, si dejamos que el estrés de la vida moderna nos robe la cortesía y la capacidad de saludarnos, habremos perdido el corazón mismo de lo que significa ser costarricense. Porque, ¿de qué nos sirve reconstruir las fachadas históricas de nuestras ciudades o limpiar el cauce de nuestros ríos, si quienes caminan por esas aceras y cruzan esos puentes son ciudadanos que no se soportan entre sí? La infraestructura física puede restaurarse con presupuesto y cemento, pero la infraestructura cívica, una vez que se quiebra, requiere de un esfuerzo monumental para sanar.

Richard nos advirtió que una ciudad sin cortesía es apenas una máquina de supervivencia. Él creía firmemente que el acto de saludar al guardia del barrio, de darle los buenos días al panadero, de ceder el asiento en el autobús o de decir “muchas gracias” mirando a los ojos, no son simples reglas de etiqueta dictadas por la urbanidad anticuada; son, de hecho, los pilares de la salud mental de una nación. Cuando un ser humano saluda a otro en el espacio público, está validando su existencia. Le está diciendo: “Te veo, te reconozco, y respeto que compartimos este mismo pedazo de tierra”. Esa es la base de toda paz duradera.

La sanación que propone este capítulo no requiere de leyes aprobadas en la Asamblea Legislativa, ni depende de grandes inversiones del Estado. Es una restauración que comienza en la intimidad de nuestras decisiones

diarias. Rescatar la arquitectura de la palabra es un acto de rebeldía contra la deshumanización de la ciudad moderna. Es decidir, de manera consciente, que no vamos a ceder nuestra amabilidad ante el altar de la prisa.

Necesitamos volver a ser constructores de puentes sociales. Y los materiales para esa construcción son gratuitos y abundantes, solo hemos olvidado cómo usarlos. Es tan sencillo, y a la vez tan revolucionario, como atreverse a levantar la vista del teléfono mientras esperamos en la fila del supermercado y regalarle un “buenas” a quien tenemos al lado. Es entender que detrás de la ventanilla del banco o en la caja de la pulpería hay un compatriota que quizás está librando sus propias batallas, y que un trato cálido, un diminutivo bien usado —un “con mucho gusto”, un “que le vaya bonito”—, tiene el poder arquitectónico de sostener el espíritu de esa persona por el resto del día.

El patrimonio invisible de Costa Rica es esta red de afectos diarios. Si logramos frenar el desgaste, si decidimos que la cortesía no es una debilidad sino la mayor de nuestras fortalezas cívicas, entonces estaremos blindando verdaderamente nuestro futuro. Porque un país donde la gente se trata con respeto es un país que se vuelve invulnerable a la desesperanza.

Y es desde este reconocimiento, desde la urgencia de rescatar nuestra palabra y nuestro roce, que nos preparamos para dar el paso definitivo en nuestra sanación identitaria. Porque ya hemos visto cómo la geografía nos hizo pacíficos pero conformistas, y cómo la tragedia nos hace inmensos pero temporales; ahora, debemos enfrentar el reto mayor: cómo despertar de una vez por todas de ese letargo para defender nuestro legado, no con resignación, sino con un orgullo renovado y valiente. Ese despertar será el cierre de nuestra reflexión sobre el valor de lo nuestro, y la llave que nos abrirá la puerta para aprender a mirar el mundo con ojos nuevos.

DESPERTAR DEL LETARGO

Hemos recorrido las llanuras de nuestra geografía amable, hemos descendido a las fallas tectónicas de nuestra resiliencia y hemos caminado por las aceras donde

nuestra cortesía se desvanece. Si sumamos todas estas partes —nuestra aversión al conflicto, nuestra solidaridad intermitente y el desgaste de nuestra arquitectura de la palabra— nos encontramos frente al espejo con el reflejo de un pueblo hermoso, pero profundamente adormecido. El letargo es el enemigo más sigiloso de la identidad. No nos ataca con ejércitos ni con estruendo; nos va ganando terreno milímetro a milímetro, convenciendo a nuestra mente de que es mejor no hacer ruido, de que es más seguro no involucrarse, de que, al fin y al cabo, “así son las cosas”.

Pero la historia nos demuestra que “las cosas” no son de una manera inamovible; las cosas son como nosotros permitimos que sean. Y el gran reto que enfrentamos en esta fase de sanación nacional es aprender a sacudirnos esa complacencia sin traicionar nuestra esencia pacífica. Es la búsqueda de un nuevo orgullo.

Para despertar de este letargo, el primer acto de honestidad brutal que debemos realizar es la reevaluación de nuestro lema nacional, esa frase que nos identifica en el mundo entero y que llevamos tatuada en el alma: el Pura Vida.

En su origen, el “Pura Vida” era una declaración de principios filosóficos de una belleza abrumadora. Era la respuesta de un pueblo agrario, sencillo y agradecido, que reconocía que, a pesar de la pobreza, a pesar de la falta de lujos y de las inclemencias del clima, el simple hecho de respirar en este valle ya era un milagro que merecía ser celebrado. El “Pura Vida” original era un canto a la existencia, una afirmación de que lo importante no era lo que se poseía, sino la vida misma, vibrante y compartida.

Sin embargo, a medida que la modernidad nos fue llenando de estrés, de asfalto y de prisa, fuimos deformando el significado de nuestras propias palabras. El “Pura Vida” dejó de ser un grito de gratitud para convertirse, con demasiada frecuencia, en un escudo para la mediocridad y en el sinónimo perfecto de nuestro conformismo. Hoy, si una obra pública se retrasa años y se hace mal, suspiramos y decimos: “Diay, pura vida”. Si el río de nuestra comunidad amanece teñido de basura química, encogemos los hombros y murmuramos: “Pura vida”. Si vemos cómo las palas mecánicas demuelen la última casona de adobe de nuestro barrio para

hacer un parqueo de asfalto, apartamos la mirada y nos resignamos con un “Pura vida, qué se le va a hacer”.

con esa agudeza que lo caracterizaba para leer las fisuras del alma nacional, Richard, advertía que habíamos convertido nuestra frase más luminosa en una excusa para la inacción. Él insistía en que debíamos rescatar el significado original de nuestras palabras. El “Pura Vida” no puede ser la bandera blanca de la rendición frente al desorden urbano y la pérdida de nuestra memoria. Todo lo contrario: el verdadero Pura Vida exige una defensa feroz de todo aquello que hace que la vida sea “pura”. Exige defender el agua limpia, exige defender la casa que cuenta la historia de nuestros abuelos, y exige defender el derecho a caminar por una calle segura donde el vecino nos salude mirándonos a los ojos.

Despertar del letargo significa entender que la paz no es pasividad. Los costarricenses nos sentimos inmensamente orgullosos, y con justa razón, de haber abolido el ejército hace más de siete décadas. Es un hito que nos define ante la humanidad. Pero la abolición del ejército militar no debió significar jamás la abolición de nuestra valentía civil. Hemos confundido el ser un país sin armas con ser un país sin coraje para defender lo suyo.

La valentía civil que necesitamos hoy no requiere de fusiles ni de trincheras; requiere de ciudadanos dispuestos a involucrarse. Requiere el valor de decir “no” cuando el mal llamado progreso intenta arrebatarnos un espacio público. Requiere la audacia de salir de nuestra burbuja privada, cruzar la calle y organizarnos con nuestra comunidad para sembrar un árbol, limpiar una acera o restaurar un pequeño monumento olvidado. Es el coraje íntimo de romper el hielo de la indiferencia moderna, de ser el primero en decir “Upe” o en ceder el paso, a riesgo de que el otro, absorbido por su prisa, no nos responda. La valentía hoy es atreverse a ser amable en una ciudad que nos empuja a ser hostiles.

Este es el “nuevo orgullo” del que debemos apropiarnos. No es un nacionalismo ciego o arrogante que se cree superior al resto del mundo; es un orgullo arraigado, silencioso y profundo. Es el orgullo de saber que nuestro patrimonio invisible —nuestra capacidad de hacer bahareque emocional en las emergencias, nuestra inclinación natural a

la hospitalidad, nuestra geografía que nos invita al abrazo— es un tesoro de clase mundial. No tenemos que copiar los rascacielos de las grandes metrópolis para sentirnos modernos, ni tenemos que importar estilos de vida fríos y distantes para sentirnos exitosos. El mayor éxito al que puede aspirar Costa Rica es el de modernizarse sin perder el alma.

El valor de lo nuestro radica en la escala humana. Radica en que todavía estamos a tiempo de salvar el trato directo, el respeto por los mayores, la mesa compartida. Pero el tiempo se agota. La globalización homogeneizadora avanza como una aplanadora que no respeta idiosincrasias. Si no tomamos una decisión consciente hoy mismo, de manera individual y colectiva, terminaremos siendo una sociedad genérica, viviendo en ciudades genéricas, repitiendo fórmulas vacías en un país que alguna vez tuvo un corazón vibrante y único.

El reto está servido en nuestra propia mesa. Sanar como familia, como vecinos y como compatriotas empieza con un acto de voluntad. Empieza decidiendo que ya no seremos simples habitantes o transeúntes de nuestro país; seremos sus custodios. Un habitante es alguien que simplemente ocupa un espacio físico, consume sus recursos y se va. Un custodio, en cambio, es alguien que entiende que el espacio le ha sido prestado por sus antepasados y que tiene la obligación sagrada de entregarlo en mejores condiciones a sus hijos.

Cuando un pueblo asume su rol de custodio, la transformación es imparable. Las calles dejan de ser lugares de tránsito para volver a ser lugares de convivencia. La arquitectura deja de ser un negocio de metros cuadrados para volver a ser el arte de crear hogar. Y el costarricense, finalmente, se pone de pie, sacudiéndose el polvo del conformismo, para reclamar el lugar que le corresponde en la historia: no como un espectador pasivo de su propia demolición, sino como el constructor activo de su esperanza.

Pero, para poder defender lo que somos, para poder ser verdaderos custodios de este patrimonio invisible y visible, hay un requisito previo e indispensable. Nadie puede defender lo que no ama. Nadie puede amar lo que no comprende. Y nadie, absolutamente nadie, puede comprender

aquello que no es capaz de ver.

Durante décadas, hemos caminado por nuestras ciudades como sonámbulos, mirando sin observar, transitando sin habitar. Nos hemos acostumbrado tanto a la fealdad del desorden, al gris del cemento y a la ausencia de cortesía, que nuestros ojos se han vuelto insensibles. Para que este despertar del que hablamos sea real, profundo y duradero, necesitamos someter a nuestra mente y a nuestros sentidos a una reeducación fundamental.

Necesitamos, con urgencia, recuperar nuestra capacidad de asombro. Necesitamos entender que una pared de adobe descascarada no es un estorbo viejo, sino un libro de historia abierto; que el diseño de una ventana neocolonial no es un adorno caprichoso, sino una respuesta inteligente a la luz del trópico; y que la sonrisa de un extraño en la calle no es un accidente, sino el pilar de nuestra democracia.

Por eso, el siguiente paso en nuestra travesía de sanación nos lleva directamente al corazón de la enseñanza más profunda que Richard Woodbridge intentó transmitirnos a lo largo de toda su vida. Nos adentraremos en la filosofía pura de la percepción. Ha llegado el momento de quitarnos la venda de los ojos y enfrentarnos al reto más hermoso de todos: el reto de Aprender a ver.

Capítulo 10

APRENDER A VER

“La arquitectura no es una sucesión de estilos arbitrarios caprichosamente elegidos por el tiempo, sino la manifestación de la cosmovisión de una sociedad hecha materia. Dime cómo construyes, y te diré qué amas, qué temes y en qué crees.”

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Un tesoro arquitectónico de metal y madera. Vista del majestuoso interior de tres niveles de la antigua Biblioteca Nacional de Costa Rica en 1909.

Foto por el Fotógrafo Fernando Zamora Morales



EL ESPEJO DE LA SOCIEDAD

El concepto de “aprender a ver” es, en esencia, enseñar a encuadrar la realidad. Cuando caminamos por la calle con la mirada desenfocada por la prisa, todo parece un bloque

gris continuo, un telón de fondo borroso que solo sirve de tránsito entre nuestro punto de origen y nuestro destino. Pero cuando aprendemos a enfocar la mirada, a aislar los detalles —la forma de una cornisa, la sombra que proyecta un alero al mediodía, la amplitud o estrechez de una acera—, la ciudad repentinamente cobra vida y nos revela su guión oculto.

Richard entendía esto a la perfección. Él no caminaba por San José; él la leía. Leía los edificios con la misma agudeza, paciencia y asombro con la que se lee una gran obra literaria. Para él, las fachadas no eran simples cerramientos de concreto o adobe, sino el retrato más honesto de los valores de nuestra sociedad. Y la lección más grande que nos dejó no fue un tratado técnico sobre cómo construir, sino una invitación urgente sobre cómo observar: debemos educar la mirada, no para volvernos críticos de arte, sino para exigir dignidad en nuestro entorno. Debemos aprender a vernos a nosotros mismos en la arquitectura de lo que hemos creado y en lo que, con valentía, podemos crear en el futuro.

Padecemos de una extraña enfermedad en el siglo XXI: la ceguera espacial. Nos movemos por el mundo con la vista puesta en un punto imaginario a pocos centímetros de nuestro rostro —la pantalla del teléfono, el parachoques del auto de adelante, el reloj que nos marca el retraso—, pero rara vez levantamos la barbilla para observar el espacio que nos contiene. Hemos cedido el control de nuestra atención, que es la moneda más valiosa que posee el ser humano, a la dictadura del estrés y la rutina.

Esta miopía no es accidental; es un mecanismo de defensa. El cerebro humano, abrumado por el ruido, el tráfico, la publicidad invasiva y las preocupaciones cotidianas, decide “apagar” la percepción del entorno para ahorrar energía. Filtra la ciudad hasta convertirla en un mapa utilitario. Si el semáforo está en verde, avanzo; si hay un hueco en la acera, lo esquivo. Todo lo demás —el árbol centenario que resiste en la esquina, la casa de madera que cuenta la historia de un barrio, la agresividad de un muro

ciego que nos expulsa hacia la calle— se vuelve invisible.

Pero el precio de esta anestesia visual es altísimo. Al dejar de ver, dejamos de sentir. Al convertirnos en transeúntes desenfocados, nos despojamos del derecho a quejarnos y de la capacidad de maravillarnos. Permitimos que el entorno se degrade, que las decisiones sobre nuestra ciudad se tomen a puerta cerrada, y que la belleza desaparezca, simplemente porque estábamos demasiado ocupados mirando hacia abajo como para darnos cuenta.

Aprender a ver no tiene absolutamente nada que ver con memorizar conceptos arquitectónicos. No se trata de saber distinguir un capitel jónico de uno dórico, ni de manejar el vocabulario técnico de la ingeniería estructural. Esa es la labor de los académicos. Para el ciudadano, aprender a ver es un acto profundo de atención-plena-cívico. Es un ejercicio espiritual. Consiste en limpiar nuestros lentes de la prisa y decidir, de manera consciente, estar verdaderamente presentes en el lugar donde tenemos plantados los pies.

Si en nuestro recorrido anterior hablábamos de rescatar el verdadero “Pura Vida” como una filosofía de gratitud y no de conformismo, recuperar la mirada es el primer paso práctico para ejercer ese rescate. No se puede agradecer lo que no se ve. No se puede amar una ciudad que es solo un borrón gris en la ventana del autobús. Enfocar la mirada es un acto de amor propio y de amor por la patria. Es decirle a nuestro cerebro: “Detente un momento, esto importa. Este pedazo de acera importa. La forma en que la luz pega contra esta pared, importa”.

Cuando recuperamos el control de la mirada, ocurre algo mágico: la ciudad deja de ser un accidente y se convierte en una decisión. Empezamos a notar que ese parqueo de asfalto hirviente antes fue un hogar; que esa tapia electrificada nos hace caminar con miedo; que ese viejo zaguán nos invita a respirar. Dejamos de ser víctimas pasivas de un desarrollo caótico y nos convertimos en testigos lúcidos de nuestra realidad.

Para sanar esa miopía, Richard nos proponía un ejercicio sencillo pero revolucionario: detenernos. Simplemente detenernos. En medio de la

avalancha de la productividad moderna, pararse en una esquina durante dos minutos para observar la proporción de una calle es un acto para romper la inercia. Es preguntarse: “¿Por qué me siento tan pequeño en esta avenida? ¿Por qué me siento tan en paz en esta otra plaza?”...

La respuesta a esas preguntas nunca es casualidad; es diseño. Y cuando el ciudadano entiende que lo que ve a su alrededor fue diseñado, empieza a cuestionar la intención detrás de ese diseño. Entiende que la fealdad de una calle no es un castigo divino, sino el resultado de haber olvidado poner al ser humano en el centro de la ecuación. Entiende que el desorden visual no es nuestro destino ineludible, sino el reflejo de nuestro letargo.

Limpiar nuestro lente desenfocado es el requisito fundamental para poder mirarnos en el espejo de la sociedad sin autoengaños. Porque una vez que decidimos prestar atención, los edificios dejan de ser mudos. Empiezan a hablarnos de nosotros mismos, de nuestros miedos más profundos, de nuestras aspiraciones más altas y de las renunciadas dolorosas que hemos hecho en nombre de la modernidad. Al ajustar nuestra óptica emocional, preparamos la mente para entender el mensaje cifrado que está escrito en cada ladrillo y en cada panel de vidrio de nuestra capital.

Existe una creencia generalizada, impulsada por catálogos inmobiliarios y revistas de diseño, de que la arquitectura es simplemente una cuestión de gustos. Creemos que una generación elige construir con techos de teja y patios centrales, y que la siguiente, por un simple capricho de la moda, decide pasarse al acero inoxidable, al vidrio reflectante y a las líneas rectas. Pero Richard nos enseñó que la historia de nuestras ciudades es mucho más profunda y severa que un simple cambio de vestuario. La arquitectura no es una sucesión de estilos arbitrarios; es, de hecho, el espejo más implacable e insobornable de una sociedad.

Un político puede mentir en un discurso, un historiador puede maquillar un relato, pero una sociedad no puede mentir en la forma en que construye su ciudad. El cemento, el acero y la madera siempre dicen la verdad. Son nuestras creencias, nuestros miedos y nuestros amores materializados.

Cuando aprendemos a ver, el primer ejercicio que debemos hacer es pararnos frente a ese espejo tridimensional y preguntarnos: ¿Qué dice esta ciudad sobre nosotros?

Si miramos hacia el pasado, encontraremos que nuestros abuelos construían casas con amplios corredores, con ventanas bajas que daban directamente a la acera y con zaguanes que invitaban a pasar. ¿Qué nos dice esa arquitectura? Nos dice que esa era una sociedad que creía en la confianza. Creía en la comunidad. Su cosmovisión estaba anclada en la idea de que el vecino era un aliado y la calle era una extensión del hogar. La apertura física del edificio era el reflejo exacto de la apertura espiritual del habitante.

Ahora, ajustemos nuestro lente y miremos la ciudad que estamos construyendo hoy. Observemos las urbanizaciones blindadas por muros ciegos de concreto. Miremos los alambres de púas y las cercas electrificadas que coronan cada tapia. Contemplemos esas enormes cajas herméticas de cristal, donde el aire acondicionado sustituye a la brisa y donde los vidrios polarizados permiten ver hacia afuera, pero impiden que desde la calle se vea hacia adentro.

¿Qué cosmovisión hemos hecho materia en estas estructuras?

La respuesta es dura, pero necesaria para nuestra sanación: hemos materializado el miedo. Hemos convertido nuestra desconfianza en obra gris. Al levantar murallas cada vez más altas y al encerrarnos en burbujas asépticas, estamos gritándole al mundo que hemos interiorizado el aislamiento, que percibimos al otro como una amenaza y que hemos perdido la fe en lo colectivo. Nuestro entorno construido moderno es el monumento a una sociedad asustada, que prefiere la seguridad del encierro a la libertad del encuentro.

Aquí radica el peligro más grande de nuestra ceguera espacial, y la razón por la cual despertar la mirada es urgente. Existe una regla de oro en el diseño de los espacios que funciona como un ciclo interminable: nosotros damos forma a nuestros edificios, pero luego, nuestros edificios nos dan forma a nosotros.

Si un niño crece rodeado de muros altos, asimilará de manera inconsciente que el mundo exterior es un lugar hostil del cual hay que protegerse. Si caminamos todos los días por calles flanqueadas por paredes ciegas que no ofrecen refugio ni sombra, nuestro cerebro se adaptará a esa hostilidad volviéndose insensible y a la defensiva. Nos convertimos en prisioneros de nuestras propias creaciones. Por eso, el acto de mirarnos en el espejo de nuestra arquitectura trasciende por completo el debate sobre el urbanismo o lo rural; es un tema que nos define íntimamente como personas.

Aprender a ver es darnos cuenta de que la fealdad o la hostilidad de un espacio no es un destino trágico al que debemos resignarnos, sino una decisión que podemos revertir. Si queremos volver a ser la sociedad abierta, solidaria y pacífica de la que hablábamos en el capítulo anterior, nuestra arquitectura debe comenzar a reflejar esa intención. No podemos predicar la empatía si seguimos construyendo barreras. No podemos hablar de hermandad ciudadana si nuestras casas le dan la espalda al barrio.

El material debe seguir al espíritu. Si nuestra cosmovisión cambia, la ciudad cambiará. Cuando el ciudadano despierta su mirada y comprende que esa tapia opresiva no tiene por qué estar ahí, cuando entiende que el cristal hermético no es sinónimo de superioridad sino de desconexión, nace una semilla de exigencia. Empieza a anhelar un entorno que lo respete.

Y para saber cómo exigir ese respeto, para poder discernir entre un espacio que nos humilla y un espacio que nos eleva, necesitamos una nueva unidad de medida. Ya no nos sirven los metros cuadrados, ni las tasas de rentabilidad, ni los récords de altura. Necesitamos volver a medir la ciudad con la única escala que realmente importa: la escala del afecto. Es aquí donde la mirada humanista de Richard toma el mando absoluto, llevándonos a descubrir cómo se siente el latido de la ciudad cuando le devolvemos las calles, por fin, a quien siempre debieron pertenecer.

Una vez que hayamos limpiado nuestros lentes y entendido que los edificios son el espejo de nuestra conciencia, necesitamos evaluar el mundo que habitamos con esa nueva unidad de medida. Durante demasiadas décadas,

la modernidad nos ha entrenado para medir el éxito de una ciudad mediante métricas frías y abstractas: la velocidad con la que los vehículos cruzan el valle, la cantidad de metros cuadrados comercializables de una torre, la plusvalía de un terreno o la altura récord de un nuevo rascacielos. Pero estas cifras, por más impresionantes que parezcan en los informes financieros, ignoran por completo la única métrica que verdaderamente importa en una civilización que aspira a ser libre: la escala humana.

La mirada humanista de mi Hijo Richard nunca se dejó seducir por la monumentalidad vacía. Para él, un proyecto arquitectónico o urbanístico no valía por cuánto imponía su presencia sobre el paisaje, sino por cómo trataba al ser humano más frágil que ponía un pie en su entorno. La verdadera medida de una ciudad no es el automóvil más rápido, sino el peatón más lento. Es el niño que camina de la mano de su abuelo, es la persona mayor que necesita un banco donde descansar sin sentir que estorba, es el vecino que busca una sombra amable en una tarde calurosa. Cuando el espacio se diseña a partir de la escala del cuerpo y del afecto, la arquitectura deja de ser una imposición técnica y se convierte en un refugio.

Para entender esto profundamente, debemos recuperar el ritmo natural de nuestros pasos. El ser humano está diseñado para caminar a una velocidad de cuatro o cinco kilómetros por hora. A esa velocidad, nuestros ojos pueden capturar la textura de un ladrillo, la sonrisa de quien viene cruzando la calle, el detalle de una flor en un jardín y el perfil de una cornisa histórica. Cuando alteramos esa velocidad natural mediante la tiranía del motor y la prisa artificial, no solo aceleramos nuestro pulso cardíaco; desfiguramos nuestra capacidad de percibir la realidad. Una ciudad diseñada para la velocidad del automóvil es, por definición, una ciudad ciega a la presencia del prójimo.

Devolverle la escala humana a las calles significa, en primer lugar, entender la calle no como un tubo de desfogue para el tráfico, sino como la gran sala comunitaria de la ciudad. Pensemos en una casa: nadie diseña la sala de su hogar eliminando los espacios para sentarse, llenándola de obstáculos peligrosos y convirtiéndola en un corredor de alta velocidad. La sala de una casa es un lugar de encuentro, de pausa, de conversación y

de seguridad. La calle debería ser exactamente eso: una extensión al aire libre de nuestro propio hogar. Cuando caminamos por una vía que respeta la escala humana, el entorno nos abraza. Las aceras son lo suficientemente anchas para que dos personas puedan caminar hombro con hombro sin tener que bajarse al asfalto; los edificios de baja o mediana altura permiten que la luz del sol llegue hasta el pavimento; los árboles nativos ofrecen una bóveda verde que filtra el viento y regala frescura; y las bancas, los zaguanes abiertos y las esquinas accesibles invitan a detenerse.

Esta arquitectura de la proximidad genera un impacto psicológico radical en el ciudadano. Cuando una persona camina por un espacio que la reconoce y la respeta, su postura cambia, su respiración se calma y su nivel de alerta defensiva disminuye. Se siente segura porque se siente visible. Ya no es un blanco anónimo esquivando peligros entre una masa de metal y cemento; es un ciudadano reconocido en su dignidad. La dignidad del espacio no es un concepto abstracto o un lujo estético reservado para los museos; es el derecho físico e intangible a ocupar un lugar en el mundo sin sentirse amenazado, arrinconado o ignorado.

Richard solía caminar por las calles de los barrios tradicionales del sur y del este de San José —Barrio Amón, Escalante, San Pedro en sus mejores épocas— analizando precisamente esta coreografía invisible. Observaba cómo la gente interactuaba cuando el espacio se lo permitía. Notaba que en una acera generosa, la gente naturalmente aminoraba el paso, se saludaba con un gesto de cabeza, se detenía a comentar el clima o a admirar un jardín. El diseño del espacio físico dictaba la calidad de la relación social. Démonos cuenta de una verdad fundamental: un entorno hostil produce ciudadanos hostiles, pero un entorno humanizado cultiva y protege la bondad natural de las personas.

El concepto de rescatar el latido del peatón, no está proponiendo un capricho nostálgico ni una negativa ciega al desarrollo tecnológico. Estamos exigiendo justicia espacial. Tenemos el derecho inalienable de transitar nuestra capital con la cabeza en alto, sin miedo a tropezar en aceras destruidas, sin la urgencia de huir de un entorno gris que nos asfixia. Reclamar la escala humana es recordar que la ciudad existe para servir a la vida humana, y no al revés. Ningún indicador económico justifica una

ciudad donde el ciudadano se sienta extrañado, exiliado o disminuido en su propia tierra.

Esta mirada humanista nos transforma por completo. Cuando aprendemos a evaluar el espacio basándonos en su capacidad para albergar la dignidad, nuestra sensibilidad se agudiza. Empezamos a notar la diferencia radical entre un lugar que nos acoge y un lugar que nos expulsa. Y esa revelación es el punto de no retorno. Porque una vez que el ciudadano experimenta lo que significa caminar por un espacio diseñado con respeto, una vez que siente la paz de una calle arbolada y la seguridad de una acera viva, su mente ya no acepta retrocesos. Ya no puede conformarse con las migajas de un urbanismo deshumanizado.

Es en ese preciso instante de claridad cuando la percepción individual se convierte en una fuerza colectiva. Cuando entendemos que el entorno actual es el resultado de decisiones humanas equivocadas, comprendemos también que tenemos el poder absoluto de tomar decisiones diferentes. El asombro ante la belleza de lo humano y la indignación ante la fealdad de la indiferencia se funden en una sola energía transformadora: la urgencia de actuar. Y es así, con los ojos bien abiertos y el pulso sintonizado con el latido de la calle, como estamos listos para dar el paso definitivo de nuestra travesía, transformando la profunda añoranza del pasado en un ejercicio vibrante, audaz y cotidiano para rescatar nuestra ciudad.

Una vez que los ojos se han abierto, una vez que hemos aprendido a descifrar aquel guión oculto de nuestras calles, que nos hemos reconocido en el espejo de nuestra arquitectura y que hemos comprendido el valor sagrado de la escala humana, se vuelve imposible regresar a la cómoda ignorancia del adormecimiento. La percepción lúcida exige una respuesta. No basta con observar el deterioro con melancolía, ni es suficiente suspirar por los tiempos en que el valle era un tejido de huertos y casonas abiertas. La añoranza, si se queda solo en lamento, es una forma estéril de la nostalgia; pero cuando se transforma en conciencia, se convierte en el combustible más poderoso para la acción.

El verdadero desafío de nuestro tiempo no es llorar lo que perdimos, sino rescatar lo que aún late bajo las cenizas del desorden urbano. Nuestra

capital no está condenada a ser un territorio de paso, un paisaje hostil de asfalto y ruido donde el ser humano es un intruso. San José y nuestras ciudades heredan la vocación profunda de sus valles: fueron hechas para el encuentro, para la conversación pausada, para la vida compartida. Y recuperarlas exige de nosotros un acto de valentía cívica y creativa.

Transformar la añoranza en un ejercicio activo de preservación significa, en primer lugar, romper con el mito de que el progreso es sinónimo de destrucción. Durante demasiado tiempo hemos comprado la falacia de que para avanzar debemos demoler la memoria, sustituyendo nuestras identidades locales por torres de cristal genéricas que podrían estar en cualquier rincón despersonalizado del planeta. El verdadero progreso, el único que perdura y da frutos espirituales, crece a partir de modelos propios. Brota de nuestra capacidad de innovar sin desarraigarnos, de diseñar edificios que dialoguen con el trópico, que dejen respirar al viento, que filtren la luz con sabiduría y que ofrezcan al peatón la sombra generosa de un corredor o de un árbol nativo.

Este rescate pasa necesariamente por repoblar el corazón de nuestras ciudades. Hemos vaciado los centros históricos, convirtiéndolos en zonas fantasma cuando cae el sol, entregándolos a la especulación y al abandono, mientras extendemos manchones interminables de suburbios inconexos que devoran los bosques y colapsan las carreteras. Repoblar el centro significa volver a habitarlo con dignidad, crear viviendas accesibles a escala humana, convertir los viejos edificios en espacios mixtos donde el comercio, el arte, la familia y el vecindario convivan en armonía. Es devolverle las calles al peatón, arrebatándoselas a la tiranía del vehículo privado que ha asfixiado el pulso de nuestra convivencia.

Esta es una responsabilidad moral ineludible. Heredamos un territorio pródigo, esculpido por ríos generosos y protegido por montañas tutelares, un país que hizo de la paz y de la educación su estandarte más alto. No podemos darnos el lujo de entregar a las generaciones venideras un entorno degradado, frío e indiferente. Los hijos y los nietos que caminarán por este valle mañana no nos juzgarán por cuántos centros comerciales logramos construir, sino por nuestra capacidad de legarles una ciudad viva, respirable y profundamente humana.

Asumirnos como custodios de este patrimonio invisible y visible significa que cada decisión cotidiana cuenta. Cada vez que elegimos caminar en lugar de usar el auto para trayectos cortos, cada vez que exigimos la protección de un árbol o de una fachada con historia, cada vez que saludamos con respeto al vecino y abrimos espacios de diálogo en nuestra comunidad, estamos construyendo ciudad. No necesitamos esperar a que las grandes estructuras de poder cambien por arte de magia; el cambio urbano auténtico siempre germina desde abajo, impulsado por ciudadanos despiertos que se niegan a aceptar la fealdad como destino.

El camino ha quedado despejado ante nuestra mirada. Hemos recorrido el dolor de la pérdida, hemos sanado la memoria de los ríos, hemos reivindicado la calidez de nuestro trato y, finalmente, hemos aprendido a ver con claridad meridiana el espejo en el que nos reflejamos. Ahora nos toca dar el paso definitivo. Nos toca salir a la calle con los ojos limpios, el pulso firme y el corazón abierto, dispuestos a transformar la nostalgia en el compromiso más hermoso de nuestras vidas: hacer de nuestra tierra, otra vez, un verdadero hogar.

Capítulo Final

ELEGÍA A SAN JOSÉ

Cuando las paredes caen y las épocas cambian, son las piedras las que se quedan susurrando la historia de quienes supieron amarse bajo su sombra. Las piedras siempre nos dirán que fuimos más fuertes cuando fuimos hermanos.”

Richard Woodbridge,
Arquitecto, Historiador y Pionero en la Preservación del Patrimonio Histórico-
Arquitectónico en Costa Rica.

Construcción de la carretera entre Tibás y Santo Domingo de Heredia, Costa Rica (c. 1920) Reflejando la transición hacia la modernización vial en Costa Rica.

Foto por el fotógrafo Manuel Gómez Miralles



LAS PIEDRAS QUE HABLARON

Dicen que las ciudades son entidades mudas, colecciones inertes de ladrillos, vidrio y asfalto

que se alzan sobre la tierra sin más propósito que contener el paso del tiempo y el trasiego de los hombres. Pero quien ha aprendido a ver, quien ha afinado sus sentidos y ha recuperado la sensibilidad de su propia historia, sabe que eso es una falacia. Las ciudades hablan. Tienen voz propia, una voz áspera o melodiosa, construida con el eco de los pasos que las cruzaron, con el murmullo de los ríos que duermen bajo el pavimento y con el peso silencioso de los recuerdos que se aferran a los cimientos.

Las piedras hablan.

Cada muro agrietado de adobe que resiste en un barrio antiguo, cada viga de madera noble tallada por manos que ya no existen, y cada zaguán que vio pasar las tardes lentas del siglo pasado son testigos de un pacto. Son las páginas abiertas de un libro de piedra y memoria que nos recuerda quiénes fuimos, qué amamos y en qué momento perdimos el rumbo.

Cuando me siento en el silencio del estudio a revisar los cuadernos de campo de Richard, entre trazos de acuarela, planos descoloridos y apuntes apresurados tomados a la orilla de una quebrada o bajo la sombra de un alero josefino, entiendo que su labor nunca fue la de un simple arquitecto o la de un historiador nostálgico. Lo suyo era algo mucho más sagrado: era el oficio de traductor. Richard traducía el lenguaje secreto de las piedras para que nosotros, los aturdidos habitantes del presente, pudiéramos escuchar lo que la ciudad intentaba gritarnos desde el fondo de sus heridas.

Abro sus páginas y es como si volviera a escuchar su voz, pausada, reflexiva, cargada de esa urgencia humanista que lo acompañó hasta el último de sus días. Entre sus notas manuscritas, una frase resalta con la fuerza de un testamento espiritual, una advertencia que resume la tesis de toda su vida y que hoy resuena en mi mente con la claridad de una revelación:

“La felicidad de un pueblo no es una entelequia abstracta ni depende exclusivamente de sus índices económicos; depende, en una medida profunda e ineludible, de su entorno construido. Un entorno hostil, despersonalizado y feo deprime el alma colectiva; un entorno humanizado, bello y respetuoso de la memoria es la condición material de la libertad y del bienestar.”

Pero sus apuntes siguen aquí, vivos, interpelándome, recordándome que la memoria no es un cementerio de nostalgias, sino la argamasa indispensable con la que debemos construir el porvenir.

Me detengo en otra página de sus cuadernos. Hay un croquis detallado de una de aquellas casas de bahareque y madera de pochote que el fuego y la especulación borrarán del sur de la capital. Al pie del dibujo, Richard había anotado una reflexión que hoy adquiere el peso de una profecía:

“Derruir una casa histórica no es solo limpiar un terreno para levantar una torre; es amputar una línea del relato colectivo. Es dejar a las generaciones futuras sin la brújula de su propia procedencia”.

los ríos cantan prisioneros bajo toneladas de asfalto, y atestiguamos cómo la prisa de la ciudad moderna amenazaba con erosionar nuestra cortesía más elemental, ese patrimonio invisible que llamamos el espíritu de bahareque.

Richard siempre defendió que el verdadero peligro de nuestra época no era la pobreza material, sino la bancarrota de la sensibilidad. En uno de

“El progreso que necesita borrar el ayer para demostrar su valía es un progreso huérfano”.

Leo estas palabras escritas con su letra firme y siento que este libro, que hemos recorrido a lo largo de estas páginas, no es otra cosa que la prolongación de ese diálogo ininterrumpido. Richard ya no está para caminar conmigo por las avenidas de un San José que duele y que a la vez se niega a morir.

Conversar con sus textos es, para mí, una forma de resistencia contra el olvido. A su lado caminé este libro. Recorrimos juntos las cicatrices de la madera calcinada, bajamos al subsuelo oscuro donde

sus últimos ensayos, él cuestionaba con dureza el argumento cínico de que el desarrollo exige la destrucción del pasado.

Richard nos enseñó que la arquitectura no debía ser una vitrina de vanidades para impresionar al viajero extranjero, sino un abrazo constante para quien habita el territorio todos los días.

Mirar los cuadernos de mi hijo es entender que su lucha no era una cruzada estéril por acumular tejas viejas o rescatar molduras inútiles. Era, en su forma más pura, una defensa de la dignidad humana. Porque un ser humano que habita un entorno caótico, feo y desprovisto de memoria, termina por volverse indiferente a su propio destino. Y un pueblo indiferente es un terreno fértil para cualquier forma de despojo.

Cierro por un momento el cuaderno de notas y levanto la vista hacia la ventana de mi estudio. Allá afuera, más allá de los cristales, se extiende el Valle Central. Las nubes de la tarde acarician la silueta azul de las montañas que nos guardan, y los tejados de la ciudad se encienden con los últimos destellos del sol poniente. En ese silencio contemplativo, siento que el dolor punzante de la ausencia de Richard se transforma lentamente en otra cosa: en una paz profunda, cálida y luminosa.

Durante mucho tiempo creí que mi labor, tras su partida, era custodiar sus papeles como si fueran reliquias de un mundo que se desvanecía. Creía que me había tocado cargar con el peso de la nostalgia, llorando las demoliciones y los silencios. Pero hoy comprendo que me equivoqué. Richard no me dejó un inventario de ruinas; me dejó una brújula. Me enseñó a mirar más allá de la superficie opaca de las cosas.

Al final del camino, después de recorrer las páginas de este libro, de descifrar el latido de los ríos ocultos, de recordar la calidez del bahareque y de aprender a ver con ojos limpios, la gran revelación se alza ante mí con la fuerza inapelable de una verdad absoluta: la arquitectura no es, ni ha sido nunca, una mera cuestión de concreto, de ladrillo o de adobe. Esos materiales son apenas el pentagrama; la verdadera música la pone el ser humano. La arquitectura, en su sentido más sublime y verdadero, es la geografía del afecto humano.

Cada casa que se levanta con respeto, cada espacio público que acoge al caminante, cada río que recupera su luz y cada saludo que cruza la acera

son, en realidad, actos de amor traducidos en materia. Construimos porque nos amamos. Diseñamos porque nos importa el bienestar del que viene detrás. Y cuando destruimos nuestro entorno por la prisa o la avaricia, lo que estamos amputando no es solo un muro antiguo, sino nuestra propia capacidad de cuidarnos los unos a los otros.

Pienso en Richard y en las horas que pasamos discutiendo sobre el futuro de nuestra capital. Recuerdo su sonrisa paciente, su fe inquebrantable en la gente de esta tierra, su convicción de que los costarricenses llevamos en el alma la semilla de una convivencia generosa y pacífica. Él ya no está para caminar conmigo por estas calles, es cierto. Pero lo siento aquí, en cada palabra escrita, en cada rincón de este libro que hemos construido juntos, ladrillo a ladrillo, memoria a memoria.

Esta reconciliación con su recuerdo es, al mismo tiempo, una reconciliación con mi propia esperanza. Ya no veo a San José como un cementerio de nostalgias irremediables, sino como un territorio en vigilia. Veo a los jóvenes que empiezan a levantar la vista de sus pantallas para exigir espacios dignos; veo a los vecinos que se organizan para limpiar un cauce; veo a los niños que descubren la magia de caminar sin miedo bajo la sombra de un árbol nativo. Veo, por fin, que el legado de Richard está germinando en miles de corazones despiertos.

El libro se cierra, pero la historia continúa. Las piedras de nuestra ciudad han vuelto a hablar, y esta vez hemos sabido escucharlas. Nos han recordado que somos hijos de un valle generoso, herederos de un espíritu flexible como el bahareque y custodios de un patrimonio invisible que ninguna piqueta de demolición podrá arrebatarnos jamás.

Hijo mío, donde quiera que resuene el eco de tus pasos y el vuelo de tus reflexiones, quiero que sepas que tu voz no se ha apagado. Tu obra vive en cada acera recuperada, en cada río liberado y en este libro que hoy entregamos al mundo como una promesa de amor.

El Valle Central respira bajo el sol. La tarde declina con su infinita mansedumbre sobre las montañas. Y nosotros, con el corazón encendido y la mirada limpia, estamos listos para salir a la calle a construir, por fin, el futuro que merecemos.



Construyan refugios para el alma, y la ciudad vivirá eternamente.”

Richard Woodbridge Pavis



El Reto de la Memoria: Rescatando Nuestra Ciudad

Por: Jorge Woodbridge González

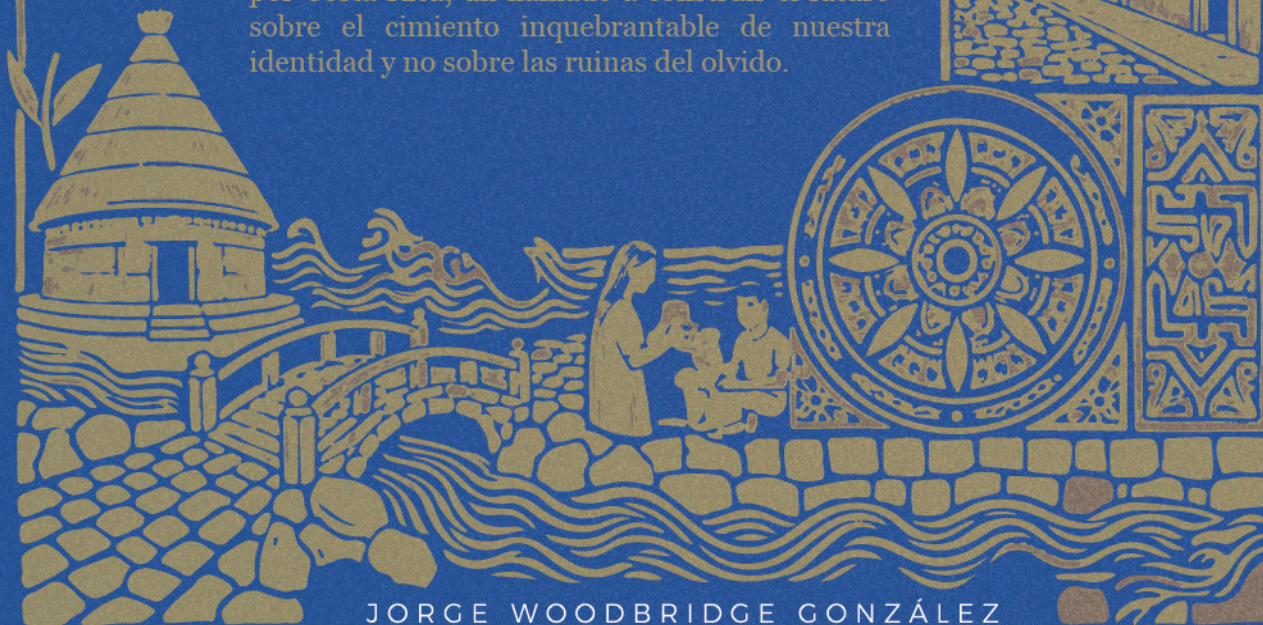


COSTA RICA:

RETO SIGLO 21

En la carrera hacia la modernidad, a menudo olvidamos que el progreso no se mide en metros de concreto, sino en la calidad de nuestra convivencia. Este libro es una invitación urgente a "aprender a ver" y a dejar de ser simples transeúntes para convertirnos en custodios activos de nuestro entorno.

Inspirada en el profundo legado arquitectónico y humanista de Richard Woodbridge, esta obra demuestra que la ciudad es el espejo insobornable de nuestros valores. Más que un análisis urbano, es un manifiesto cívico y un testamento de amor por Costa Rica; un llamado a construir el futuro sobre el cimiento inquebrantable de nuestra identidad y no sobre las ruinas del olvido.



JORGE WOODBRIDGE GONZÁLEZ